BOLIVAR

PRINTED IN SPAIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA CASA DEL PECADO (Sonetos de amor).

LOS CONQUISTADORES (Poema).

EL LIBRO DEL MAL AMOR (Poesías).

LA GRUTA AZUL (Poesías).

BOLIVAR (Poema romántico, original y en verso).

RESURRECCION (Novela).

EL ALCAZAR DE LAS PERLAS (Comedia en verso).

ABEN-HUMEYA (Tragedia morisca, en verso).

LA CENA DE LOS CARDENALES (Traducción de la obra de Dantas).

LA GIOCONDA (Traducción de la obra de D'Annunzio).

EL REY GALAOR (Traducción de la tragedia de E. Castro).

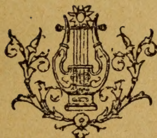
BOLÍVAR

POEMA ROMÁNTICO

ORIGINAL Y EN VERSO
EN UN PROLOGO Y TRES ACTOS

POR

Francisco Villaespesa



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166



5

DEDICATORIA

AL GENERAL DON JUAN VICENTE GOMEZ
REHABILITADOR DE VENEZUELA

Señor: Este poema, en sus rimas, entraña
todo el oro y el hierro que mi estirpe acrisola...
Exaltar a Bolívar es exaltar a España...
Es el Héroe Máximo de la raza española....!

Se yergue sobre todos, igual que una montaña
más alta que los Andes, inconmovible y sola...
La tempestad le sigue, el trueno le acompaña,
y un resplandor eterno sus sienes aureola...!

Permitid que os ofrende este libro...! Homenaje
que de mi vieja España a Venezuela traje,
como materno abrazo de mi tierra a esta tierra,

como ninguna, heroica, generosa y feraz,
a la que dió Bolívar las glorias de la guerra,
y vos, señor, le disteis las glorias de la Paz!

Caracas: Mayo, 17, de 1920.

PERSONAJES

Josefina Machado.
Fanny Trobiand de Villars.
La Golondrina.
Mari-Juana.
Hipólita.
Matea.
La ciega.
La viuda.
La huérfana.
Una niña.
Simón Bolívar.
Don Simón Rodríguez.
Fernando de Toro.
Mariano Montilla.
José Félix Ribas.
Vicente Campo Elías.
Anastasio Girardot.
Rafael Urdaneta.
Juan Nepomuceno Quero.
Giovanni Bianchi.
El marqués de Casa León.
Don Domingo Monteverde.
Fray Félix de Sosa.
Don Francisco de Iturbe.
Bernardo Muro.
Zingarello.
El mulato Machado.
Don Pedro Machado.
Luigi Aldoni.
Cosimo.
Giacomo.
El cabo Trujillo.
Jacinto el ciego.
Tomás Sánchez.
Mateo el seminarista.
Guillén Torres.
Agustín el mulato.
José Antonio el zambo.
Gumersindo López.
Gonzalo.
José.
Pío.
El anciano.
Hombre primero.
Hombre segundo.
Preso primero.
Preso segundo.
El lazarillo.
Mendigo primero.
Mendigo segundo.

Mendigos romanos, frailes dominicanos, sacerdotes, monaguillos, soldados, oficiales patriotas, soldados y oficiales españoles, esclavos, presos, hombres, niños y mujeres del pueblo.

La acción del prólogo en Roma, 1805. Los tres actos restantes, en Caracas y en una hacienda del camino de Valencia a Puerto Cabello, por los años de 1812 a 1813.



PROLOGO

La cima del Monte Aventino. A la izquierda, el atrio de la iglesia de Santa María. A la derecha, las ruinas marmóreas del templo de Diana. En el centro de la escena, un pedestal del más puro estilo jónico. Junto al pedestal, una columna trunca. El verdor glorioso de los laureles prestigia los escombros de tantas grandezas mutiladas. La lozanía desbordante de las hiedras y el encanto pagano de las vides alegran la palidez dorada de los mármoles sacros. Al fondo, la eternidad augusta de Roma, glorificada por la apoteosis solar de una tarde de mayo. Una urna sepulcral, que las lluvias primaverales han colmado de agua, muestra aún, en sus bajo-relieves leprosos, los torsos robustos y las siluetas ágiles de los sátiros y las ninfas de una familia clásica, al amparo de un grupo de cipreses. Y la azul serenidad de los cielos, la blancura dorada de las piedras evocadoras y el verdor perenne de los árboles y de las plantas gloriosas parecen coronar con el más heroico ensueño la pompa mística y cesárea de la ciudad lejana.

ESCENA PRIMERA

GIACOMO, COSIMO, ZINGARELLO, MENDIGOS y VOCES MONJILES

Al alzarse el telón, por las puertas de la iglesia de Santa María trasciende un perfume místico de incienso, de cera y de flores. Se escucha la música solemne del órgano, acompañando las voces claras y primaverales de las monjas, que entonan la pagana invocación de las flores de mayo. Algunos mendigos, de rodillas en el atrio, con las manos tendidas, parecen estatuas orantes. Son ciegos, mutilados y ancianos: pero a pesar de sus harapos y de sus vejeces, tienen la orgullosa

serenidad, la línea severa y clásica de los apóstoles y de los santos esculpidos en la fachada de la iglesia. Giacomo y Cosimo conversan sentados en el pedestal. Zingarello toma el sol, voluptuosamente reclinado sobre el musgo, bajo los cipreses, cerca de la urna funeral. Es un adolescente ágil y fuerte, de rostro pálido y cabellos enmarañados, que pudo haber servido de modelo a Donatello para la belleza inmortal de su «San Juan Bautista». Cosimo y Giacomo, con sus rostros nobles y austeros y sus barbas fluviales, no desentonarían entre los apóstoles de «La Cena» maravillosa del divino Leonardo.

UNA VOZ FEMENIL

(Cantando dentro a los compases del órgano.)
¡Las flores más bellas
que orvalló la aurora,
ofrendad, doncellas,
a Nuestra Señora...!
¡Los lirios más blancos, las rosas mejores,
porque Ella es la santa madre de las flores...!

CORO

(También dentro.)
¡Los lirios más blancos, las rosas mejores,
porque Ella es la santa madre de las flores...!

COSIMO

¡Con épocas como ésta,
quién nuestra Roma conoce...!

GIACOMO

¡Malos años...!

COSIMO

¡Y tan malos,
que te juro por San Cosme,
que desde que el Tíber copia
en sus cristales las torres
y las murallas que ciñen
la mejor ciudad del orbe,
no hubo tiempos tan mezquinos
como los tiempos que corren...!

GIACOMO

¿Dónde está el fausto y la pompa
de las viejas procesiones...?
A contemplarlas, venían,
desde sus lejanas cortes,
largos cortejos de príncipes,
de reyes y emperadores...!
Descalzos, y cirio en mano,
tras el Pontífice, entonces,
iban varones y damas
de las estirpes más nobles;
y hoy, tras las santas imágenes,
sólo caminan los pobres,
con las manos extendidas,
pidiéndole al cielo a voces,
la piedad de las limosnas
que aquí les niegan los hombres...!

COSIMO

¡Tiembla en sus ejes la tierra;
se desploman las naciones;
ruedan cabezas de reyes
de la guillotina al golpe;
y en los templos se asesina
a los santos sacerdotes...!
Y el mundo está tan revuelto
con tantas revoluciones
y con tantas herejías,
que parece que se oye,
como tempestad que truena,
del Anticristo el galope...

GIACOMO

¡Napoleón Bonaparte
es el Anticristo...! ¡Donde
su corcel, como el de Atila,
los ferrados cascos pone,
hasta la hierba se seca...!
Rey de Italia coronóse
en Milán, y, según dicen,
arrebatar se propone
su tiara al Santo Padre;
¡y ha jurado, por los dioses
infernales, que de Roma
no habrá de dejar ni el nombre...!

COSIMO

¡Roma es Roma...! ¡Y, ay del que osado
siquiera una piedra toque
de sus muros! ¡Cuando el mundo
desquiciado se desplome,
sólo en pie quedará Roma
con sus templos y sus torres,
para testiguar al cielo
que en la tierra ha habido hombres...!
¡Así se lo ofreció Cristo
a San Pedro cuando dióle,
con las llaves de la Iglesia,
poder sobre todo el orbe...!

ZINGARELLO

(Sin moverse, tendido sobre el musgo, con las manos cruzadas bajo la nuca, una pierna estirada y la otra en arco, en un gesto escultórico de gladiador moribundo, y con las negras pupilas voraces absortas en la visión maravillosa de la ciudad lejana.)

¡Tienes razón...! ¡Roma es Roma...!
¡Por eso es más digno y noble
ser un mendigo romano
que ser rey en otra corte,
pues Roma no hay más que una,
y reinos hay a millones...!

GIACOMO

¡Bien hablado, Zingarello...!

COSIMO

¡Mancebo, bien se conoce
que te amamantó en sus ubres
la eterna loba de bronce...!

ZINGARELLO

Nacer de padres romanos
es más que nacer de dioses,
porque los dioses se borran,
y a Roma no hay quien la borre...!
(Pequeña pausa. Vuelve a resonar el órgano. El adolescente permanece inmóvil, con los ojos clavados en el azul, como si quisiera absorber por ellos toda la gloria y la luz de la campiña romana.)

GIACOMO

(Observando entre las ruinas del templo de Diana.)
Gente viene hacia la iglesia....

COSIMO

Pues al oficio, que el pobre
mendigo, que de su oficio
el menester no conoce,
se expone a morir de hambre
con estos tiempos que corren...!
(Se dirigen hacia el atrio, a reunirse con sus compañeros. Zingarello continúa inmóvil, tendido en el musgo.)

VOZ FEMENIL

(Cantando dentro a los sones del órgano.)
¡De Nuestra Señora sobre los altares,
ofrendad, doncellas, lirios y azahares...!
¡Pero son mejores
ramos de almas puras que ramos de flores...!

CORO

¡Pero son mejores
ramos de almas puras que ramos de flores...!

ESCENA II

DICHOS, GIOVANNI BIANCHI y LUIGI ALDONI

Bianchi y Aldoni penetran por la derecha, conversando. El primero, broncíneo y fuerte, es la encarnación perfecta del corsario mediterráneo. Viste pantalón bombacho azul, chaleco y chaquetilla orientales con bordados de oro. Por la abertura de la camisola muestra la rizosa y áspera pelambre del pecho. Entre los pliegues bermejos de la faja de seda fulguran el pomo de un puñal y la culata de una pistola, con incrustaciones y arabescos de plata. Calza botas de agua, y ostenta, en la oreja derecha, un ancho y fino zarcillo de oro. El cabello luengo y enmarañado ciñe sus sienes como un turbante de sombra. Fuma golosamente su larga cachimba marina. Aldoni es fino, sutil e insinuante. Lleva con decoro su librea de lacayo de casa grande, y muestra aún la peluca empolvada de a últimos del siglo XVIII.

BIANCHI

¿Y es generoso el indiano...?

ALDONI

¡Tira el oro a manos llenas!
No hay pobre a quien no socorra,
ni hermosa que no proteja;
y es, por su porte y boato,
asombro de Roma entera....!
Al salir del Vaticano
esta mañana, a la puerta
topóse con un mendigo,
y como en su faltriquera
no encontrase una piastra,
quitóse de la pechera
la esmeralda más hermosa
que ojos de mortales vieran,
y la entregó, sonriendo,
a la mano pedigüeña...!

BIANCHI

¿Y es noble...?

ALDONI

¡Sangre de príncipes
es la sangre de sus venas...!
El embajador de España
le estima y le considera;
y de par en par abrieron,
para obsequiarle, sus puertas,

los más insignes salones
de nuestra rancia nobleza:
nobleza que a muchos reyes
no diera puesto en su mesa...!

BIANCHI

¿Y es bravo...?

ALDONI

¡Como un jabato...!
¡Su brazo y su gentileza
no conocieron rivales
en lances de amor y guerra...!
Y en el tapete del juego
no hay quien a luchar se atreva
con quien pierde sonriendo,
como si nada perdiera,
mil ducados a una carta,
y de nuevo el doble juega!

BIANCHI

¿Y hace mucho que le sirves...?

ALDONI

Hace dos meses apenas;
mas le estimo de tal suerte,
que por él la vida diera...!

BIANCHI

¿Y de mí qué necesitas...?

ALDONI

Fletar un barco desea,
para zarpar no sé dónde...
Mas una nave que tenga
siete cañones por banda,
y tripulación que sea
capaz de abordar a Nelson
y colgarle de una entena...!

BIANCHI

¿El precio...?

ALDONI

¡No pone tasa...!

BIANCHI

(Con intención.)
¿Y es lance de amor o guerra...?

ALDONI

El amor pinta en el juego
si no fallan mis sospechas!...

BIANCHI

¿Y es la paloma....?

ALDONI

(Bajando la voz y señalando la iglesia de Santa María.)
Una dama
que en ese claustro se hospeda,
por no sé qué parentesco
que tiene con la abadesa....!

BIANCHI

¿Y quién es...?

ALDONI

¡Su nombre ignoro...!
Sólo sé que es extranjera;
que es hermosa como un ángel
y noble como una reina...!

BIANCHI

¿Y hemos de zarpar de Ostia...?

ALDONI

Mañana, con las primeras
claridades que en las ondas
difunda la luna llena...!

BIANCHI

Pues contar puedes conmigo
y con mi nave, ya hecha
a cruzar el Océano...
Africa, Europa y América
ya conocen mis hazañas
y saben que no hay galera
que cazar logre a la mía,
cuando, tendidas las velas,
surca bizarra las olas
a la luz de las estrellas...!

ALDONI

(Reparando de pronto en Zingarello y dándole con el pie.)
¿Qué haces, Zingarello...?

ZINGARELLO

(Levantándose de un salto, con un desperezo felino, e inclinándose ante Aldoni.)
Espero
a que llegue Su Excelencia,
vuestro amo, que es el hombre
más rumboso de la tierra...!

BIANCHI

Lindo mozo, ¿en qué te ocupas...?

ZINGARELLO

Soy tañedor de vihuela;
modelo de los pintores;
mandadero de esta iglesia;
y la cigarra de Roma
me llaman, pues, según cuentan,
paso la vida cantando...

BIANCHI

¿Y ser marino quisieras?

ZINGARELLO

¡A vivir lejos de Roma,
prefiero morir en ella...!
(Reparando en el movimiento de los mendigos del atrio y dirigiéndose a Aldoni.)
Aquí viene vuestro amo...
(Corre hacia la derecha, y se inclina cortésmente ante Bolívar, que, seguido de don Simón Rodríguez, aparece entre las ruinas del templo de Diana.)
¡Dios conserve a Su Excelencia...!

ESCENA III

DICHOS, SIMON BOLIVAR y DON SIMON RODRIGUEZ

Los mendigos del atrio, en actitud implorante, se vuelven a los recién llegados. Bolívar cuenta apenas 22 años, estatura correcta, delgado, ágil y esbelto. La frente amplia y alta, el rostro largo y ovalado, el color blanco y pálido, la nariz recta y dominadora, los labios gruesos y sensuales, los ojos negros y profundos, las cejas pobladas e intensas y los rizos finos y crespos, todo en él revela agilidad y energía, imperio y voracidad, dulcificados por un displicente y melancólico aire romántico. Elegancia suprema, aunque un poco recargada de oro y de joyas. Colores claros y suaves. Capa española del más fino paño. Oro en la empuñadura de su espadín, en las hebillas de sus zapatos, en la cadena y en las botonaduras de su traje. Esmeraldas en la pechera. Las sortijas agobian sus manos aristocráticas, blancas y cuidadas como las de un pontífice. Diríase un príncipe adolescente de Van Dyck vestido con traje directorio. Don Simón Rodríguez tiene 34 años, pero representa diez más. Musculatura recia, su frente alta, sus sienes descarnadas, su nariz larga y aguileña, su boca grande, sus ojos acerados y su recia mandíbula, evocan el boceto hecho a golpes de escoplo de un busto romano. Casacón verde obscuro de amplio faldamento, sobre un chaleco de seda rameado que le cae hacia los muslos. Calzón de tripe. Calcetines negros, y grandes zapatos con hebilla de plata. Corbatín blanco, gorro frigio de seda, negro, y luenga capa parda de paño de San Fernando. Usa largas patillas castañas, anteojos redondos de carey. Lleva un libro: el «Emilio», de Juan Jacobo Rousseau, en el alma y debajo del brazo.

(A Bolívar, a quien cercan los mendigos.)
Santa María del Aventino,
da al caminante buen camino;
líbrale del puñal asesino;
su casa y su hacienda prospera;
auméntale la buena suerte,
y que en la hora de la muerte
te tenga a ti por compañera...!

GIACOMO

¡Santa Sabina,
dale la rosa sin espina;
que nunca le falte un abrigo,
ni se canse su campo de dar trigo
ni su molino en dar harina...!

UNA CIEGA

¡Libra a sus ojos, Santa Lucía,
de que les falte la luz del día...!

BOLÍVAR

(Displicentemente arrojándoles un bolsillo con monedas de oro.)
¡Tomad, y basta de letanías...!
(Los mendigos le besan las manos y se alejan, repartiéndose el tesoro detrás del atrio. A lo lejos se va extinguiendo la monotonía lagrimosa de sus bendiciones.)

VOCES DE MENDIGOS

—¡Préstale amparo, Virgen María!
—¡Que no le falte oro ni amor!
—¡Que su sendero siempre esté en flor...!
—¡Tu gloria eterna, dale, Señor...!
(Desaparecen por la izquierda. Bolívar les contempla sonriendo. Aldoni se le aproxima, seguido de Bianchi.)

ESCENA IV.

BOLIVAR, DON SIMON RODRIGUEZ, BIANCHI, ALDONI y ZINGARELLO

BOLÍVAR

Zingarello, ¿qué noticias...?

ZINGARELLO

(Bajando la voz.)
¡Que en este lugar le espera,
cuando, al terminar las flores,
cierren del templo las puertas...!

BOLÍVAR

(Dándole una moneda de oro.)
¡Trueco en oro tus noticias,
aun cuando valen más ellas...!

ZINGARELLO

(Después de contemplarle con gran respeto.)
¡Lástima que no seáis
romano...!

BOLÍVAR

(Sonriendo.)
¿Por qué?

ZINGARELLO

Excelencia,
porque un romano no puede
servir a gente extranjera;
y si vos fuerais romano,
con gran placer os sirviera...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

¡Ni Cicerón el retórico,
ni el panegirista Séneca,
nunca elogiaron a Roma
con tan sencilla Elocuencia...!

ALDONI

(Presentando a Bianchi.)
¡Bianchi, el armador del buque...!

BIANCHI

¡Y un amigo que desea
serviros hasta la muerte...!

BOLÍVAR

(Examinándole de una ojeada, y como complacido del examen.)
¿Podremos tender las velas...?

BIANCHI

¡Mañana mismo, si os place...!
¡En Ostia mi barco espera...!

BOLÍVAR

Aldoni esta misma tarde
os precisará la fecha...!
(A un gesto de Bolívar, Aldoni y Zingarello se apartan junto a las ruinas.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(A Bolívar.)
¡Vamos, cuéntame la historia,
que me muero de impaciencia...!
El Embajador de España
dicen que cundió la nueva,
y a estas horas no se habla
de otra cosa, en Roma entera...!

BIANCHI

(Intentando retirarse.)
Si estorbo...

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Conteniéndole.)
¡No, capitán...!
¡Esa historia os interesa,

para conocer el temple
del alma orgullosa y férrea
que se oculta bajo tanto
terciopelo y tanta seda...!

BOLÍVAR

¡Pues bien; el caso es sencillo...!
Quise conocer de cerca
al Soberano Pontífice;
pedíle para ello audiencia;
concedióla esta mañana,
y en unión de Su Excelencia,
el Embajador de España,
en mi dorada litera,
el umbral del Vaticano
traspuse por vez primera...!
En su silla gestatoria
miré al Padre de la Iglesia...
Doblé al punto las rodillas,
bajé humilde la cabeza;
pero en lugar de besarle
—como es de precepto y regla—
la cruz de oro que, prendida,
en una sandalia ostenta,
mi labio besó su anillo
con profunda reverencia...
—¡Besad la cruz!—a mi oído
murmuraron en voz queda...
Y yo, mi voz elevando
para que todos la oyeran,

les repliqué: —¡En tal sitio
besar la cruz fuera mengua
para el signo que, orgullosos,
sobre sus coronas llevan
en la frente, los más altos
soberanos de la tierra...!
—Todos se quedaron mudos
de asombro, con mi respuesta...
Sonrióse el Santo Padre,
y, haciendo tres reverencias
sombrero en mano, escurríme
tras el tapiz de una puerta...!
Y aquí termina la historia
que en salones y en tabernas,
por las calles y las plazas
toda la ciudad comenta...!

BIANCHI

(Con entusiasmo.)
¡Gesto propio de un romano
de otros tiempos...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Abrazando paternalmente a Bolívar.)
Bella réplica,
digna de que, para ejemplo
de las gentes venideras,
con caracteres de oro
se esculpiese en bronce y piedra...!

(Resuena el repiqueteo sonoro y alegre de una pandereta. Todos se vuelven hacia el atrio, por donde aparece danzando la frágil y alada silueta de la Golondrina.)

ZINGARELLO

(Sin poder refrenar su entusiasmo, corriendo hacia el atrio.)
¡Se acerca la Golondrina
tocando su pandereta...!

ESCENA V

DICHOS y LA GOLONDRINA

La Golondrina penetra danzando en la escena. Es fina, bella y ágil. Viste corpiño y saya tan violentamente rojos, que parecen envolverla en llamas. La cabellera suelta por la espalda humea sombras en los revuelos de la danza. Collares de coral y de granates se enroscan a su garganta. Casquete oriental y medias azules. Zapatos y camisola blancos. Cabeza de perfil tan puro, que parece desprendida de un medallón de bronce antiguo. Morenez de mármol glorificado por los siglos. Avanza rápida y flexible, cimbreando el talle de palmera, girando sobre la punta de los pies ingrávidos de puro ágiles. La pandereta de cuero, con sonajas de plata y lazos de seda roja, parece una cosa viva en sus manos. Se eleva, desciende hasta el suelo; se alza de nuevo; cae sobre la espalda; a veces se detiene, inmovilizada de voluptuosidad, sobre los senos, repiqueteando siempre, estremecida en temblores metálicos, hasta desfallecer en una agonía argentina.

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Mientras danza la Golondrina.)
¡Es como una alegoría
de la eterna Primavera...!

ZINGARELLO

(Siguiendo con sus ojos de lebrel los revuelos de la danza.)
¡Parece que tiene alas,
y que cuando danza, vuela...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

Se va quebrar, como un lirio
de cristal... Y se dijera
que un suspiro de la brisa
la puede tirar por tierra...!

(La danzarina se apoya en un arco trunco, agitando suavemente la pandereta, tendida, como implorando una limosna. Bolívar, que la ha contemplado danzar, recogido en su silencio, como en un ensueño, se le acerca y le vacía su bolsa. Todos la rodean. Los ojos grandes y negros de Zingarello se rasgan en la voracidad de contemplarla, de no perder un movimiento de la Tanagra alada.)

BOLÍVAR

A los ojos nostálgicos de la gloria pasada
entre los viejos mármoles de este lugar sugieres
la estatua de una diosa recién desenterrada,
que busca entre las ruinas su pedestal... ¿Quién eres?

(La voz estridente y dominadora se dulcifica en la evocación. Los ojos llamean al absorber el encanto embriagador de la belleza antigua.)

LA GOLONDRINA

(Recostada en la columna, con la pandereta, como si fuera un nido, sujeta con las manos sobre el seno. Su acento tiene una frescura cantarina del agua corriente, y de todo su sér se difunde como una primavera musical, luminosa y fragante.)

¡Soy un soplo de brisa que perfuma la siesta
con las líricas rosas de estival serenata;
pandereta de oro que prende en la floresta
el cairel de sus claros cascabeles de plata...!
¡Soy el eco perdido de una voz que te nombra;
la ilusión que en tus sueños se deshoja en jazmines;
el rayito de luna que ilumina tu sombra,
y el ruiseñor que alegra tus nocturnos jardines...!
¡Soy el hada madrina que custodia la puerta
de un palacio encantado; la alegre golondrina
que en las floridas rejas de tu ventana trina,
y al rozar con sus alas tu cristal, te despierta...!
No conozco mis padres ni sé dónde he nacido;
quizás en el recodo de alguna carretera,
mientras sobre el silencio del campo adormecido
se enjoyaba de rosas la rubia Primavera
y la alondra sus trinos en el azul rompía,
y se irisaba en perlas la fresca catarata,
¡y la última estrella sobre la mar caía,
cual lágrimas de oro sobre un vaso de plata...!
Me llaman Golondrina, porque mi vida ha sido
un constante y alegre volar de clima en clima...
¡Las palmas del desierto cobijaron mi nido,
y he hollado con mis plantas las nieves de la cima...!
Las nubes que se pierden en el azul; las naves
que pasan; el rocío fugaz de las mañanas;
las olas que se alejan sin retorno, y las aves
que emigran y no vuelven, ¡ésas son mis hermanas...!
Ciudades y caminos me son indiferentes...
¡Y así pasa mi vida, alegremente inquieta,

mientras danzan, gruñendo el marfil de sus dientes,
los osos, al vibrante son de mi pandereta...!

BOLÍVAR

(Como embriagado por las palabras de la errabunda.)
Más que un acento humano, tu voz es un conjuro;
es algo misterioso, como un presentimiento,
que viene del pasado, camina hacia el futuro,
y pasa por las almas como un soplo de viento...!
¡Qué bien te sienta el nombre que llevas, Golondrina!
¡Ay Golondrina, ese nombre qué bien te sienta,
pues parece que arrancas con tu voz tanta espina,
como al crucificado corazón ensangrienta...!
¡Oyéndote, el sol brilla, la tempestad se calma;
porque de tus sonoras piedades al abrigo,
parece que nos brotan dos alas en el alma
que se abren impacientes, para volar contigo...!
¡Quién pudiera, bohemia, seguir tu caravana...!
Por valles y por montes vagar eternamente,
gozando entre tus risas las glorias del presente,
sin pensar dónde iremos a descansar mañana...!

LA GOLONDRINA

(Súbitamente seria, con la voz lenta y grave, como si descifrase un misterio.)
Nació la golondrina para tender sus vuelos
sobre ramas y aleros, por campos y ciudades,
y el águila ha nacido para escalar los cielos
y desplegar sus alas contra las tempestades...!
El fuego de cien soles en tus ojos fulgura,
y extinguirle las nubes intentaran en vano...!

(Dejando de súbito la pandereta y la bolsa sobre un pedestal, y aproximándose à Bolívar, insinuante y ágil.)
Te diré los secretos de la Buenaventura
si a mis ojos le ofreces la palma de tu mano.
(Tiende, a las manos de Bolívar, sus manos morenas, que transparecen al sol, como si fuesen labradas en ámbar.)

BOLÍVAR

(Rechazándola suavemente.)
Toma tu bolsa, y sigue, cantando, tu camino,
que bien vale ese oro el oro de tu risa...!
¡No me tienta el enigma que encierra mi destino...!
¡Mi vida es una rosa que deshojó la brisa...!

LA GOLONDRINA

(Insistiendo, tendidas las manos trémulas, como si quisiera escudriñar algo oculto, y fijas las pupilas en los ojos de Bolívar, como intentando descifrar un misterio.)
¡Dame la mano, y calla...! ¡Quién sabe si mañana,
al mirar tu destino cumplido, tendrás una
sonrisa para esta vagabunda gitana
que predijo las glorias de tu buena fortuna...!

BOLÍVAR

(Atajándola, con una amarga sonrisa en los labios y una sombra dolorosa en los ojos.)
¿De mi buena fortuna? Tan buena fué la mía,
fué tan avara en bienes y tan pródiga en daños,
que hasta por las inmundas llagas de Job daría
las inútiles rosas de mis veintidós años...!

LA GOLONDRINA

(Gravemente, imponiéndole silencio. Todos la cercan. Las pupilas arden de ansiedad. Zingarello tiembla, como si un misterioso escalofrío recorriese su cuerpo. Sólo Bolívar permanece sonriendo, con una amarga sonrisa desdeñosa. La tarde tiende sobre los mármoles, las vides y los cipreses, las divinas transparencias de sus velos de oro.)

¡No es estéril ninguna humana pesadumbre...!
¡Aquél que abrió tu llaga sabe por qué la ha abierto...!
¡Dios labró las cavernas en medio de la cumbre,
y floreció el oasis en mitad del desierto...!

(Le toma entre sus manos trémulas la mano izquierda. Se inclina como para cumplir un rito y permanece como absorta en una visión lejana, contemplando las líneas de la palma. La ansiedad aumenta.)

BOLÍVAR

(Impaciente porque se rompa el silencio circundante.

¡Aquí tienes mi mano...! ¿Qué contemplas en ella,
para que así el espejo de tus ojos se asombre...?

LA GOLONDRINA

(Como transfigurada, alzando bruscamente los ojos, y con la voz profunda y extraña, como si viniese de un mundo lejano.)

¡No habrá estrella que eclipse el fulgor de tu estrella,
ni habrá gloria que iguale la gloria de tu nombre...!

(Bolívar no puede contener un gesto desdeñoso. La Golondrina vuelve a inclinarse sobre la palma de la mano. La examina casi con religiosidad, siguiendo los complicados jeroglíficos de sus líneas. Después dobla la mano por la muñeca y observa los pliegues que forma al doblarse. Alza de nuevo la testa. Se reconcentra en una contemplación interior con tal violencia, que se siente crujir toda, como si fuera a desgarrarse. Su rostro palidece; los ojos se cierran... Y luego, después de una pequeña pausa, se pasa las manos por la frente, y su voz se derrama sobre el silencio y la ansiedad de todos, con la impasibilidad monótona de un decreto del destino.)

Cinco veces los mares has de surcar... Y, luego,
pastor de un indomable rebaño de leones,
con tu espada de llamas y tu verbo de fuego,
como Dios creó el mundo, crearás cinco naciones...!
Tocarás con tus sienes las celestes esferas,
y se hundirán tus plantas más allá del abismo...!
Lucharás contra todos: los hombres y las fieras,
con la Naturaleza, y hasta contigo mismo...!
Tras haber realizado la más gloriosa hazaña
que los siglos han visto, en la hora de tu muerte,
pobre y desamparado, en una casa extraña,
no encontrarás ni una camisa que ponerte...!

BOLÍVAR

(Volviéndole desdeñosamente la espalda.)
¡Qué mal adivinaste mis sueños, Golondrina...!
¡Qué mal adivinaste...! ¡Ni grandezas ni honores...!
Ni la gloria me atrae, ni el poder me fascina,
¡y ambas cosas las diera por un beso de amores...!

LA GOLONDRINA

(Deteniéndole con la voz profundamente conmovida.)
¡Será en vano...! ¡Tu hora del amor ya ha sonado...!
El beso que nos hace temblar hasta en los huesos,
ese beso infinito, tus labios ya lo han dado...!
¡Y ese beso no pueden borrártelo otros besos...!
(Bolívar se vuelve ansiosamente. Se le ve un instante temblar, palidecer de angustia, como si en pleno pecho se le abriese, de súbito, una herida mal cerrada.)

BOLÍVAR

¿Qué dices, Golondrina...?

LA GOLONDRINA

(Con la voz rota en sollozos.)
Que en unos dulces ojos
desvanecerse has visto el fulgor de tu estrella;
¡y al sepultar, llorando, sus fúnebres despojos,
tu corazón, por siempre sepultaste con ella...!

BOLÍVAR

(Haciendo un esfuerzo supremo por contener los sollozos que le ahogan la garganta.)
¿Quién te lo ha dicho...? ¡Dime...!

LA GOLONDRINA

¡Como en un libro abierto,
he leído, en las líneas de tu mano, tu historia...!
¡Si para los amores tu corazón ha muerto,
aún te queda un consuelo: vivir para la gloria...!
(Bolívar se aleja del grupo y se apoya en el arco, para disfrazar su turbación contemplando el panorama de la ciudad, que empieza a resplandecer en la apoteosis dorada de la tarde. Su mano izquierda se abre bajo el cuello, como si quisiese estrangular sus sollozos, y el índice de la mano derecha sella su labio superior con el signo del silencio. Simón Rodríguez y Giovanni Bianchi se aproximan más a la Golondrina, mientras Zingarello la contempla, queriendo devorarla con sus grandes ojos voraces, y Luigi Aldoni permanece inmóvil, respetuosamente separado del grupo.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Tendiéndole la mano a la Golondrina.)
Y mi mano, ¿qué dice?

LA GOLONDRINA

(Después de examinarla, como fatigada del esfuerzo.)
¡Que andarás tu camino,
y morirás de viejo...!
(Le suelta la mano.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

Conforme con mi suerte,
con tal que no me falte, en la hora de mi muerte, ¡
unos amantes labios y un vaso de buen vino...!
(Saca una moneda y se la entrega a la Golondrina.)
¡Que los Dioses te escuchen...!

BIANCHI

(Tendiéndole también la mano.)
Y mi mano, ¿qué augura...?

LA GOLONDRINA

(Después de examinarla, con la voz áspera de fatiga.)
¡Apiñarás riquezas y tendrás poderío...!
¡Mas morirás colgado del mástil de un navío...!
(Bianchi no puede contener un estremecimiento de terror, y sus manos se crispan de ira para estrangular a la gitana.)

LA GOLONDRINA

(Recuperando de pronto su alegría y su volubilidad, recogiendo su pandereta y su bolsillo, y haciendo una gentil reverencia.)
¡Gracias, nobles señores...! ¡Ya la buenaventura
les dije a cada uno...! Con la bólsa repleta,
esta pobre bohemia, al azar se encamina;
¡y cantando, al vibrante son de su pandereta,
lo mismo que ha venido se va la Golondrina...!
(Vibra alegremente el pandero, y se pierde, bajo el atrio, cantando y bailando, mientras todos permanecen absortos y ensimismados en sus presagios. Sólo los ojos de lebrel de Zingarello siguen los revuelos bermejos de su falda.)
(Cantando.)

Porque volar me gusta
de clima en clima,
todo el mundo me llama
la Golondrina.
Soy libre como el viento,
y el mundo es mío,
pues siempre habrá un alero
para mi nido.
Por eso sin temores,
de clima en clima,
siempre vuela cantando
la Golondrina...!

(Desaparece por la izquierda, y con ella parece que se van también las últimas claridades y alegrías de la tarde.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Viendo desaparecer a la Golondrina, como hablando consigo mismo.)
¡Viajar eternamente...! ¡Qué peregrina historia...!

BIANCHI

(Siniestramente.)
¡Morir en un navío colgado de una entena...!

BOLÍVAR

(Pasándose las manos por la frente, como para disipar un doloroso pensamiento.)
¡La espina sin la rosa...! ¡Sin el amor la gloria...!
¡Subir solo el Calvario, sin una Magdalena...!
(Todos permanecen inmóviles y abatidos, con la cabeza entre las manos, mientras se extinguen a lo lejos los últimos compases de la pandereta. Los fieles empiezan a salir de las flores de Mayo; se les ve perderse a la izquierda, bajo el atrio de la iglesia.

ESCENA VI

TODOS, menos LA GOLONDRINA

BIANCHI

¡Tiene gracia la gitana...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

¡Pero a vos os ha dejado
más pálido que la muerte...!

BIANCHI

¡No es muy feliz el presagio...!
¡Yo, si la encuentro en mi nave,
sí que la cuelgo de un palo...!

ZINGARELLO

(Aproximándose a Bolívar, que aun permanece reclinado en la columna.)
¡Perdonad, señor...! ¡Las puertas
del templo ya están cerrando...!

BOLÍVAR

(Como quien despierta, hablando consigo mismo.)
Tiene razón Zingarello...
Se acerca el momento... ¡Vamos
a embriagarnos del presente
para olvidar el pasado...!
(Recupera de nuevo su impetuosidad y se dirige hacia don Simón Rodríguez.)
Maestro, se acerca la hora...

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

Con el capitán en tanto,
visitaremos las ruinas
que a este monte le han prestado
la eternidad de sus bronces
y el prestigio de su mármol;
el gran templo de Minerva

y el palacio de Trajano...!
Zingarello será el guía
que nos saque de ese largo
laberinto de columnas
y pedestales truncados...!
(Se marcha, seguido de Bianchi, Aldoni y Zingarello, por la derecha.)

ESCENA VII

BOLIVAR y FANNY

Dan las siete en el reloj de la iglesia. Bolívar se aproxima al centro de la escena. Aparece en el atrio la elegante y fina silueta de Fanny. Viste un rico traje directorio, de colores obscuros, para realzar más el rubio veneciano de sus cabellos y la blancura mate de sus manos, de su rostro y de su cuello desnudo. Belleza aristocrática, con empaques de reina, y mirar noble y austero de abadesa. Avanza lentamente, dolorosa y convulsa, retorciéndose de dolor, bajo su máscara impasible. Sus ojeras, su palidez, y más que nada lo rígido de su perfil, denotan el martirio interior que la consumen.

BOLÍVAR

(Corriendo hacia ella.)
Te esperaba impaciente... ¡Nunca tuve
tanta impaciencia al esperar...!

FANNY

(Rígida como una muerta, con la voz trémula y desesperada, lentamente, dejando caer las palabras, como saboreando su amargura.
Y llego
sobre tu cielo azul, como una nube,
a apagar con mis lágrimas tu fuego...!
(El llanto se agolpa, por fin, a sus pestañas.)

BOLÍVAR

(Sorprendido.)
¿Qué dices, Fanny...?

FANNY

(Sin poder contenerse.)
Que la pobre loca,
la que sedienta de pasión, un día
todas las glorias del amor bebía
en las rojas vendimias de tu boca,
hoy, recobrada la razón, comprende
que un sueño quiso eternizar en vano...,
viene a darte su adiós, y, antes, te tiende,
toda bañada en lágrimas, la mano...!

BOLÍVAR

¿Partir intentas...? ¿Dónde?

FANNY

A la amargura
de un hogar sin calor, donde reclama,
el deber, la presencia de una dama,
que a tu amor sacrifica su ventura...!
(Estremecida por la lucha interior, poniendo en sus palabras toda la tristeza y todo el ardor que la devoran.)
¡Porque te adoro, sí, con tal vehemencia,
que por salvar tu amor de ti me alejo,

aunque en tus manos para siempre dejo
cuanto es aroma y luz en mi existencia...!

BOLÍVAR

(Como dudando aún.)
¿Te estás burlando de mi amor...? ¿No es cierto
que es una burla a mi cariño urdida...?

FANNY

(Contemplándole fijamente a través de sus lágrimas.)
¡Pregúntale a las lágrimas que vierto
al darte mi postrera despedida...!

BOLÍVAR

(Tomándole las manos con apasionada solicitud.)
¡Estás llorando...! ¿Qué dolor te aqueja...?
¿Qué amargura motiva tu quebranto...?
(Le tiende los labios a los ojos. Ella los cierra, pálida y estremecida, como si fuera a morir.)
¡Para santificar mis labios, deja
que enjuguen, con sus besos, ese llanto
que al perlar las alburas de tu cuello
hace tu faz más dulce y más hermosa...!
(Le besa devotamente los ojos; después la contempla, subyugado por el encanto de su dolorosa belleza.)
¡Rafael no soñó rostro tan bello
para pintar su Mater Dolorosa...!
(La atrae en un abrazo hacia su corazón. Fanny troncha su cabeza lacrimante sobre el hombro de Bolívar, y permanece un instante sollozando. La tarde empieza a declinar en un adiós de oro y de púrpura.)

FANNY

(Desfallecida, pugnando por libertarse de sus brazos.)
¡De esa prisión mi corazón liberta,
si no quieres que, loca de ventura,
al desceñir tus brazos mi cintura
me desplome a tus pies como una muerta...!
(Bolívar la suelta. Después la toma de una mano y la conduce al pedestal, cerca de la columna trunca. Ella se deja arrastrar como una sonámbula.)

BOLÍVAR

Como un Emperador, en sangre tinto
expira el sol... ¡Sonríete y reposa
sobre el antiguo mármol de este plinto
que reclama la estatua de una diosa...!
(Le ayuda a subir. Ella apoya su silueta sobre la columna. Bolívar arranca una rama de laurel y se la ciñe a las sienes áureas.)
Yo, para disipar esos agravios,
he de inmolar, ante tu altar, de hinojos,
las más dulces miradas de mis ojos
y los más tiernos besos de mis labios...!
(Se postra y se abraza a las rodillas de Fanny, que, inmóvil sobre el pedestal, resucita el pagano encanto de una Venus dolorosa. Pequeña pausa. Bolívar se alza y la contempla un instante, ebrio de belleza.)
¡Así qué bella estás...! Esta colina,
que es como el alma de la vieja Roma;
la púrpura solar que te ilumina;
el incienso de Mayo que te aroma;
la columna en que muda te sostienes;
el arco roto que te presta sombra;
la rama de laurel que orna tus sienes,
y ese tapiz de hiedras que te alfombra;

todo este ambiente heroico, que atestigua
un pasado de gloria y de grandeza,
da a la fragilidad de tu belleza
la eternidad de una belleza antigua...!
De una estirpe divina, a mis antojos
toda la pompa celestial sugieres...
¡Diana debió de ser como tú eres,
y Venus tuvo que tener tus ojos...!
(Fanny, apoyada en la columna, se bebe ansiosamente las palabras, con los ojos atónitos y los labios trémulos.)
Cuando mañana, a la remota América,
la nave vuele por la azul llanura,
superará mi orgullo y tu hermosura
de Helena y Páris, la leyenda homérica...!
Y al cerrar con mis besos tus pestañas,
dirá mi orgullo con tu amor a solas,
mientras gimen los vientos y las olas,
y el perfil de las últimas montañas
en la lejana bruma se amortigua:
—¡Oh, Viejo Mundo...! ¡En mi bajel me llevo
todo el fulgor de tu belleza antigua
para encender de amor a un Mundo Nuevo!
(La desciende reverentemente del plinto y la sienta en la urna sépulcral.)

FANNY

(En una imploración desesperada.)
¡No prosigas, por Dios...!

BOLÍVAR

(Sentándose a su lado y tomándole las manos.)
¿Aquí qué dejas?

¡Podredumbres, vileza y cobardía...!
Viejos prejuicios y ciudades viejas;
Cristo en la cruz, sangrando todavía;
catedrales que el tiempo desmorona;
el cáliz roto y profanada el ara;
la impiedad con cayado y con tiara,
y la idiotez con cetro y con corona...!
Tronos que se derrumban en astillas;
la libertad, que de expirar acaba,
¡y la Europa, que tiembla de rodillas
ante Napoleón, como una esclava...!
Allí, en vez de salones cortesanos
y la estrecha prisión de tus ciudades,
tendrás la pompa inmensa de mis llanos,
por cuyas anchurosas soledades,
cuando abaten las alas las tormentas,
en las noches de estrellas consteladas,
desgarran, con sus finas cornamentas,
la plata de la luna, las vacadas;
y en el iris triunfal de los estíos,
en un raudo galope sobrehumano,
saltando zanjas y cruzando ríos,
con pulso firme y con certera mano,
lanzan potros salvajes los llaneros,
mientras bajo la paz de los samanes,
a la orilla de hipnóticos esteros,
bostezan esmeraldas los caimanes...!
Allí, en vez de tus parques invernales,
recortados a punta de tijera,
te ofrecerán su eterna primavera
nuestras vírgenes selvas tropicales...!

Allí, en vez de jacintos y rubíes,
para enjoyar tus rizos ondulantes,
te darán mis cocuyos sus diamantes,
y sus iris de sol mis colibríes;
olvidarás tus nardos y azucenas,
tus rosas, tus jazmines y azahares,
suspirando el ardor de mis cayenas
y el fragante coral de mis bucares;
y en la pompa pluvial de los ocasos,
cuando todo en tus ojos lo zafiras,
no rimarán la gracia de tus pasos
los violines, las flautas ni las liras,
sino el estruendo de mis manantiales,
el verde abanicar de mis palmeras,
los celosos rugidos de mis fieras,
y el amante arrullar de mis turpiales...!
Y de los Andes en la blanca cima,
donde se rasga con la mano el cielo,
y el alma, ansiosa de infinito, rima
con el alma de Dios su eterno vuelo:
allí, con luz de sol y con fulgores
de estrellas, de una roca suspendido
fabricará mi orgullo nuestro nido
para ocultar al mundo tus amores...!

FANNY

(Irguiéndose de pronto, como si se retorciese entre las llamas de un incendio.)

¡No prosigas, por Dios...! Pasó la hora
de nuestro sueño, y sólo ya nos resta
la realidad que por mis ojos llora...

(Se cubre el rostro con las manos, mientras que Bolívar, bruscamente sorprendido por su actitud, la contempla un instante, atónito, con los brazos cruzados.)

¡Dulce sueño de amor, cuánto nos cuesta...!

(Se descubre el rostro. Se yergue más aún, con un gesto de resolución irrevocable.)

Ya el alma de ese sueño ha despertado,
y el deber le ha trazado su sendero...
¡Y parto, para siempre, de tu lado,
aunque de angustia y de dolor me muero...!

BOLÍVAR

(Sin poder contener su violencia, oprimiéndole las muñecas y mirándola fijamente.)

¿Qué, partes...?

FANNY

(Sosteniéndole la mirada, en un esfuerzo supremo, con los dientes apretados y la faz lívida.)

¡Sí...! ¡Cuando despunte el día...!

(Bolívar se separa con brusquedad, casi rechazándola.)

¡Deja que sola hacia el olvido vaya...!

BOLÍVAR

(Volviendo a sujetarla por las muñecas.)

¿Dónde están tus promesas...?

(La rechaza de nuevo.)

¡Ah, malhaya
quien de promesas de mujeres fía...!
¡Pecar y arrepentirse...! ¡Pobres seres
de alma de pluma y corazón de viento...!

¡El pecado y el arrepentimiento
son la única virtud de las mujeres...!

FANNY

(Con la voz dolorosa, pero segura.)
¡Ultraja más aún...! ¡Mi nombre infama...!
¡Mi corazón retuerce entre tus manos...!
¡Mas todos tus extremos serán vanos...!
¡Yo partiré donde el deber me llama...!
¡Al hogar sin calor, donde inocentes,
para alegrar mi vida sin fortuna,
aun me aguardan mis hijos, sonrientes,
con los brazos tendidos, en la cuna...!

BOLÍVAR

(Refrenado su primer impulso de ira y profundamente conmovido por el acento doloroso de Fanny.)
¿Adónde ha ido tu piedad fraterna?
¿Por qué me abandonas, tú, que fuiste
en los desiertos de mi vida triste,
sombra de palmas y agua de cisternas...?
¡Mas, perdona...! ¿Por qué cuando en mis brazos,
confundiendo tu llanto con el mío,
para ahuyentar mis penas y mi hastío,
juraste hacer eternos estos lazos;
por qué creyendo tu pasión sincera
di mis muertas tristezas al olvido,
igual que si una nueva Primavera
hubiese en mis desiertos florecido?
(Exaltándose de nuevo.)

¡Maldita, sí, porque tu infamia quiso
hacer más hondo mi dolor eterno...!
¡Por haberme mostrado el Paraíso,
para hundirme después en el Infierno...!

FANNY

(Desesperadamente.)
¡No me maldigas, no...! Si no te amara,
¿cómo hubiese mi hogar abandonado,
y a él para siempre y sin honor, tornara,
a llorar este amor desventurado...?

BOLÍVAR

Si es cierto ese cariño que blasonas,
¿por qué niegas al alma tus consuelos,
y solo, en mi calvario, me abandonas...?

FANNY

(Sin poder reprimir el dolor que la devora, en un grito desesperado de naufragio, con las manos tendidas al cielo y los ojos cubiertos de lágrimas.)
¡Porque se rompe el corazón de celos...!
(Pequeña pausa. Se estremecen en el silencio, como dos condenados.)
Entre nosotros una tumba abierta
se interpuso por siempre... ¡Y aún percibo
que hay en tus ojos y en tus labios, vivo,
el perfume de besos de una muerta...!
(Bolívar retrocede y se cubre el rostro con las manos.)
¡Ya te ha roto mi alma su secreto,
y sabes la razón de mi partida...!

¡Luché contra el destino, y fuí vencida,
y de nuevo al destino me someto...!

(Bolívar permanece inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin fuerzas para detenerla.)

¡En tu recuerdo eternamente presa,
yo rogaré al Señor por tu destino!

(A un movimiento convulsivo de Bolívar.)

No intentes detenerme en mi camino...
¡Te lo pido, llorando, por Teresa...!

(Le tiende la mano a Bolívar. Este se inclina y se la besa. Algunas lágrimas la humedecen. Ella, en la desesperación de su martirio irrevocable, se lleva la mano a la boca y se bebe las lágrimas. Después, lenta y rígida, como una reina que va al suplicio, se dirige hacia el atrio, perdiéndose, bajo los arcos, con los postreros fulgores de la tarde. Bolívar, al verla desfallecer, corre hacia ella con los brazos tendidos; pero falto de fuerza, se detiene y se desploma, sollozando, sobre la urna funeraria. Se le oye sollozar en el silencio crepuscular, y la sombra lo envuelve sobre el sepulcro como una mortaja.)

ESCENA VIII

BOLIVAR y DON SIMON RODRIGUEZ

Don Simón Rodriguez penetra por las ruinas de la derecha, y al ver a Bolívar sollozando sobre la urna funeraria se inclina y lo levanta en sus brazos. Bolívar, al reconocer a su maestro, se apoya y se refugia en su seno como en su última esperanza. Su corazón, como un vaso colmado, se desborda de amargura.

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

Dime, ¿qué te pasa?

BOLÍVAR

(Animándose en su dolor.)

Por siempre ha finado

de Helena y de Páris la dulce leyenda...
¡Parto solo a América...! ¡Fanny se ha marchado,
y de nuevo solo me encuentro en mi senda...!
¡Otra vez la mano que toca en la llaga,
y la llaga sangra de nuevo, Maestro...!
La esperanza huye, mi antorcha se apaga,
y en la vida es todo lóbrego y siniestro...!
Su brillo imposible me brinda una estrella,
y algo en mis oídos en voz baja vierte:
—¡Ya sólo la muerte te unirá con ella...!
¡Y siento un profundo amor por la muerte...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

Eres rico y joven... ¡La vida te llama
para darte todas sus fragantes flores...!
¡Tu pasado olvida...! ¡Goza, triunfa y ama,
que un amor se cura con nuevos amores...!

BOLÍVAR

(Impetuosamente, como queriendo ahogar con la violencia de sus palabras las amarguras de sus desconsuelos.)

¡Tú que sabes de eso...! ¡Tú que sabes de eso,
para aconsejarme bálsamos de olvido,
si nunca en un beso la vida has bebido,
ni has dado tu vida por la miel de un beso...!
¡Tú que sabes de eso, si fué tu existencia
un pardo desierto sin aves ni flores...!
¡Apagó el estudio todos tus ardores,
y secó tu estéril corazón la ciencia...!

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Con orgulloso cinismo.)
¡Mis pasos son libres, y de ello me alabo...!
Ningún sentimiento me impuso su yugo;
y en vez de que fueras —¡oh, amor!— mi verdugo,
¡te puse cadenas, y te hice mi esclavo...!
La altivez austera de mi pensamiento
a nada su eterna libertad inmola...
Más que árbol inmóvil me agrada ser viento
fugaz, y a ser roca prefiero ser ola...!
Es largo el camino, y el tiempo es escaso...
La sed muchas veces me asalta en el yermo...
Tengo sed, y bebo; tengo sueño, y duermo,
sin que me preocupe ni el lecho ni el vaso.

BOLÍVAR

(Después de una pequeña pausa de reconcentración, sentado con don Simón Rodríguez sobre la urna sepulcral, y cambiando de tono, mientras el crepúsculo avanza y da a todos una semipenumbra de confidencias.)
¡Tú sabes mi historia...! ¡Mi infancia enlutada,
huérfana de todo sincero cariño...!
¡Cuántas veces, cuántas, por una mirada,
en la casa ajena sollocé de niño...!
¡Cuántas veces, cuántas, en la noche obscura,
postrado en el lecho, de angustia gemía!
¿Por qué no quisiste llevar, madre mía,
mi orfandad contigo a la sepultura...?
¡Tú el primer volumen a mis manos diste,
y con tus consejos y con tus lecciones,

hiciste mi vida más hosca y más triste,
poblando mi mente de extrañas visiones...!
¡Con tantos relatos de heroicas hazañas,
en mí despertaste la férrea energía
de mi estirpe vasca, osada y bravía
como los picachos que ornan sus montañas...!
Y eclipsar soñaba los hechos loados
de tantos lobeznos y tantos azores,
de Gonzalo Pérez, terror de prelados,
y de mis abuelos los Conquistadores...!
Y en las viejas salas, llenas de armaduras
y antiguos retratos, sorprendióme el día,
como a Don Quijote, forjando aventuras
y leyendo libros de caballería...
Para hacerla dueña de mis pensamientos,
soñaba una dama romántica y bella,
que, como las reinas de los viejos cuentos,
llevase en la frente prendida una estrella...!
¡Y la amé en mis sueños, con todo el cariño,
con las locas ansias y con la vehemencia
de mi solitaria orfandad de niño
y de los ardores de mi adolescencia...!
En todas las damas que cruzar veía
la busqué en mi patria, sin hallarla nunca,
y, cuando ya estaba mi esperanza trunca,
en Madrid con ella tropecéme un día...!

(Pequeña pausa. Como si viviese de nuevo su bello sueño desvanecido. La emoción profunda que le subyuga, pone en su voz y en sus ojos una suavidad y una ternura desconocidas.)

¡Qué bien lo recuerdo...! ¡Los nobles salones
del marqués de Ustáriz... Damascos bermejos,
consolas y arañas, tapices y espejos,

viejas cornucopias y áureos artesones...!
¡Y una adolescente de perfil suave,
palidez de lirio y pupila bruna,
cuyas blancas manos preludiaban una
dulce serenata de Mozart, al clave...!
En una mirada prendimos los ojos,
y al ver en su frente fulgurar mi estrella,
el alma, temblando, se postró de hinojos,
y rezó, muy bajo, suspirando: —¡Es ella...!
¡Oh, tiernos idilios...! Frases temblorosas,
horas de embriagueces, sonrisa y suspiro;
y aquel primer beso, que en el Buen Retiro
hizo empurpurarse de pudor las rosas,
mientras que temblando la mano en la mano,
juntos apuramos en un mismo trino,
todas las delicias del amor humano
y todas las glorias del amor divino...!
La tierra y los cielos hechos carne humana,
dejaron mi alma de infinito impresa...!
Ella fué mi novia, mi madre y mi hermana,
y Dios se llamaba; para mí, Teresa...!
Mi vida de estrellas colmó su vacío...
¡Oh, mi Venezuela, como nunca hermosa
te miré en los negros ojos de mi esposa,
desde la cubierta del viejo navío...!
(Su voz se rompe en lágrimas, su mirada se humedece, y hay en sus manos un temblor de angustia.)
Hasta que envidiosa de tanta ventura,
la muerte en mis brazos la dejó dormida...,
¡y hoy, con su recuerdo, se pudre mi vida,
bajo el blanco mármol de su sepultura...!
(Desfallece en un sollozo. Don Simón Rodríguez le sostiene paternalmente.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

¡Tus penas olvida...!

BOLÍVAR

(Reanimándose después de una pausa de sollozos. A su desesperación sucede un desaliento infinito.)

Dejé Venezuela
para ahogar la angustia de mis sufrimientos,
y hace ya tres años que mi vida vuela,
cual las hojas secas, a merced del viento...!
¡En vano las sendas del mundo he corrido,
buscando un oasis de paz y de olvido...!
Pensé, muchas veces, en mi descontento,
renunciar a todo, y entrar a un convento,
para que mi vida, cual lirio morado,
muriese a las plantas del Crucificado...!
Mas la fe, que salva, y el fervor, que cura,
con ella se fueron a la sepultura...!
Bálsamo de olvido pedí a los placeres;
me embriagué de juego, de vino y mujeres;
y al abrir los ojos junto al lecho mío,
bostezando siempre contemplé el hastío,
mientras en las manos oculta la frente
su amor sollozaba silenciosamente...!
En vano a la ciencia pedí lenitivo,
pues la ciencia hizo mi dolor más vivo;
y en todos los libros dejaron su huella
mis ojos a solas, llorando por ella...!

¡Cuántas veces, cuántas, con mi pena a solas,
mi mano a las sienes llevó sus pistolas;
mas siempre su santa sombra bendecida
se interpuso entre la muerte y mi vida...!
Y esa sombra, ahora, tras de mí camina;
en horas de angustia sobre mí se inclina;
alisa mis bucles, me da sus consejos,
y se desvanece tras de los espejos...!
Y el viento que pasa, las aves, las flores,
las nubes, las olas, y los surtidores;
el aire que aspiro y el sol que me besa,
todo al par suspira: —¡Teresa...! ¡Teresa...!
(Vuelve a desfallecer en un sollozo desesperado.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Volviendo a estrecharle entre sus brazos, profundamente conmovido.)
Si tu alma en llanto desahogarse quiere,
aquí están los brazos de este viejo amigo,
que si no comprende el mal que te hiere,
sabe, sin embargo, sollozar contigo...!
(Quedan un instante abrazados.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ZINGARELLO

La figura de Zingarello aparece en el fondo. Recortándose, como esculpida en sombras, sobre el rubí llameante del crepúsculo, se adelanta alegre, saltando entre las ruinas, hasta cerca de la urna funeraria. Una campana lejana repica el Angelus, y a este conjuro musical, como bandadas de aves vivaces, despiertan las voces broncíneas, cristalinas y argentinas de todas las campanas de Roma, y ascienden en un himno sonoro y múltiple, animando el encanto cóncavo y místico del crepúsculo primaveral.

ZINGARELLO

(A Bolívar.)
¡Venid, señor...! ¡Perdonen...!
(Se detiene trémulo ante el grupo que forman Bolívar y don Simón Rodríguez. Los dos se vuelven.)

BOLÍVAR

(Procurando serenarse.)
¿Qué pasa, Zingarello...?

ZINGARELLO

¡Venid a ver a Roma cómo fulgura y arde
en los maravillosos incendios de la tarde,
mientras la voz del Angelus hace sonoro el cielo...!
(Se sube al pedestal y les señala, con la mano extendida, a la ciudad gloriosa, que llamea a lo lejos, toda envuelta en las púrpuras flamígeras del crepúsculo. Bolívar y don Simón Rodríguez se vuelven a la contemplación, y mientras vuelan las campanas del Angelus, parecen sumergir sus pobres ánimas mortales en la eternidad de la ciudad augusta, purificándolas, en el fuego del crepúsculo, de toda escoria terrena.)

BOLÍVAR

(Después de extinguirse la última vibración del Angelus, con los brazos tendidos hacia la ciudad lejana, como renaciendo a la vida después de una dolorosa convalecencia.)
¡Roma...! ¡Loba materna, Ciudad de maravillas,
la primera de todas en la paz y en la guerra,
cuyo nombre glorioso se pronuncia en la tierra,
con los ojos al cielo, temblando, y de rodillas!
¡Roma...! ¡Roca Tarpeya; el Capitolio; el Foro;

y en una apoteosis de palmas y de flores,
monarcas arrastrando las carrozas de oro
y marfil de los cónsules y los Emperadores...!
¡Roma es luz y es tinieblas! ¡Es fuerza y es dominio;
heroicidad y crimen; esplendor y boato;
es el puñal de oro que hiere a Viriato,
y es el hacha de plata que decapita a Arminio...!
Es garra de diamantes, y es arado fecundo;
es festín y hecatombe, desinterés y medro:
el águila de César y la cruz de San Pedro
clavadas en el centro del corazón del mundo...!
La eternidad —¡oh, Roma!— se ha nutrido en tu pecho;
en ti todos los dioses erigieron altares;
a los pueblos les diste la Fuerza y el Derecho;
al Arte los más dulces y sonoros cantares,
las más bellas estatuas, las telas más gloriosas;
a la Virtud y al Crimen los más altos ejemplos...
¡No hay templos más hermosos ni firmes que tus tem- [plos,
ni rosas que perfumen lo mismo que tus rosas...!
¡No hubo ciudad ni pueblo, montañas ni arenales,
en donde con la espada tus leyes no impusieras,
ni mar que no mirase sangrar en tus cristales
la victoriosa púrpura de tus áureas galeras...!
Infiltraste tu sangre de ceniza y de lava
en las venas de fuego de los Conquistadores.
¡No hay raza que no haya sido, Roma, tu esclava,
ni pueblo que no haya llorado tus rigores...!
Como en sacro Museo, acogiste en tu alma
todo el marmóreo Olimpo de los dioses paganos;
y diste catacumbas, circos, martirio y palma,

y luego, altar y templos, al Dios de los cristianos...!
El pensamiento humano crujió bajo tu rueda:
se desangró Rienzi; ardió Savonarola...
¡Deshácense los siglos, como una inmensa ola;
pasan los dioses, pero tu gloria, eterna, queda!
Ruedan razas y siglos, y, sentada en tu solio,
permaneces inmóvil; y aún los senos fecundos
de la Loba de Bronce, sobre tu Capitolio,
como a Rómulo y Remo, amamantan dos mundos...!
Nadie arrasó tus muros; nada tu fuerza trunca;
pues sobre el sortilegio de tus siete colinas,
en todas las catástrofes, más hermosa que nunca,
igual que el Ave Fénix, renaces de tus ruinas...!
Y el día en que tu gloria despéñese al profundo,
y se desgarre el velo de plata que te encierra,
se habrá paralizado el corazón del Mundo,
y habrá muerto, en las sombras, el alma de la Tierra...!

(Queda un instante con los brazos tendidos hacia la ciudad, que llamea a lo lejos.)

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Con los brazos tendidos también hacia Roma. Zingarello, recostado sore la columna rota, los escucha religiosamente.)

Mas esa ciudad sacra que se derrumba al peso
de su eterna grandeza y su eterno delito,
aunque ha creado dioses de bronce y de granito,
formar nunca ha podido hombres de carne y hueso...!
¡Al Universo ha dado su luz y sus fulgores,
pero también con ellos le infiltró su veneno...!
Nutrió razas de santos y de conquistadores;
¡mas nunca un pueblo libre se amamantó en su seno...!

Con su espada y su genio impuso sus doctrinas,
su religión, su ciencia y su arte soberano;
mas por cada Lucrecia tuvo cien Mesalinas,
y doscientos Calígulas por cada Vespasiano...!
Hacer al barro humano más libre y más honrado,
desgarrar de esos velos el enigma profundo,
parece que el Destino le tiene reservado
a la Naturaleza virgen del Nuevo Mundo...!

BOLÍVAR

(Exaltándose, como un ebrio, las pupilas dilatadas y los labios trémulos. como si un Dios invisible, el Dios custodio de Roma, acabase de poseer su alma.)

¡Maestro, con tus palabras mi corazón inflamas...!

(Volviéndose de súbito, deslumbrado por el espectáculo flamígero del crepúsculo.)

Mas, contempla a lo lejos... ¡Ve Roma cómo arde
envuelta en las gloriosas púrpuras de la tarde...!
¡Llueve fuego del cielo, y el Tíber es de llamas...!
Soplan las brisas vivos reflejos carmesíes;
y palacios y templos, escombros y jardines,
desángranse en topacios, dilúyense en carmines,
revientan en granates, y estallan en rubíes...!
Y bajo la encendida refulgencia del cielo,
lamida por un río de fuego, altiva y roja,
Roma es como un inmenso rosal que se deshoja,
tiñendo con su sangre la púrpura del cielo...!
Se transfunde en las aguas; se extiende como un olio
la apoteosis roja por el agro romano;
y es ceniza en la cúpula triunfal del Vaticano,
y corona en el áureo mármol del Capitolio...!

(El crepúsculo va tornándose cada vez más rojo, hasta apagarse en un humo de sombra.)

ZINGARELLO

(Dirigiéndose a Bolívar y señalando a la ciudad con un gesto místico.)
¡Esa es Roma, la Eterna...! ¡Arrójale tu anillo
para que con su eterna grandeza te desposes...!
Es la fragua que al mundo le da calor y brillo...
¡Si echas hierro, da héroes...! ¡Si echas oro, da dioses...!
¡Todo se hace en sus llamas luminoso y sonoro,
por siglos de los siglos...!

BOLÍVAR

(Transfigurado por un frenesí divino.)
Si en esa fragua homérica
yo arrojase mi alma, que es de hierro y de oro,
¿qué surgirá, Maestro?

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

(Como iluminado.)
¡La libertad de América...!

BOLÍVAR

¡Oh, Madre de los héroes...! ¡Oh, Roma...! ¡Antes que [mueras
abrasada en la llama de tus propias hogueras,
deja prendidos dentro del corazón algunos
chispazos inmortales de tus rojos luceros;

y da a mi brazo el épico vigor de tus guerreros,
y a mi voz la elocuente virtud de tus tribunos...!
(Desenvaina su espada violentamente, y, tendiéndola hacia Roma, cae de rodillas.)
¡Maestro, por los nobles huesos de mis mayores;
de ese sol que se apaga, por los rojos fulgores;
por la visión heroica de esta ciudad sagrada;
por todo cuanto puro nuestra vida acrisola;
por la luz de mis ojos y la cruz de mi espada,
juro que he de hacer libre la América Española...!
(Caen todos de rodillas, envueltos en las primeras sombras, y permanecen inmóviles, como orando, mientras desciende lentamente el telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

La plaza de San Jacinto, en la muy noble y leal ciudad de Santiago de León, de Caracas. Al fondo, recortándose enérgicamente en la serenidad azul y plata del plenilunio de marzo, fachada pétrea y sobria de la antigua iglesia conventual de San Jacinto, primera fundación de la Orden de Predicadores. Arquitectura del más austero y puro estilo colonial. Tejados bermejos; muros amarillentos, como de un marfil milenario. Amplia puerta central de hojas macizas de cedro con artísticos herrajes. Sobre el arco de la puerta un balcón con barandaje de hierro, y el campanil, en forma de pirámide, rematado por una veleta. A ambos lados, otra puerta más angosta, y sobre la puerta el hueco de un balcón. A la derecha, terminando la fachada, una torre cuadrada y ancha, más baja que el campanil, con los huecos de tres ventanas de medio pecho. Una escalinata de dos peldaños, de piedra, conduce al atrio, donde se eleva, frente a la puerta principal, un pilar cónico, coronado por la esfera de un reloj de sol. A la izquierda, en último término, formando ángulo con la fachada de la iglesia, el convento de los padres dominicos, con dos puertas cuadradas, y sobre las puertas dos balcones del mismo estilo y balaustraje de piedra. En ambas puertas el escudo de Santo Domingo de Guzmán. En el primer término de este lado, la desembocadura de una calle.

con la que forma esquina el convento. En el primer término de la derecha, la fachada de la casa solariega de los Bolívar, de Caracas, de planta baja, puerta amplia, de grandes hojas de cedro, tachonadá por gruesos clavos en forma de caracolas. Sobre el dintel, talladas en mármol, las armas de los fundadores: escudo con yelmo plumado y lambrequines de hojarasca y flores, en cuyo centro campea una rueda de molino, de plata, en fondo de azur. Ventanas laterales de labradas celosías de artísticos herrajes. En la puerta un llamador de bronce y dos gruesas argollas del mismo metal. En el último término de este lado, la desembocadura de otra calle. En el centro de la plaza, frente a la escalinata del atrio, una fuente monumental, sombreada por cedros centenarios. Cabezas de mofletudos angelitos de piedra soplan mohosos caños de piedra. En el frontispicio campean esculpidas las armas reales de la casa de Austria. Se siente aún, en todo, el herrumbroso temblor de las alas de una catástrofe pavorosa. La torre de la iglesia se inclina cuarteada. Las techumbres, hundidas, dejan como huellas de espanto, y grietas enormes mutilan, como cicatrices, la vejez leprosa de los muros. El balaustraje del atrio se desportilla de angustia. Escombros y ruinas por todas partes. Los cedros, convulsionados de terror, con las raíces al descubierto, amenazan desplomarse sobre la fuente, que por sus caños rotos parece llorar una tragedia apocalíptica. Hasta el suelo se estremece removido, en una agonía dantesca. Todos los castigos bíblicos se desencadenan sobre la ciudad voluptuosa y florida, que se despereza muellemente, como una odalisca, sobre tapices de verde terciopelo, al amparo azul y rosado del Avila glorioso.

Al alzarse el telón, grupo de hombres y de mujeres, pálidos y desarrapados, aparecen en la escena. Negros, pardos, mulatos, zambos y blancos; todas las castas sociales fraternizan en un mismo dolor y en una misma miseria. Bajo los harapos polvorosos, el pánico estremece aún sus pobres carnes laceradas. Orfandades lívidas, que, con el rostro entre las manos, sollozan su soledad, acurrucadas en los quicios de las puertas. Viudeces enlutadas, que se desgreñan de desesperación sobre los escombros de sus felicidades derruídas. Ancianos que oran, inmóviles, como petrificados, en las puertas del templo. Niños abandonados, que, rendidos de dolor, duermen su inocencia, con la cabeza reclinada en los brazos, bajo los grandes árboles de la plaza. El plenilunio de marzo lo amortaja todo en una blancura lívida y azulosa de mármol sepulcral.

ESCENA PRIMERA

LA VIUDA, LA HUERFANA, EL ANCIANO, EL LAZARILLO, EL MULATO MACHADO, UN CIEGO, HOMBRE PRIMERO, MUJERES, HOMBRES y NIÑOS.

LA VIUDA

(Con los brazos tendidos al cielo.)
¡Misericordia, Señor...!

EL ANCIANO

(Con la voz rota en sollozos.)
¡Calma tu justo rigor...!

EL CIEGO

(Apoyando una mano en el hombro del lazarillo y con la otra tendida hacia el cielo.)
¡Por el dolor de tu cruz,
danos un rayo de luz
en esta noche de horror...!

HOMBRE PRIMERO

(Conversando con el mulato Machado, en el primer término de la derecha.)

¡Ah! ¡Malhayan los herejes,
que con tantos sacrilegios,
descargan sobre nosotros
las justas iras del cielo...!

EL MULATO MACHADO

(Mirando recelosamente a todos lados, y en voz baja.)
¡Silencio, que si te escuchan,
de la copa de esos cedros,
para pasto de zamuros
habrán de colgar tu cuerpo...!

HOMBRE PRIMERO

(Desesperadamente.)
¡Para vivir como vivo,
la muerte fuera un consuelo...!
¡Poco a poco, en veinte años
de privaciones y esfuerzos,
logré labrarme una casa,
bajo cuyo honrado techo,
con mi mujer y mis hijos
viví tranquilo y contento...!
Mis hijos mató la guerra;
mi casa se vino al suelo;
y mi mujer y mis padres
en sus escombros murieron,
¡y hoy, sin casa y sin familia,
solo en el mundo me encuentro...!
¡Ya no tengo más recursos
que, pobre, achacoso y viejo,
caminar de puerta en puerta
mendicando por los pueblos...!
¡Ay, malhayan los herejes
que causa de este mal fueron...!

EL MULATO MACHADO

¡Ellos luchan por nosotros;
y quieren hacer del pueblo
un pueblo libre y sin amos...!

HOMBRE PRIMERO

¡Para ser los amos ellos...!
Media ciudad, por sus culpas
el terremoto ha deshecho;
y la peste y la miseria
acabarán con el resto;
que la cólera divina
se descargue sobre el pueblo
que a las leyes de sus reyes
les niega su acatamiento,
porque el Rey es en la Tierra
lo que Dios es en el Cielo...!

EL CIEGO

(En oración.)
¡Cristo murió en Jueves Santo,
y en Jueves Santo también
Caracas tembló de espanto...!

EL ANCIANO

(En oración.)
¡Señor, tu furor contén...!

LA VIUDA

¡Ampara nuestro quebranto...!

EL CIEGO

¡Danos paz...!

EL LAZARILLO

(Gimoteando.)
¡Amén...!

TODOS

¡Amén...!
(La campana de la iglesia comienza a doblar. Todos se dirigen al atrio.)

ESCENA II

DICHOS y FRAY FELIX DE SOSA

Las puertas del templo se abren, y aparece Fray Félix de Sosa. Es un fraile sanguíneo, ancho y fuerte, que recuerda, por su apostura, a aquellos prelados que, vestidos de hierro, con la cruz en una mano y en la otra la espada, ganaron batallas y asáltaron fortálezás en los díás homéricos de la reconquista de España. Al verle, todos los grupos le rodean. El fraile les da a besar la mano, y les bendice con un gesto que quiere ser místico y resulta marcial.

VOCES

¡Padrecito...! ¡Padrecito...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Los herejes lo quisieron,
y los cielos, irritados,
para que sirva de ejemplo,
sobre esta ciudad maldita
todas sus iras vertieron...!

EL ANCIANO

¡Dios castigue a los herejes
por el mal que nos han hecho...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Tan grandes fueron los crímenes,
que ni aun con tal escarmiento
se han aplacado las cóleras
de nuestro Dios justiciero...!
¡Todo cuanto hemos sufrido,
y aun mucho más sufriremos...!

EL CIEGO

¡Miranda ha sido el culpable...!
¡Su nombre maldiga el Cielo...!

LA VIUDA

¡El aro de oro que lleva

de sus orejas sujeto,
será la argolla que pronto
le sujetará al Infierno...!

EL ANCIANO

¡Misericordia, Dios mío...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Hermanos, entrad al templo
y encended los cirios, para
servir de acompañamiento
a la Virgen del Rosario,
que en procesión llevaremos,
a ver si ante su presencia
calman sus iras los cielos...!

(Todos van penetrando en el templo. Fray Félix de Sosa desciende por la escalinata y se dirige al ciego, que, apoyado en el hombro del lazarillo, habrá permanecido en el centro de la escena, cerca de la fuente, al lado del mulato Machado.)

ESCENA III

FRAY FELIX DE SOSA, EL MULATO MACHADO
y JACINTO EL CIEGO

JACINTO EL CIEGO

(Al lazarillo.)
¡Anda también a la iglesia,
que yo aquí tu vuelta espero!
(El lazarillo se va, y el ciego se apoya en el mulato.)

FRAY FÉLIX DE SOSA

(Después de una rápida ojeada por la plaza y de convencerse de que están solos.)
Jacinto, ¿qué nuevas traes?

JACINTO EL CIEGO

¡Padre, todo está dispuesto,
y sólo una chispa falta
para que estalle el incendio...!
Al Rey la hacienda y la vida,
como es natural, debemos;
y mi existencia y mi hacienda
son de don Fernando Séptimo...!
Ya que no puedo servirle
con las armas, por ser ciego,
le sirvo con la influencia
que entre las turbas ejerzo...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Dios y nuestro Rey Fernando
habrán de premiar tu celo!
(Dirigiéndose al mulato Machado.)
¿Y podremos esta noche
dar el golpe...?

EL MULATO MACHADO

Así lo espero,

si no fallan mis arbitrios
y no nos traiciona Quero.

FRAY FÉLIX DE SOSA

¿Dudas de él...?

EL MULATO MACHADO

¡Es mantuano,
que es ser traidor de abolengo...!
¡Y el que traiciona a los suyos,
traicionar podrá a los nuestros...!
Mas si el plan que yo he trazado
no sufre ningún tropiezo,
don Domingo Monteverde
avanzar podrá sin riesgo,
que cuando llegue a Caracas,
en las torres de los templos
la bandera de Castilla
flotará libre a los vientos...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

Yo me marcho, antes que salga
la Santa Imagen del templo...
Mas recibid, hijos míos,
la bendición de los cielos...!
(Los bendice y se dirige a la iglesia. La campana comienza a doblar de nuevo.)

ESCENA IV

EL MULATO MACHADO y JACINTO EL CIEGO

JACINTO EL CIEGO

¿Qué plan fraguaste, Machado...?
¡Conociéndote, me temo
que aún peor que la dolencia,
será, si es tuyo, el remedio...!

EL MULATO MACHADO

¡Para acabar con traidores
todos los planes son buenos...!

JACINTO EL CIEGO

¡Conocer quisiera el tuyo,
que de fijo será espléndido,
porque lo que tú no inventas
no lo inventa ni el Infierno...!

EL MULATO MACHADO

A todos los que pudieran
oponerse a nuestro intento,
los he denunciado, como
enemigos del Gobierno,
¡y cargados de cadenas
a estas horas están presos...!

JACINTO EL CIEGO

¿Y qué conseguimos...?

EL MULATO MACHADO

¡Nada...!
¡Quitar estorbos del medio,
y que al saber la noticia
se alborote más el pueblo...!

JACINTO EL CIEGO

(Horrorizado.)
¿Y si a fusilarlos llegan...?

EL MULATO MACHADO

Será mayor el provecho,
pues se exaltarán los ánimos;
y así, Jacinto, tendremos
unos adictos de más
y unos enemigos menos!

JACINTO EL CIEGO

¿Y si prueban su inocencia...?

EL MULATO MACHADO

¿Quién la prueba en estos tiempos,
si oro precisa el Erario,
y oro tienen todos ellos...?

JACINTO EL CIEGO

Mas, ¿si descubren la intriga...?

EL MULATO MACHADO

Sé que la vida me juego,
y si la pierdo, al verdugo
la entregaré sonriendo,
que vida como la mía,
más que vida es un Infierno...!

JACINTO EL CIEGO

(Espantado.)
¿Y la justicia divina...?

EL MULATO MACHADO

En la justicia no creo,
porque si hubiese justicia
en la tierra o en el cielo,
no luchasen como fieras,
en el fondo de mi pecho,

las altiveces del blanco
con los rencores del negro...!

JACINTO EL CIEGO

¡El color de nuestros rostros,
para Dios es lo de menos...!
¡Hay tantas almas tan negras
que tienen tan blanco el cuerpo...!

EL MULATO MACHADO

¡Lo contrario piensa el mundo,
y yo con el mundo pienso...!
¡Tú ya conoces mi historia...!
¡Sabes que soy un liberto
de Don Carlos de Machado
y que, gracias a mi esfuerzo,
en la ciudad de Caracas
logré conquistar un puesto,
si no el primero en alcurnia,
en riquezas el primero...!
Un amor, que desde niño
oculté dentro del pecho,
humedecido de lágrimas
y alimentado de ensueños,
para triunfar en la lucha
me daba vigor y aliento,
y siempre fuí, por su influjo,
generoso, noble y bueno...!
Con este amor infinito,

queriendo ahogarle en silencio,
luché más de siete años,
hasta que ya no pudiendo
contener dentro del alma
tanta lava y tanto fuego,
por los labios, una tarde
se desbordó mi secreto...!
Ella, por toda respuesta,
dijo, mostrando un espejo:
—¡Mírate en él! Y de súbito,
abandonando su asiento,
tras un tapiz de la sala
alejóse sonriendo...!
Y yo, toda la ponzoña
de su intención comprendiendo,
de Dios maldije y del mundo,
y hasta de los que me dieron
la ignominia de una vida
que sólo inspira desprecio...!
Y a solas juré vengarme
de la que al tocar el Cielo,
rompió, de un golpe, mis alas,
para hundirme en los infiernos...!
Y desde entonces, mi vida
tan sólo tiene un objeto:
odiar al blanco y odiarme
a mí mismo, porque tengo
sangre de blanco en mis venas
y quitármela no puedo...!
¡Qué me importa a mí la patria
ni el monarca a quien defiendo,

si patria, reyes ni Dioses
pueden transformar mi cuerpo...!
A esta lucha fratricida
me arrojo, porque deseo
ahogar en mares de sangre
los monstruos que llevo dentro:
¡Mis altiveces de blanco
y mis rencores de negro...!

(Empieza a salir la procesión. Un monago va delante, agitando la campanilla. Después los fieles, en dos filas, con los cirios encendidos; el crucifijo, el estandarte de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, el de la cofradía de Santa Bárbara, y, por último, resplandeciente sobre sus andas doradas, la imagen de Nuestra Señora del Rosario, llevadas en hombros de cuatro dominicos. Los porta-incensarios, dos sacerdotes revestidos, bajo palio, y la comunidad. La campana prosigue doblando.)

ESCENA V

DICHOS, FRAY FELIX DE SOSA, LA VIUDA, LA HUERFANA, EL ANCIANO, HOMBRE PRIMERO, EL LAZARILLO, MUJERES, HOMBRES y NIÑOS, FRAILES y MÓNAGOS.

EL LAZARILLO

(Corriendo hacia el ciego.)
¡Amito, la procesión
ya está saliendo del templo...!

JACINTO EL CIEGO

(Al mulato Machado.)
¡Vente conmigo, Machado,
y en el camino hablaremos!

(Conducido por el mulato y el lazarillo, asciende por la escalinata y se incorporan a la procesión.)

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Santa Virgen del Rosario,
por el llanto y el dolor
con que subiste el Calvario
en busca del Redentor;
ante tu hijo levanta
la voz en nuestro favor!

LAS MUJERES

¡Ampáranos, Virgen Santa...!

LOS HOMBRES

¡Misericordia, Señor...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Por esos siete puñales
que tus senos virginales
de dolor han traspasado
al mirar, entre ladrones,
a Jesús Crucificado!
¡Madre, no nos abandones,
y ante tu hijo levanta
la voz en nuestro favor...!

(La procesión se va alejando por la calle del segundo término de la derecha, y la voz del fraile, pausada y grave, resuena

a lo lejos, como una salmodia, entre el rumor de los pasos y el resonar metálico de la campanilla.)

LAS MUJERES

(A lo lejos.)
¡Ampáranos, Virgen Santa...!

LOS HOMBRES

(Desde más lejos.)
¡Misericordia, Señor...!
(Los ecos de los rezos se van apagando lentamente en la distancia. La campanilla vuelve a doblar, y la escena permanece un instante sola hasta que se abre la puerta de la casa de Bolívar, y aparecen por ella Zingarello y Giovanni Bianchi.

ESCENA VI

BIANCHI y ZINGARELLO

ZINGARELLO

Con sus fúnebres tañidos
que esparce y dilata el viento,
los bronces de esas campanas
parece que van diciendo:
—¡Mortales, doblad la frente,
y, unidos, rogad al cielo
por las penas de los vivos
y las almas de los muertos!

BIANCHI

¡Terremoto como éste,
ojos mortales no vieron!

ZINGARELLO

Fué algo así, cual si de pronto,
entre rayos y entre truenos,
sobre la tierra convulsa
se desplomasen los cielos...!
Las vértebras de granito
de las montañas crujieron;
fueron los abismos cumbres,
y abismos las cumbres fueron...!
Media ciudad de Caracas,
de pronto, se tragó el suelo,
¡y la otra media, entre escombros,
llorando está por sus muertos!
Caminamos sobre tumbas,
y pisamos sobre huesos;
y hasta parece, que, cuando
reina en la noche el silencio,
bajo nuestras plantas trémulas
suenan ayes y lamentos...!

BIANCHI

Ayer atraqué en La Guaira,
y al tomar tierra en el puerto,

yo, que de nada me espanto,
de espanto quedé suspenso!
Pero hablemos de otra cosa...
¿Cómo te va, Zingarello...?

ZINGARELLO

Si no fuera porque vivo
de nuestra Roma tan lejos,
por estas tierras de América
fuese mi gozo completo,
porque un amo como el mío
no existen dos bajo el cielo!

BIANCHI

¡De él se refieren prodigios!

ZINGARELLO

¡Pues los prodigios son ciertos!
Seguido de sus esclavos,
sin descansar un momento,
donde el peligro es más grande
acude siempre el primero!
Trepa muros, salva abismos;
y entre el pavoroso estruendo
de un techo que se derrumba,
surge siempre, polvoriento,
con una vida en los brazos,
su propia vida exponiendo...!

Socorro presta a los vivos,
cuidados a los enfermos,
y hasta con sus propias manos
da sepultura a los muertos!
Y pródigo hasta el derroche,
transformó el solar paterno
en un hospital de inválidos
y en un hospicio de huérfanos!
Y hoy, el nombre de Bolívar,
entre las gentes del pueblo,
todos los labios pronuncian
con cariño y con respeto!

BIANCHI

Y de la guerra, ¿qué cuentas...?

ZINGARELLO

¿De la guerra...? ¡Que con estos
cataclismos ha quedado,
si no extinguida, en suspenso!

BIANCHI

¡No son faustas las noticias
que corren por esos puertos...!
¡Se afirma que Monteverde,
al frente de un gran ejército,
para atacar a Caracas

avanza a sangre y a fuego!
Les falta a los patriotas
unión para contenerlo,
pues los mantuanos miran
a Miranda con recelo;
de todos recela el pueblo,
que tras dos años de lucha,
ensangrentado y hambriento,
atribuye el terremoto
a un castigo de los cielos...!
Y tanto se está enredando
esta madeja, que temo
que de Miranda y los suyos,
las cabezas, como ejemplo
de la justicia del Rey,
dentro de poco veremos
en las puertas de Caracas,
en una jaula de hierro!
Nada ya puede salvarnos,
y por tu señor lo siento!
Yo, de él, dejaba estas tierras...
Y por si quisiera hacerlo,
vengo a ofrecerle mi barco,
que con las velas al viento,
sólo espera su llegada
para abandonar el puerto!

ZINGARELLO

Todos huirán; mas Bolívar
no abandonará su puesto,

pues juró romper los grillos
que esclavizan estos pueblos,
¡y aun a costa de su vida,
cumplirá su juramento!

BIANCHI

Yo, fiado en sus promesas,
vine a estas tierras, creyendo
hacer en ellas fortuna;
y ahora, por desgracia, veo
que son cortas las ganancias,
y, en cambio, grandes los riesgos...!
A mí se me da un ardite
la libertad de estos pueblos,
y lo que busco es el oro,
y pues el oro no encuentro,
largo velas, y a los mares
a piratear me vuelvo...!

(Por la calle del primer término de la izquierda aparecen don Simón Bolívar y don Francisco de Iturbe, seguidos de algunos esclavos conduciendo heridos sobre parihuelas. Bolívar viste de coronel de patriotas. Colán blanco, bota fina de cuero negro, dolmán rojo con brandemburgos de oro, y sombrero plumado con plumas amarillas, azules y rojas. Don Francisco de Iturbe es enjuto, moreno y alto. Toda su figura revela la sobria hidalguía de un viejo caballero español, de aquellos que inmortalizaron en sus lienzos los pintores representativos de la raza: Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz y Velázquez.)
(Zingarello se vuelve hacia el grupo.)

ZINGARELLO

¡Aquí mi señor se acerca!

BIANCHI

¡Gracias a Dios que le veo!

ESCENA VII

DICHOS, DON SIMON BOLIVAR, DON FRANCISCO DE ITURBE, UNA NIÑITA DORMIDA, ESCLAVOS y HERIDOS

Bolívar conduce en sus brazos una niña dormida, cuya cabecita se inclina sobre su hombro, medio oculta entre los pliegues de la capa. Los esclavos avanzan lentamente, conduciendo dos parihuelas con heridos. Algunos llevan picos y azadones, y otros portan antorchas encendidas. Bianchi y Zingarello se aproximan a Bolívar.

BOLÍVAR

(Reparando en Bianchi.)
Bianchi, ¿cuándo habéis llegado?

BIANCHI

(Saludando.)
¡Con la última luz del día!

BOLÍVAR

¡Vuestra ausencia me tenía
seriamente preocupado!
Os voy a necesitar,
y hablaros largo quisiera...

BIANCHI

¡Mi barco en la Guaira espera
vuestra orden para zarpar!

BOLÍVAR

Aguardadme en mi morada.

BIANCHI

(Reparando en la niña.)
¿Y esa niña?

BOLÍVAR

(Con la voz profundamente conmovida.)
Abandonada
cerca de su madre, muerta,
en el quicio de una puerta
me la encontré acurrucada...
Sobre el blanco seno helado
llorando con voz dolida;
en mis brazos la he tomado,
¡y de llorar se ha quedado
profundamente dormida!
(Reparando en Zingarello.)
¡Bien hallado, Zingarello!
A tu cuidado y tu celo
les confío este tesoro...
(Cuidadosamente le entrega la niña, después de contemplarla un momento a la luz de la luna.)

Su tez es nieve, y es oro
la maraña de su pelo!
¡Sola en el mundo está ahora!
(A Zingarello.)
A tus cuidados la fío...
¡Su risa clara y sonora
pondrá un reflejo de aurora
en mi hogar mudo y sombrío...!
(Se inclina y besa a la niña.)

BIANCHI

¡Un rasgo tan generoso
es digno de admiración!

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Abrazando a Bolívar.)
¡No hay corazón tan brioso,
tan noble y tan generoso
como vuestro corazón!
(A una inclinación de Bolívar, Bianchi y Zingarello, con la niña en los brazos, y los esclavos conduciendo las parihuelas con los heridos, penetran en la casa.)

ESCENA VIII

DON SIMON BOLIVAR y DON FRANCISCO DE ITURBE

DON FRANCISCO DE ITURBE

A vuestro corazón mi amor apela...
Cese esta torva lucha que ha dejado

para siempre sangriento y desgarrado
el viril corazón de Venezuela...!
Calle el clarín su bélico sonido;
vuelva a empuñar la laboriosa mano
el arado otra vez; torne el hermano
a abrazar al hermano, y que el olvido
restañe el seno de la patria herida...
Corra la paz sobre el pasado un velo...
¡No irritemos las cóleras del cielo
prosiguiendo esta lucha fratricida...!

BOLÍVAR

(Interrumpiéndole.)
¡Castigo y premios, para mí son vanos!
La visión del cadalso no me aterra,
pues no admito cadenas ni tiranos
ni sobre el cielo ni sobre la tierra...!
Desde que yo nací, con osadía
América se yergue ante el castigo,
clamando libertad, porque conmigo
vino al mundo también la rebeldía!
Mi propio nombre es un presagio aciago
contra el poder de todo despotismo...
Al echarme las aguas del bautismo
quisieron darme el nombre de Santiago,
en homenaje al Patrón de España...
Pero mi padre, de repente, dijo
atento a una inspiración extraña:
—¡Solo Simón se llamará mi hijo...!
Alguien pidió razón de tal deseo;

y él repuso con voz clara y serena:
—¡Porque, como Simón el Macabeo,
romperá de su patria la cadena...!
Y así formarme al Hacedor le plugo,
indómito al poder y al miedo ajeno,
como un potro rebelde a todo freno
y un novillo salvaje a todo yugo...!
Era yo niño aún, cuando vencido
de Gual y España, el ideal caía
igual que un cóndor a traición herido;
y los sicarios de la tiranía,
en sus fieras e inicuas represiones,
buscando apoyo en téstimonios falsos,
de víctimas poblaron las prisiones,
y de sangre tiñeron los cadalsos!
Con la insistencia de los pordioseros,
de puerta en puerta la ciudad anduve
mendicando favor, hasta que obtuve
permiso para ver los prisioneros,
que a la luz temblorosa y amarilla
que la agonía de los cirios vierte,
esperaban, rezando en la capilla,
la libertad suprema de la muerte...!
En la penumbra de los calabozos,
pobres seres que, ahogando sus sollozos,
al moverse arrastraban sus cadenas!
Nobles varones de cabellos canos,
y jóvenes de pálidas mejillas,
que, abrazados, llorando, a mis rodillas,
me bañaron de lágrimas las manos...!
Sangró mi corazón sus agonías,

como si por ignotas concordancias
todas sus amarguras fuesen mías...,
¡y fuesen también mías sus venganzas...!
—¡Valor —les dije—, y olvidad pesares...!
¡La sangre de los mártires, fecunda...!
¡Qué os importa morir, si en vuestra tumba,
la patria, libre al fin, alzará altares...!
De nuevo el llanto se agolpó a los ojos,
y en un hondo clamor que al cielo vuela,
rezaron a la par, puestos de hinojos:
—¡Viva la libertad de Venezuela...!
También recuerdo en México, que un día
el Virrey, con los nobles de su corte,
acaloradamente discutía
la libertad de América del Norte.
Todos le condenaban rudamente...
En nombre del Derecho, un Licenciado,
y hasta en nombre de Dios Omnipotente
un sanguíneo y orondo prebendado,
mientras lacayos de oro y de escarlata,
con reverencias y genuflexiones,
servían, en bandejas de oro y plata,
el chocolate de las colaciones...:
—¿Y qué opina el doncel venezolano?
dijo, locuaz, mirándome el Virrey
a través de sus lentes de carey,
mientras que su enjoyada y blanca mano
tomaba polvo de rapé de una
tabaquera de esmalte y filigrana...
Y ante aquella pregunta inoportuna
en medio de la chusma cortesana,

repuse, levantando la cabeza
con un noble ademán y un gesto bravo:
—¡La muerte es preferible a la vileza
de arrastrar las cadenas del esclavo...!—
Y añadí, petulante y orgulloso:
—¡Dichoso el héroe que al deber se inmola...!
¡Oh, quién me diera ser el valeroso
Washington de la América Española...!—
Se hizo el silencio en todos... Asombrado
se santigua un oidor, y la cabeza
con las manos cubrióse un prebendado;
y el Virrey, con un dejo de tristeza,
murmuró: —Ya tocamos los escollos
de ese ejemplo, en la lucha que se entabla,
pues por la voz de este doncel nos habla
el corazón de todos los criollos...!
De nuevo me ofreció su tabaquera,
y prosiguió, bajando las pestañas:
—Ya te habrán de curar de esa quimera
en la Corte Real de las Españas...!—
¡La Corte de Madrid...! Favoritismo;
tupida red de intrigas y de traiciones;
bajo flores se ocultan los abismos,
y la miseria bajo ostentaciones...!
¡Oh, madre España...! ¡Bajo el tiempo rudo
tu gloria excelsa amortiguó sus brillos;
y sólo restan, de tu heroico escudo,
las piedras de tus épicos castillos
y la piel de tus bélicos leones...!
¡Tus monarcas están degenerados...!
¡Carlos Primero iba a cazar naciones,

y Carlos Cuarto va a cazar venados...!
Manos hambrientas, labios sitibundos,
del fanatismo y la ignorancia opresos...
¡Las joyas que Isabel trocaba en mundos,
María Luisa las transforma en besos...!
Y a presencia de tanta decadencia,
de tanto esfuerzo derrochado en vano,
el soñado ideal de independencia
arraigó más profundo y más lozano...!
Recuerdo otro episodio... Cierto día
conmigo estaba, en Aranjuez, jugando,
el Príncipe de Asturias, don Fernando,
en un frontón que en el palacio había,
cuando en el juego, inopinadamente,
de un pelotazo rápido y certero,
le derribé la pompa del sombrero,
joyél de plumas de su regia frente...
El Príncipe, irritado, se alborota,
y a proseguir se niega la partida;
y, mientras, rebotando la pelota
contra el muro quedóse contenida,
yo, pensando en el Nuevo Continente
que una garra despótica aprisiona,
juré que arrancaría de su frente
el más rico joyél de su corona...!
Y luego, en Roma, sobre el Aventino,
tendido el brazo y el cabello al viento,
ante Roma, ante Dios y ante el Destino,
renové, para siempre, el juramento...!
Y desde entonces, con el arma en vela,
el ojo atento y con el brazo activo,

lejos de otra ilusión, tan sólo vivo
para la libertad de Venezuela...!
¡Con esta fe no he de rendirme a nada,
y aunque en la lucha desangrado muera,
yo vengaré la sangre derramada,
y le daré a mi patria una bandera...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

¡Mas, renegar de España, que os dió vida
con su sangre inmortal...!

BOLÍVAR

Mas, ¿quién reniega
de la madre infeliz y desvalida,
cuando se encuentra aprisionada y ciega...?
¿Cómo negar a quien nos dió sus fueros
y enseñó a nuestras nobles rebeldías
a luchar cual sus fieras germanías
y morir cual sus bravos comuneros...?
Por ser sus hijos, porque al cielo plugo
que encendiese su sangre nuestras venas,
no admitimos tiranos ni verdugo,
ni queremos prisiones ni cadenas...!
Y al desgarrar los lazos opresores,
volaremos a España, y le diremos:
—¡Sé libre tú también, que no queremos
que entre cadenas prisioneras llores...!
¡Leona, da al viento tu melena brava,
y un himno heroico en tu rugido vibre,

que tus hijos de América, ya libre,
te dan la libertad que te faltaba...!—

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Profundamente conmovido, estrechándole las manos.)
¡Qué noble corazón...! Aunque enemigo
vuestro, en esta contienda fratricida,
en cualquier circunstancia de la vida
para todo podéis contar conmigo,
porque en su fondo vuestro pecho encierra,
para que en él se acendre y aquilate,
el corazón más español que late
con latido inmortal sobre la tierra...!

ESCENA IX

DICHOS y DON FERNANDO DE TORO

Don Fernando de Toro entra por la calle del primer término de la izquierda. Viste gallardamente su uniforme de brigadier patriota. Arrogancia aristocrática, juventud elegante. En sus maneras hay distinción, en su voz sinceridad, y en sus ojos resplandece el valor y la hidalguía. Camina apoyado en sus muletas de inválido.

FERNANDO DE TORO

(Dirigiéndose a Bolívar, a don Francisco de Iturbe, y saludándolos cordialmente.)
¡Simón...! ¡Señor don Francisco...!

BOLÍVAR

(Abrazándole.)
¡Fernando...!

FERNANDO DE TORO

En tu busca vengo...

BOLÍVAR

Mas, ¡qué ocurre...!

FERNANDO DE TORO

El caso es grave...
Tengo que entregarte un pliego
que del Cuartel General
trajo hace poco un correo...
Tómalo... Mas, te suplico
que tengas calma al leerlo.
(Le da un pliego.)

BOLÍVAR

(Leyendo.)
«Por la presente se ordena
que sin perder un momento,
para defender la plaza,
marchéis a Puerto Cabello.
Cuartel General Miranda.»
(Profundamente indignado, estrujando el pliego.)
¡Qué sarcasmo, vive el cielo...!
Inutilizar mis bríos,
poner trabas a mi esfuerzo,
encerrándome en los muros

de una ciudad, como un preso,
cuando mi ardor necesita
tierra libre y campo abierto,
espacios donde tender
sus recias alas al viento...!
¡Ni mis propios enemigos
ultraje tal me infirieron!

FERNANDO DE TORO

¡Poner freno a tanto ultraje
los mantuanos debemos!
Gracias a los sacrificios
que nosotros hemos hecho,
empuñando nuestras armas
y agotando nuestros créditos,
la revolución ha roto
las cadenas de estos pueblos;
y gracias a los señores,
hoy son ya libres los siervos...!
Y en pago de lo que dimos,
¿qué recompensa nos dieron...?
Nivelarnos con la plebe
y con los aventureros,
que están, por desdicha nuestra,
al frente de los ejércitos,
sin pensar que, aunque demócratas,
llevamos en todo tiempo
la democracia en los labios,
la aristocracia en el pecho,
que no en balde somos hijos

de aquellos nobles guerreros
que a los monarcas Católicos
un Nuevo Mundo ofrecieron...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

Vosotros sois los culpables;
¡y vos, Simón, el primero...!
Contra la opinión de todos
vuestros nobles compañeros,
a don Francisco Miranda
vos trajísteis del destierro,
y Dictador le nombrasteis...!
¡Tornad al Rey, que aun es tiempo;
y como aquellos gloriosos
paladines de otro tiempo,
puesta una rodilla en tierra,
decid a Fernando Séptimo:
—¡Un Nuevo Mundo perdísteis,
y Nuevo Mundo os devuelvo...!
¡Y si regio es el presente,
el pago será más regio...!—

BOLÍVAR

(Después de un momento de vacilación, irguiendo orgullosamente la cabeza.)
No me tentéis, don Francisco,
porque es inútil intento,
que a recompensas ajenas
ultrajes propios prefiero...!

Relajar la disciplina
es relajar al ejército...
La disciplina lo manda,
y a su fallo me someto,
que entre el deber y el orgullo,
el deber siempre es primero...!
Antes que despunte el día
marcharé a Puerto Cabello,
que si hoy acortan mis alas,
ya vendrán mejores tiempos,
en que apaguen las estrellas
con la altivez de su vuelo...!

FERNANDO DE TORO

(Abrazando a Bolívar.)
¡Oh, Bolívar; tú eres digno
de vivir en otros tiempos,
que un alma como la tuya
tiene un temple tan soberbio,
que ni se dobla ni rompe,
lo mismo que los aceros
que en sus fraguas inmortales
forjó la imperial Toledo...!

BOLÍVAR

(Despidiéndose.)
Al Cuartel voy a dar órdenes...

FERNANDO DE TORO

Pues en tu casa te espero.
(Bolívar sale por la calle del primer término de la izquierda.)

ESCENA X

DON FRANCISCO DE ITURBE y DON FERNANDO DE TORO

DON FRANCISCO DE ITURBE

¡Gran corazón
(Por Bolívar.)

FERNANDO DE TORO

¡Yo, la vida
a ese corazón le debo...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Con intención.)
Pues vigilad bien la suya,
que en los tiempos que corremos,
ser traidor es el oficio
más lucrativo. Y yo temo,
no venganzas de los míos,
sino envidias de los vuestros;
y aunque enemigo en política,
como un hermano le quiero...!

FERNANDO DE TORO

Pues viviré prevenido...
¡Y a mí mismo me prometo
que puñal que busque el suyo
antes se hundirá en mi pecho,
que el ser desagradecido
no es propio de un caballero...!

ESCENA XI

DICHOS y EL MULATO MACHADO

FERNANDO DE TORO

(Al mulato Machado.)
¿Qué pasa...?

EL MULATO MACHADO

¡Que por Caracas
andan sueltos los infiernos!
Prendieron a unos realistas
esta mañana, y, temiendo
que al conocer la noticia
pueda alborotarse el pueblo,
a fusilarlos los llevan...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Desesperadamente.)
¡Don Fernando, por el cielo,
para no aumentar sus iras,
salvad a los prisioneros...!
(Por la calle de la derecha se precipita doña Josefina Machado, desmelenada y trágica, con el manto negro flotando sobre su espalda como un ala de sombra. Es fina, esbelta y ágil. Ojos y cabellos negros. Blancura pálida de criolla. Penetra en la plaza, como ciega, tropezando con los escombros y los troncos de los árboles, y al divisar a los que dialogan se dirige a ellos con los ojos cubiertos de lágrimas y las manos tendidas en una imploración desesperada.)

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA JOSEFINA MACHADO

DOÑA JOSEFINA MACHADO

(A don Francisco, casi próxima a desfallecer. El mulato Machado se estremece al contemplarla. Don Fernando de Toro se le aproxima para ampararla.)
¡Bolívar...! ¡Pronto, Bolívar...!
¿Dónde está? ¡Mi padre han preso,
y a fusilarlo lo llevan...!
—¡Ve a Bolívar!—me dijeron.
—¡Si Bolívar no lo salva,
tan sólo Dios podrá hacerlo...!
¡Decidme dónde se encuentra,
porque si pierdo un momento
en encontrarle, quizás
será inútil el encuentro...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

Salió Bolívar; mas pronto
lo tendremos de regreso...!

FERNANDO DE TORO

¡Estad tranquila, señora...!
¡Vuestro padre salvaremos...!

DOÑA JOSEFINA MACHADO

¡No hay que perder un instante...!
(Reparando de súbito en el mulato Machado, y acogiéndose a él.)
¡De nuestra infancia en recuerdo,
para salvar a mi padre,
búscame a Bolívar presto...!
Mi padre te hizo hombre libre...
¡Paga tus deudas, liberto...!
¡La libertad y la vida
son cosas del mismo precio...!
¡Corre a salvar a mi padre...!
¡Su salvación sólo espero
de la piedad de Bolívar,
o de un milagro del cielo...!
(Desfallece sollozante, sostenida por Fernando de Toro y don Francisco de Iturbe.)

EL MULATO MACHADO

(Aparte, contemplando con un gozo infernal.)
¡Si le fusilan, es mía...!
¡Venganza, llegó el momento
en que cobres a su orgullo
todas sus deudas con réditos...!
(Resuena más cerca el redoble de los tambores. Bolívar desemboca por la calle de la izquierda, y se dirige al grupo.)

ESCENA XIII

DICHOS y SIMON BOLIVAR

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Contemplando a Bolívar.)
¡No os preocupéis de Bolívar,
que a aquí lo conduce el cielo...!
(Josefina corre hacia Bolívar, y se abraza, sollozando, a sus rodillas.)
¡Señor, salvad a mi padre...!
¡Solo vos podéis hacerlo...!
¡Os lo pido de rodillas,
llantos de sangre vertiendo,
por la salud de los vivos,
y el alma de vuestros muertos...!

BOLÍVAR

(Absorto en la contemplación de su dolor y de su belleza.)
¡Alzad del suelo, señora,

pues no es justo esté en el suelo
belleza a la que de hinojos
adorar todos debemos!

DOÑA JOSEFINA MACHADO

Por una denuncia falsa
esta tarde le prendieron,
y a fusilarle esta noche
le llevan, con otros presos!
¡Es inocente...! ¡Os lo juro...!

BOLÍVAR

(Galantemente extendiéndole la mano para que se levante.)
¡Mi señora, reponeos,
porque, inocente o culpable,
darle libertad prometo!

DOÑA JOSEFINA MACHADO

(Cubriendo de lágrimas las manos de Bolívar.)
¡Gracias, señor...!

BOLÍVAR

Por serviros
en tan justos sentimientos,
y mirar libres de lágrimas
esos lindos ojos negros,
capaz fuera de arrancarle,
a estocadas, del infierno.

(Resuena un redoble de tambores por la calle de la derecha, y aparecen por ella los presos, custodiados por un piquete de soldados. Los presos, con las vestiduras desgarradas y los rostros pálidos, vienen unidos en cuerda. Delante de los soldados, con su uniforme de coronel, el gobernador, don Juan Nepomuceno Quero. Es un mozo arrogante, de ojos azules y patillas rubias.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON JUAN NEPOMUCENO QUERO, DON CARLOS DE MACHADO, PRESOS y UN PIQUETE DE SOLDADOS

DON FRANCISCO DE ITURBE

Mas, ¡escuchad los tambores...!
¡Hacia aquí vienen los presos...!

DOÑA JOSEFINA MACHADO

(Queriendo correr hacia su padre.)
¡Padre mío...!
¡Padre mío...!

FERNANDO DE TORO

(Conteniéndola.)
¡Mi señora, conteneos...!
(Bolívar se adelanta hacia el piquete de soldados, seguido de Fernando de Toro, mientras don Francisco de Iturbe procura detener a doña Josefina Machado.)

BOLÍVAR

(Deteniendo a los soldados.)
¡Muchachos, muchachos, alto un instante!
(Los soldados se detienen. Momento de ansiedad.)

JUAN NEPOMUCENO QUERO

(Saludando militarmente.)
¡Bolívar...!

BOLÍVAR

Coronel Quero,
en nombre de la República
mandad que suelten los presos!
(Un estremecimiento de esperanza recorre a los cinco prisioneros.)

JUAN NEPOMUCENO QUERO

(Con asombro.)
¿Qué decís...?

BOLÍVAR

¡Es una súplica,
y que la atendáis espero...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Los condena una denuncia...!

BOLÍVAR

¿Y a una denuncia dais crédito...?
Si los fusiláis ahora,

y se comprobase luego
que la denuncia era falsa,
decidme, coronel Quero,
ante Dios y ante los hombres,
¿cómo enmendabais el yerro...?

JUAN NEPOMUCENO QUERO

(Dudando.)
¡Hay pruebas...!

BOLÍVAR

Habiendo pruebas
más insisto en mi deseo,
que el libertar los culpables
es acción de mayor mérito.
(Todos siguen atentamente el diálogo, sin atreverse a pronunciar palabra.)
¡Dadles suelta, coronel,
y no perdamos el tiempo...!
¡Con mi hacienda y con mi vida
respondo por todos ellos...!

FERNANDO DE TORO

(Adelantándose.)
¡Yo también, como rehenes,
mi hacienda y mi vida ofrezco...!
(Momento de suprema expectación. Todas las miradas se clavan en el rostro de don Juan Nepomuceno Quero.)

JUAN NEPOMUCENO QUERO

(Después de un momento de vacilación.)
¡Nada negaros podría
ante tal ofrecimiento...!
¡Atenderé vuestras súplicas!
(Volviéndose a los soldados.)
¡Soltad a los prisioneros...!
(Un grito de júbilo se eleva de todos los corazones. Los soldados rompen la cuerda, y Josefina corre a arrojarse en los brazos de su padre.)

UN PRESO

(Abrazándose a Bolívar.)
¡Gracias, señor...!

OTRO PRESO

(Abrazándose también, con los ojos llenos de lágrimas.)
¡Con mi vida
os pagaré la que os debo...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Soldados, vamos en marcha!
(A los soldados.)

BOLÍVAR

(Despidiéndose con Fernando de Toro, de Quero.)
¡Mil gracias, coronel Quero...!
(Los presos salen por la izquierda. Los soldados desfilan por el mismo lado.)

DON CARLOS MACHADO

(A Bolívar.)
¡Qué he de deciros, Bolívar,
sino que obligado quedo...!

DOÑA JOSEFINA MACHADO

¡Una acción como la vuestra
será eterna en mis recuerdos...!
(Bolívar y Fernando de Toro le besan gentilmente la mano, y abrazada a su padre, salen también por la izquierda. Se oye, a lo lejos, la campanilla de la procesión, que regresa al templo. La campana de la iglesia comienza a doblar de nuevo. Bolívar se despide de don Francisco de Iturbe, y seguido de don Fernando de Toro, se dirige a su casa.)

ESCENA XV

DON FRANCISCO DE ITURBE y EL MULATO MACHADO

EL MULATO MACHADO

(Que ha quedado perplejo entre quedarse o acompañar a sus antiguos señores.)
¡Esas generosidades
castigan también los cielos!

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Sorprendido.)
Mas, ¿qué decís..., ?

EL MULATO MACHADO

(Torvamente.)
¡Que esta noche
andan sueltos los infiernos...!
¡Vos no temed, don Francisco,
porque vos sois de los nuestros...!
Si ayer cumplióse en Caracas
la justicia de los cielos,
esta noche la justicia
de los hombres da comienzo...!

(La procesión desfila por la plaza. Penetran en el templo las imágenes y los estandartes, los sacerdotes y los monagos. La multitud se arremolina en torno a Fray Félix de Sosa, que, encaramado sobre un montón de escombros, casi en el centro de la plaza, se dispone a dirigirles la palabra. El mulato Machado se une a la multitud. Don Francisco de Iturbe se dirige a la casa de Bolívar. Un momento solemne de silencio, en el cual sólo se oye el jadear fatigado de la muchedumbre apiñada en torno a Fray Félix.)

DON FRANCISCO DE ITURBE

¡Prevengamos a Bolívar,
que el caso puede ser serio...!
(Entra en la casa.)

ESCENA XVI

FRAY FELIX DE SOSA, EL MULATO MACHADO, JACINTO EL CIEGO, LA VIUDA, LA HUERFANA, EL LAZARILLO, UN ANCIANO, HOMBRE PRIMERO, HOMBRES, MUJERES y NIÑOS.

FRAY FÉLIX DE SOSA

(Con la voz tonante y el ademán frenético del fanatismo, la multitud le escucha aterrada.)

¡Señor, Señor, perdona nuestros torpes pecados...!
¡Aparta de Caracas tus ojos irritados...!
¡Ten de nosotros compasión...!
¡Castiga a los herejes que hollaron tu Ley santa...!
¡Sobre tu altiva frente tu cólera levanta...!
¡Confúndalos tu admonición...!
¡Por su culpa traidores hemos sido a la Ley...!
¡Hollamos nuestra patria, renegamos del Rey
y de tu santa religión...!
Nos ladran las miserias y nos gruñe la muerte,
y la Naturaleza sobre nosotros vierte
su destructora maldición...!
Para calmar las iras de Dios Omnipotente,
mesad vuestros cabellos, encenizad la frente,
rasgad las ropas de dolor;
y puestos de rodillas, gritad todos llorando:
—¡Perdónanos, Fernando...!
¡Misericordia, mi Señor...!

LA MULTITUD

(Postrada de rodillas, en un alarido de arrepentimiento.)

—¡Perdónanos, Fernando...!
¡Misericordia, mi Señor...!

FRAY FÉLIX DE SOSA

¡Es patente el milagro...! ¡Las ciudades alzadas,
en sus propios escombros quedaron sepultadas...!
¡Ninguna de ellas se salvó...!
¡Tan sólo en pie quedaron las ciudades leales,
porque contra las bárbaras potencias infernales,
Dios con su manto las cubrió...!
Cuando protesta el Cielo contra tanta insolencia,
¿sólo vosotros, hombres, sufriréis con paciencia
un vilipendio tan feroz...?
¿Dejaréis que devore la cizaña los granos
de las celestes mieses, cuando pueden las manos
segar los campos con la hoz?
¡Que en tigres y leones se truequen los corderos;
que incendien los espacios relámpagos de acero
para abatir al desleal,
si no queréis que ruede desquiciado el planeta,
mientras retumba el trueno que lanza la trompeta
del Angel del Juicio Final...!
¡Dios está con nosotros...! ¡En nombre de la Ley
empuñemos las armas para vengar al Rey
y a nuestra Santa Religión;
que hasta las mismas cóleras de la Naturaleza,
indignadas del crimen, se aprestan con fiereza
a castigar la rebelión...!

(Mientras la multitud se estremece como una poseída, fanatizada por las palabras del fraile, Simón Bolívar, que desde la puerta de su casa ha oído los últimos períodos, irrumpe violentamente en el centro de la plaza, entre el asombro y la consternación de todos. Zingarello le sigue, y Fernando de Toro y don Francisco de Iturbe, sin poder contenerle, permanecen, prontos a su defensa, en los umbrales de la casa.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, SIMON BOLIVAR, FERNANDO DE TORO, DON FRANCISCO DE ITURBE y ZINGARELLO

BOLÍVAR

(Dirigiéndose al fraile, con la espada desnuda.)
¡Calla, fraile insolente, mal cristiano,
o te arranco la lengua con mi mano!
¡Manchando estás la religión cristiana...!
Cristo no vino a redimir verdugos,
sino a romper cadenas y a hollar yugos,
para erigir la libertad humana...!
Si la Naturaleza, en su fiereza,
al despotismo secular se alía,
lucharemos con la Naturaleza,
y triunfaremos de la tiranía...!
(Arroja al fraile al suelo, y dispersa con su espada a la multitud aterrada, mientras desciende lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de la casa solariega de los Bolívar, en Caracas. Por el hueco de un gran arco se divisa un patio con una fuente monumental de tres caños, empotrada en el muro de la derecha. Las armas de los Bolívar campean, esculpidas en piedra, en el frontispicio de la fuente. Entre la fuente y el arco, una puerta de escape. Al fondo de este patio, otro arco más pequeño que da a otro patio, donde, al resplandor de la luna sangran las flores rojas de los granados. A la izquierda, desde el arco central, una galería de tres arcos, que termina en una amplia puerta de madera labrada. En la galería, grandes escaños de caoba de alto respaldo blasonado. Sobre el muro, antiguos retratos de damas y caballeros en marcos de tallas doradas; damas y caballeros en cuyos trajes y atavíos resplandecen todas las pompas, las sedas y los terciopelos, las joyas y los brocados de los siglos XVII y XVIII. En el primer término de la izquierda, otra gran puerta de madera labrada, como la del fondo de la galería. Encima de la puerta, dentro de su marco de talla dorada, empalidecida por los años, el retrato del fundador, el muy noble y valeroso señor don Simón de Bolívar Ochoa de la Rementería, procurador de Su Católica Majestad don Felipe II. Su rostro tiene la energía, la espiritualidad y la llama interior que enciende los alargados y pálidos semblantes de los hidalgos de Pantoja. Se destaca sobre un fondo gris, armado con todas armas, con la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada, y la diestra sobre una mesa cubierta por rica estofa de seda verde aceituna, donde descansa el yelmo de batalla. En uno de los ángulos del retrato aparece el antiguo escudo de los Bolívar, de un solo cuartel, donde campea una rueda de molino, de plata, en fondo de azur. A la derecha, en primer término, antes del comienzo del arco, una gran mesa de un solo tablero de caoba, cuyos pies, en forma de columnas salomónicas, están

unidos entre sí por travesaños de hierro, trabajado también en espirales. Entre la mesa y la pared, un sillón frailuno de cuero de Córdoba, con grandes clavos dorados, en cuyo alto respaldo aparece también, de talla dorada, el escudo de la casa. Pavimento de mosaico, en el interior, y de losajes de piedra blanca en el patio. Muros encalados. Siguería maciza de cedro. Una franja de azulejos rojos y azules, como de vara y media, cubre los muros. Dos grandes faroles de cristales verdes y amarillos alumbran la galería, pendientes del techo por largas cadenas. Otro farol, de la misma forma y colores, cuelga del arco central, cerca de la mesa.

ESCENA PRIMERA

ZINGARELLO, LOS ESCLAVOS HIPÓLITA, MATEA, GONZALO, PIO, JOSE y OTROS ESCLAVOS

Cada uno porta un presente. Ramos de flores, tarros de miel, jarros de leche y cestos con queso y fruta. Zingarello lo recoge, y se los va entregando a Pío, que los coloca en el primer escaño de la galería.

JOSÉ

(Entregando a Zingarello su presente.)
¡Traigo a mi amito, como presente,
la miel más dulce de sus colmenas...!
En vez de flores, libaron oro
en sus panales nuestras abejas...!

GONZALO

(Idem, ídem.)
¡Yo, el mejor queso de sus rebaños,
hecho con leches de cabras nuevas...!
¡Los más fragantes granos que cuajan
los cafetales de sus haciendas...!

MATEA

(Idem, ídem.)
Yo, estas palomas que hicieron nido
entre las ramas de aquella ceiba,
donde solía colgar su hamaca
para, a sus anchas, dormir la siesta...!

ZINGARELLO

(A Hipólita.)
Y tú, ¿qué portas para tu amito...?

HIPÓLITA

¡Le traigo flores para sus muertas...!
(Resuena el toque de ánimas. Todos se descubren y se postran de rodillas.)

GONZALO

¡Suenan las ánimas...! ¡Recemos todos,
si el mayordomo nos da su venia...!
(A una señal de asentimiento de Zingarello todos se postran y rezan.)

HIPÓLITA

Cristo divino, Padre clemente,
por tu doliente crucifixión;
por las espinas que ornan tu frente,
y hacen que sangre tu corazón;

por los dolores tan aflictivos
de tus costados por siempre abiertos,
salud y dicha para los vivos,
y gloria eterna para los muertos...!

(Bolívar aparece en el umbral de la puerta de escape de la derecha, y se queda un instante contemplando el cuadro.)

ESCENA II

DICHOS y SIMON BOLIVAR

(Al aparecer Bolívar, todos se levantan y se postran de nuevo.)

BOLÍVAR

(Haciéndolos levantar.)
¿A qué vinísteis...?

GONZALO

¡A visitarte...!
¡Ve las ofrendas de los escaños...!
¡Venimos, como todos los años,
nuestras primicias a regalarte...!

BOLÍVAR

Por las primicias que me brindáis,
decidme, en pago: ¿qué deseáis?

GONZALO

(Inclinándose de nuevo.)
¡Amito, mi hijo Simón quisiera
que le donaseis por compañera
a Margarita, la molinera,
que es una rosa de Primavera...!

BOLÍVAR

El, en los juegos de nuestra infancia,
cuando yo era Roldán de Francia,
fué el escudero que en mis empresas,
lanza y escudo me sostenía;
el que conmigo monstruos vencía;
desencantaba rubias princesas;
libraba pueblos de extraños yugos,
y de los cedros de los jardines
colgaba el cuerpo de los verdugos,
de los traidores y los malsines...!
Alza del suelo, mi buen Gonzalo...!
¡Será cumplida tu voluntad,
y de sus bodas, como regalo,
a ambos les brindo la libertad...!
(Lo levanta con afectuosidad.)
¿Ya no recuerdas, cuando eras niño,
con qué ternura, con qué cariño,
en tus rodillas me cabalgabas,
y, en las veladas, me relatabas,
mientras gemían roncos los vientos,

viejas leyendas de encantamientos...?
La de la mora que un viejo enano
trocara en fuentes; la del Tirano
López de Aguirre, cuya alma en pena,
de fuegos fatuos la noche llena,
entre los pinos y entre las cañas
que ornan las cumbres de las montañas...!
En recompensa de aquellos cuentos,
y de tus raros merecimientos,
y del cariño con que me quieres,
desde ahora, libre también tú eres...!

GONZALO

Amo, mis padres, y los abuelos
de mis abuelos, todos los míos,
poblaron siempre tu señorío,
y no tuviera, bajo los cielos,
otros señores que tus mayores...!
Su sangre hizo rojas las flores
que prenden llamas en tus rosales,
y fecundaron con sus sudores
y con sus huesos tus cafetales...!
Visten, desde hace doscientos años,
con los vellones de tus rebaños;
y de los cedros de tus montañas
cortan las vigas de sus cabañas,
forman la cuna para sus hijos,
los ataúdes para sus muertos,
y hasta fabrican los crucifijos,
que con sus grandes brazos abiertos,

guardan la tumba de sus amores...!
Tu hierro ostenta, y forma una
parte integrante de la fortuna
que has heredado de tus mayores...!
¡Somos tan tuyos, como las crías,
que van mugiendo tras los ganados,
que son orgullo de tu potrero...!
¡Llevarnos puedes, cual mercancías,
a subastarnos a los mercados,
o a degollarnos al matadero...!
Si ahora me arrojas de tu heredad,
¿para qué quiero la libertad...?

BOLÍVAR

(Impresionado por el acento doloroso del esclavo.)
¡Cómo arrojarte de los parajes
donde las gentes de tus linajes,
con sus constancias y con sus bríos
trocó las selvas y las montañas
en lujuriantes campos de cañas,
que ya son tuyos, aun más que míos...!
¡Mi buen Gonzalo, vete, y descuida,
que donde mismo se abrió tu vida
a la celeste luz de los cielos,
cuando tu pobre cuerpo sucumba,
podrán tus hijos cavar tu tumba
junto a las tumbas de tus abuelos...!

GONZALO

(Bañándole en lágrimas las manos con la voz recortada en sollozos.)
¡Bendiga el cielo, Señor, tus días,
y haga perpetuas tus alegrías,
y te conceda lo que mereces...!
¡Prole fecunda...! ¡Y que mis hijos
vivan y mueran en tus cobijos,
y tus bondades paguen con creces...!

HIPÓLITA

(Adelantándose a todos con los brazos.)
También yo quiero felicitarte,
y un pobre obsequio vengo a traerte.
(Se abraza al cuello de Bolívar.)
¡Mis labios tienen sed de besarte,
y mis pupilas ansias de verte...!
(Lo mira y besa, embobada de ternura.)

BOLÍVAR

(Acariciándola.)
Pues, mira y besa, ¡tienes derecho...!

HIPÓLITA

¿Cómo pensaste que hoy no viniera
quien te dió el pecho por vez primera,
y el alma entera te dió en su pecho...?
¡Es cumpleaños...! ¡Te traigo flores

para la tumba de tus amores...!
Mis propias manos las han cortado
de un rosal blanco por ti plantado,
cuando mi nombre balbuceabas,
y ni tres palmos del suelo alzabas...!
¿No lo recuerdas...? ¡El que engalana
de nieve el marco de tu ventana,
el que constantemente se enflora
con rosas dignas por sus blancuras
de ornar bordadas las vestiduras
que lleva puestas Nuestra Señora...!
¡Tú eras entonces muy buen cristiano,
e ibas en todas las procesiones,
llevando un cirio blanco en la mano;
por Navidades tu altar ponías,
y en las penumbras de los salones,
entre mis brazos te adormecías,
(Con severidad afectada.)
balbuceando tus oraciones...!
Ahora me dicen que andas mezclado
con los herejes que han derribado
a Jesucristo de los altares;
con los que quieren quitar al Rey,
para, a sus anchas, vivir sin ley,
y hacer que corra la sangre a mares...!
Eso se dice por San Mateo...
Pero, mi niño, yo no lo creo,
(Con orgullosa ternura.)
porque conozco tu corazón,
y sé que es puro como estas flores,

y guarda dentro la religión
que fué legado de tus mayores...!

BOLÍVAR

(Sonriendo con dulzura y acariciando a la nodriza.)
Por mí no pases ningún cuidado,
porque este cuerpo que tanto amas,
para las llamas no lo has criado,
y por mis culpas no irá a las llamas...!
Mas, por si acaso; por si el Demonio,
mi pobre alma tentar quisiera,
en los altares de San Antonio
enciende cuatro velas de cera...!
(Volviéndose a los otros.)
¡Pobres esclavos, del suelo alzad,
que cual recuerdo, desde este día
concedo a todos la libertad,
porque no es justo, noble ni humano,
que el que combate la tiranía,
esclavos tenga como un tirano...!
(El júbilo llena los ojos de lágrimas y de agradecimiento.)

MATEA

(Besándole las manos a Bolívar.)
¡Gracias, amito...!

JOSÉ

(Idem, ídem.)
¡Con tus virtudes
nos ligan nuevas esclavitudes...!

GONZALO

Libres nos hacen, pero entretanto
será más firme la sumisión,
pues no hay cadenas que amarren tanto
cual las cadenas del corazón...!

(Todos se inclinan, y van saliendo por la puerta del fondo de la galería.)

MATEA

(Volviéndose a Bolívar.)
¡Que Dios derrame sobre tus huellas
más alegrías y más consuelos
que arenas tiene la mar, y estrellas
de noche muestran los altos cielos...!

HIPÓLITA

(Abrazando de nuevo a Bolívar.)
¡Y que a tus pasos sirva de guía,
como una madre, Santa María...!

(Desaparecen, entre alabanzas y bendiciones, por la puerta del fondo de la galería.)

ESCENA III

SIMON BOLIVAR, ZINGARELLO y PIO

ZINGARELLO

(Con emoción.)
¡Señor, qué gesto tan noble y bello...!

BOLÍVAR

Es lo que resta de mis haciendas,
que, confiscadas por los tiranos,
me dejan pobre sobre la tierra...!
¡Mas prediquemos con el ejemplo,
y así eficaces serán las prédicas...!
¿De un pueblo esclavo romper queremos
la servidumbre de sus cadenas...?
¡Antes hagamos a todos libres,
para que libre la patria sea...!

ZINGARELLO

¿Qué haréis ahora, señor, qué haréis,
inerme y pobre, solo y sin fuerzas,
cuando las tropas de Monteverde
ya son las dueñas de Venezuela...?

BOLÍVAR

¡Volved de nuevo con más denuedos
y con más bríos a la pelea,
porque las almas como la mía
en los reveses su temple prueban...!
Todo se opone contra mis sueños
y se conjura contra mi estrella;
mas, por el alma de mis mayores;
por los que alzaron las firmes piedras
de esta morada, y hace dos siglos

que cual señores moran en ella,
¡juro no darle paz a mi vida
hasta que, al cabo, triunfe en mi empresa...!
Si en mi sendero de honor cejara,
(Señalando a los retratos.)
de esos retratos se desprendieran
todos mis muertos, para pedirme,
conmigo a solas, estrechas cuentas,
de la nobleza que me legaron
y de la sangre que arde en mis venas...!
(Resuenan aldabonazos lejanos, por la derecha.)

PÍO

Están llamando...

BOLÍVAR

(A Zingarello.)
Ve tú quién llama...
(Zingarello sale por la puerta de escape.)
Dame mis armas, porque pudieran
(A Pío.)
tramar alguna nueva asechanza,
y no es prudente vivir sin ellas...¡
(Pío sale por la puerta del fondo de la galería, y vuelve con un par de pistolas y una espada, que Bolívar ciñe al cinto.)

ZINGARELLO

(Entrando por la puerta de escape.)
Son unos cuantos amigos vuestros
que urgentemente veros desean...

BOLÍVAR

(A Pío.)
Abre.
(Sale Pío por la puerta de escape.)

ZINGARELLO

(En voz baja a Bolívar.)
La dama vendrá... Ya es hora...

BOLÍVAR

Pues en la calle su paso acecha,
y cuando llegue, con gran recato
por la otra puerta falsa la entras...!
(Sale Zingarello por la puerta del fondo de la galería, mientras Bolívar se dirige a la puerta de escape de la derecha a recibir a los que entran.)

ESCENA IV

SIMON BOLIVAR, FERNANDO DE TORO, MARIANO MONTILLA, JOSE FELIX RIBAS, JUAN NEPOMUCENO QUERO y PIO

Todos tienen un aire señoril y noble que reclama, más que la elegancia de sus trajes y de sus sombreros a la moda inglesa, la virilidad gloriosa de los gregüescos, los justillos y los chambergos plumados de antaño. Son jóvenes impetuosos y alegres. Bolívar corre a su encuentro y los va saludando afectuosamente.

BOLÍVAR

¡Salud, nobles amigos...! ¿A qué debo
que honréis en esta noche mi morada...?

FERNANDO DE TORO

¡De cólera, a decirlo no me atrevo...!
La capitulación ya fué burlada
por Monteverde...!

MARIANO MONTILLA

Al son de los tambores,
por la solemne voz del pregonero,
anuncia al mundo que esgrimió el acero,
dispuesto a degollar a los traidores...!
Y resuena su voz tan hosca y dura,
que escuchando el pregón —¡caraspe!— empieza
a erizárseme el vello de pavura,
pues parece que miro mi cabeza,
que en torrentes de sangre se desguaza,
y al viento en muecas de dolor se mueve,
despertando la risa de la plebe,
clavada en una pica, en una plaza...!

JOSÉ FÉLIX RIBAS

Las capitulaciones están rotas,
y, víctimas de inicuas represiones,
otra vez teñirán los patriotas,
con su sangre, cadalsos y prisiones...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

Sin armas ni recursos nos hallamos.
¿Qué nos resta que hacer...?

MARIANO MONTILLA

(Sin perder su aire burlón.)
¡Humildemente
regresar al redil de nuestro amor...!
Vestirnos un sayal de penitente;
y, descalzos, con un dogal al cuello,
atravesar las calles sollozando,
de los cirios al trágico destello:
—¡Perdona nuestro crimen, Rey Fernando...!—

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Resistir es inútil...! ¡Con denuedo
se apresta Monteverde a destruirnos...!
Sólo queda un recurso...

JOSÉ FÉLIX RIBAS

¿Cuál...?

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Rendirnos...!

BOLÍVAR

(Violencia.)
¡Sólo se rinde la traición y el miedo...!
En el palo mayor de mi navío
izé a los cuatro vientos mi bandera,
y os puedo asegurar que no la arrío,
y seguirá flotando hasta que muera...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Transijamos ahora, y esperemos
ocasión más propicia y de más suerte...!
¡Transigir es vencer...!

FERNANDO DE TORO

¡No!, que aun tenemos
un remedio mejor: ¡el de la muerte...!
Si nuestra casa hasta los techos arde,
¿para qué discutir mientras se quema...?
¡Apagarla o morir es el problema,
y el que la deje arder es un cobarde...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

Esperemos a ver qué se decide
en España, si el trono es de Fernando
o de Napoleón...!

BOLÍVAR

Pero, ¡hasta cuándo
la estéril discusión que nos divide...!
¡Qué importa que la España venda ahora
sus esclavos al Corso, o que los quiera
retener en sus garras opresoras,
al amparo otra vez de su bandera,
si nosotros estamos decididos
a morir o ser libres...! ¿Qué esperamos...?
¿Qué vamos a esperar, cuando tenemos
ya de tanto esperar los pies tullidos...?
¿Tres siglos de opresión pasan en vano...?
Vacilar es morir, ¡y yo prefiero
morir luchando como un caballero
a vivir sin honor como un villano...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡Perdió el pueblo la fe...! ¡No seguiría
nuestro ideal...! ¡Ama los viejos lazos...!

MARIANO MONTILLA

¡El pueblo es un rebaño que se guía
al compás del rabel o a latigazos...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡La situación examinad conmigo...!
¡Capitulamos...!

BOLÍVAR

¡No capitulamos...!
Capituló Miranda, ¡y en castigo,
en la Guaira, al huir, lo aprisionamos...!
Si ahora, por desengaños o temores,
las capitulaciones aceptamos,
en prender a Miranda mal hicimos...!
¡Y, o somos con la patria unos traidores,
o unos villanos con Miranda fuimos...!

JOSÉ FÉLIX RIBAS

¡Sepultad el pasado en el olvido,
y obren las manos lo que el labio calla...!
A las doce, en el sitio convenido
nos reuniremos, y si no nos falla
la ocasión o el recelo no nos pierde,
el cuartel y el palacio asaltaremos...
¡Y en vez de que nos prenda Monteverde,
en su casa, nosotros le prendemos...!

JUAN NEPOMUCENO QUERO

¡La cabeza se arriesga en la partida...!
¡Es ardua la ocasión, y somos pocos...!
¡Emprenderla es locura...!

MARIANO MONTILLA

¡Hay que ser locos
para ser algo grande en esta vida...!
(Volviéndose jovialmente a Bolívar.)
Mas ¡caraspe!, Simón, ¿has olvidado
la tradición galante de esta casa,
cuando ni una botella has descorchado
en honor de tus huéspedes...? ¡Me abrasa
la garganta la sed...!

BOLÍVAR

¡Tú siempre el mismo...!
¡Zumbando, a flor de labios, la ironía,
y en el fondo del alma el heroísmo,
que risueño a la muerte desafía...!
(A una inclinación de Bolívar, Pío, que habrá permanecido en un escaño del fondo de la galería, penetra por la primera puerta de la izquierda, y sale al instante con una botella de champaña.)

MARIANO MONTILLA

(Mientras Bolívar descorcha y escancia el vino en las copas.)
¡Por fin, que tus deberes has cumplido...!

BOLÍVAR

(Solemnemente, levantando su copa espumeante de champaña.)
Al dar las doce, al sitio convenido
todos dirigiremos nuestro paso
para forzar la suerte... ¡Y, por si acaso

en nuestros ojos fulgurar no vemos
la ardiente claridad de la mañana,
levantemos las copas, y brindemos
por la gloriosa libertad humana!

(Todos chocan las copas y brindan. Después se despiden de Bolívar y desfilan por la puerta de escape de la derecha, precedidos de Pío. Al ir a salir Fernando de Toro, que se habrá quedado el último, Bolívar lo detiene por el brazo y torna con él al centro de la escena.)

ESCENA V

SIMON BOLIVAR y FERNANDO DE TORO

BOLÍVAR

¡Tú te quedarás, Fernando...!

FERNANDO DE TORO

¡Tu amistad no ha de exigirme
tal infamia...!

BOLÍVAR

¡Que tú vengas
con nosotros es un crimen!
¡Vamos a buscar la muerte
antes que la Luna expire...!

FERNANDO DE TORO

(Con dignidad y amargura.)
Si la muerte vais buscando,

¿por qué buscarla la impides
al que, inválido en el mundo,
tan sólo de estorbo sirve...?
Porque me ves mutilado,
¿es justo, di, que me prives
de morir como murieron
los varones de mi estirpe...?

BOLÍVAR

(Sentándose con Fernando de Toro, junto a la mesa.)
¡Siéntate, y oye, Fernando!
(Pequeña pausa.)
Un favor voy a pedirte...
¡Necesito que te quedes!

FERNANDO DE TORO

¡Ese, Simón, no es posible,
que hay peligros, y a tu lado
quiero estar cuando peligres!

BOLÍVAR

¡Pues quedándote en Caracas,
mejor pudieras servirme...!

FERNANDO DE TORO

¡No comprendo...!

BOLÍVAR

Si una dama
amparo y favor te pide,
¿tu lealtad de caballero
fuera a su voz insensible...?

FERNANDO DE TORO

¡Mi vida diera gustoso
si una dama me lo exige!

BOLÍVAR

¡Pues bien, Fernando,
una dama
se encuentra en trance difícil,
y a ti acudo a que la sirvas,
no pudiendo yo servirle...!
¡Tú ya la dama conoces,
pues antes que yo la viste,
cuando, en mitad de esa plaza,
con voz desgarrada y triste,
la libertad de su padre
de hinojos vino a pedirme...!

FERNANDO DE TORO

¡Josefina...! Mas, ¿qué nuevas
asechanzas la persiguen...?

BOLÍVAR

¡Desde que entró Monteverde,
se ensaña con ella el crimen...!
Por patriotas, sus bienes
confiscaron los serviles,
y su padre en las mazmorras
de Puerto Cabello gime...!
Justicia pidió la dama,
mas se negaron a oirle...
¡Y no se acaba un ultraje
cuando otro nuevo le infligen...!
Un bando de foragidos
que de soldados se viste,
anoche asaltó su casa,
y, mientras con los fusiles
forzaban puertas y cofres,
la dama logró evadirse,
y amparada por las sombras,
amparo vino a pedirme...!
Yo partir debo esta noche;
y ya que tú lo permites,
deja que su honra y su vida
a tus lealtades confíe...

FERNANDO DE TORO

¿Y ella a sospechar no llega
quién es el que la persigue...?

BOLÍVAR

¡No sospecha, y si sospecha
no quiso el nombre decirme...!
De don Carlos de Machado
las riquezas son tan pingües,
y es tan hermosa la hija,
que bien cabe en lo posible
que haya un malvado que a un tiempo
hija y riquezas codicie...!

FERNANDO DE TORO

¡Marcharte puedes tranquilo...!
Y aunque con ello me impides
que por la patria, en la lucha,
de nuevo mi acero vibre,
con confianzas tan íntimas
agradezco que me obligues...!
En el sitio de Valencia,
cuando herido a tierra vine,
entre un grupo de enemigos,
tú a mi socorro acudiste...
Y una acción tan generosa,
¿cómo quieres que la olvide...?

BOLÍVAR

¡No le recuerdes favores
al que favores te pide...!

¡Iré a llevarte la dama
antes que la Luna expire...!
(Se levantan y se despiden.)

FERNANDO DE TORO

(Saliendo por la puerta de escape.)
¡Y yo sabré dar la vida
por servirla y por servirte...!

ESCENA VI

BOLIVAR y JOSEFINA

Josefina aparece por el pequeño arco del fondo, como si oculta entre los granados hubiese estado escuchando la escena anterior.

JOSEFINA MACHADO

(Avanzando hasta Bolívar.)
¡Caballero, os doy las gracias,
y me dispongo a partir...!

BOLÍVAR

¡Qué decís, señora mía...!

JOSEFINA MACHADO

¡Caballero, lo que oís...!
¡Que parto, porque no quiero
que otros se arriesguen por mí...!

BOLÍVAR

Pero, ¿qué os pasa, señora...?

JOSEFINA MACHADO

Estaba en ese jardín,
con sus rosas distrayendo
la angustia de mi sufrir
—porque mujeres y rosas
fraternizan entre sí—,
cuando resonar de súbito
voces extrañas sentí,
y azuzada por la eterna
curiosidad femenil
—perdonadme la imprudencia—,
no atreviéndome a salir,
oculta entre esos granados
vuestros proyectos oí...
Sé que antes que apunte el alba
vais la lucha a proseguir,
y con vos, señor, quisiera
los peligros compartir,
pues fuera más peligroso
quedarme sin vos aquí...

BOLÍVAR

Un amigo generoso
os ampara...

JOSEFINA MACHADO

¡Ya lo oí...!
¡Mas fuera comprometerle
sin salvación para mí...!
(Con las manos juntas y la voz suplicante.)
¡Llevadme en vuestra compaña...!

BOLÍVAR

Mi señora, ¿qué decís...?

JOSEFINA MACHADO

En esta lucha tremenda,
amenazado vivís
constantemente... ¡Y quién sabe
si esta mano femenil
puede apartaros del pecho
el arma que os vaya a herir...!
Si os falla el golpe, y tenéis
que, desterrado, partir,
vuestra patria, al lado vuestro
la habréis de llevar en mí.

BOLÍVAR

(Impresionado por el acento de sinceridad de doña Josefina.)
Corazón tan generoso,
alma tan noble y gentil,

¿cómo pudiera pagaros
tanta ternura...? ¡Decid...!

JOSEFINA MACHADO

Con permitirme que sea
vuestra sombra...

BOLÍVAR

¡Obrar así
fuera una insigne locura...!

JOSEFINA MACHADO

Pues si no lo consentís,
abandonadme a mi suerte,
y no os ocupéis de mí...!

BOLÍVAR

¿Abandonar a una dama
a quien mi amparo ofrecí...?
¡A mi honor de caballero
un imposible pedís...!

JOSEFINA MACHADO

(Con impetuosidad, desbordando todo el fuego de su alma en el anhelo de sus palabras.)

¡Pues llevadme a vuestro lado,
vuestra suerte compartir,

que a vivir de vos ausente
prefiero con vos morir...!

ESCENA VII

DICHOS y ZINGARELLO, que entra precipitadamente por la puerta de escape

BOLÍVAR

(Volviéndose al ver entrar a Zingarello.)
¿Qué pasa...?

ZINGARELLO

(Desde el arco.)
El señor marqués
de Casa León desea
hablaros urgentemente...!

BOLÍVAR

(Sorprendido.)
¿Qué nueva celada es ésta,
cuando el marqués a estas horas
viene a hablarme con urgencia...?
¡Que pase, si vos, señora,
(Dirigiéndose a Josefina.)
para ello me dais licencia...!
(Desaparece Zingarello por la puerta de escape.)

JOSEFINA MACHADO

¡Licencia os doy para todo...!
¡Sólo mi vida se niega
a no estar a vuestro lado
cuando peligre la vuestra...!

BOLÍVAR

(Besándole galantemente la mano en el umbral de la primera puerta de la derecha.)
Si en vuestras dulces palabras
mi necio orgullo creyera,
¡os juro que fuese el hombre
más dichoso de la tierra...!
(Doña Josefina, sonrojada, desaparece por la puerta, que entorna tras sí. Bolívar se vuelve hacia el arco para recibir al marqués de Casa León, que, precedido de Zingarello, penetra por la puerta de escape. A su paso, Zingarello se inclina ceremoniosamente, y desaparece.)

ESCENA VIII

SIMON BOLIVAR y EL MARQUES DE CASA LEON

El marqués de Casa León es alto, fuerte y distinguido, tipo perfecto del caballero de la época, digno de haber sido inmortalizado por los cinceles de Goya. Entra envuelto en su larga capa española.

BOLÍVAR

(Con afectuosidad.)
¿A qué debo que esta casa
honréis con vuestra presencia...?

MARQUÉS DE CASA LEÓN

¡A enmendar vengo los yerros
de las locuras ajenas...!
(Bajando la voz.)
Monteverde, que os espía
porque de todos recela,
conoce el plan de esta noche,
y a castigarlo se apresta...!
En el lugar de la cita
emboscadas tiene fuerzas...
Os prenderán, y mañana,
como ejemplar providencia,
en unas jaulas de hierro
sangrarán vuestras cabezas
en las plazas de Caracas
para que todos las vean...!
¡Y yo, arriesgando mi vida,
a salvar vengo las vuestras...!

BOLÍVAR

Mas, ¿quién pudo traicionarnos...?

MARQUÉS DE CASA LEÓN

¡El que menos se sospecha...!
Ni vos debéis preguntarme,
ni yo, aunque lo supiera,
os denunciara al culpable,

que hacerlo fuera vileza,
y vilezas no comete
quien de ser noble se precia...!
De hecho la traición existe,
¿qué importa el nombre que lleva...?
Ello os servirá de aviso
para obrar con más prudencia...
Yo me atrevo aconsejaros
—y perdonad mi insistencia—
que lo más pronto posible
abandonéis estas tierras,
porque es harto peligroso
que permanezcáis en ellas...!
(Bolívar permanece mudo, con la cabeza inclinada, la mano izquierda apoyada en el cuello, y el índice de la derecha sobre el labio superior, como meditando una resolución.)

Cuando llegó Monteverde,
mi casa os abrió sus puertas
para que tan noble amigo
la honrase con su presencia...!
Sin atender a los ruegos
de mi amistosa insistencia,
vos mi casa abandonasteis,
dejando olvidada en ella
esta bolsa, que os devuelvo,
por si el oro que la llena
puede serviros de algo
al emigrar de estas tierras...!
(Entregándole una bolsa.)

BOLÍVAR

(Comprendiendo la acción generosa del marqués.)
Aunque os estime la dádiva,
y aun más la delicadeza
propia tan sólo de vos
con que venís a ofrecerla,
no la acepto como mía
sabiendo, marqués, que es vuestra!

MARQUÉS DE CASA LEÓN

¡Vuestra o mía, da lo mismo...!
Y me daréis una prueba
de verdadero cariño
si vuestra amistad la acepta...!
Mas el peligro está próximo,
y el tiempo rápido vuela...
¡Para salvar los amigos,
tomad vuestras providencias...!
¡Ya os di el aviso, y me marcho...!
¡Vos salid de Venezuela
mañana, como podáis...!
Y ya sabéis que aquí queda
a vuestro arbitrio un amigo
que os ama, Simón, de veras...!
(Lo abraza conmovido.)

BOLÍVAR

¡Marqués, por tantas bondades

mi gratitud será eterna...!
(Sale el marqués por la puerta de escape; la bolsa habrá quedado sobre la mesa.)

ESCENA IX

DOÑA JOSEFINA MACHADO y SIMON BOLIVAR

Bolívar se aproxima a la primera puerta de la izquierda, en cuyos umbrales aparece doña Josefina.

BOLÍVAR

Voy a partir, mi señora,
a una urgente diligencia;
pero descansad tranquila,
que pronto estaré de vuelta...!

JOSEFINA MACHADO

(Inquieta.)
¿Qué os sucede...?

BOLÍVAR

Una denuncia
nuestro plan echó por tierra;
y a los amigos ahora
voy a prevenir, no sea
que concurran a la cita,
y en ella la vida pierdan...!
¡Qué tiempos tan miserables

y qué ánimas tan abyectas...!
El hermano odia al hermano;
del hijo el padre recela;
y la traición y la infamia
por todas partes nos cercan...!
(Llamando.)
¡Zingarello...!
(Aparece Zingarello por la puerta de escape.)
¡Ven conmigo...!
(Señalando la puerta del fondo, después de recoger el bolsillo y tomar la capa.)
¡Salgamos por esa puerta...!

JOSEFINA MACHADO

(Suplicante.)
¡Regresar pronto a mi lado...!
No cometáis imprudencias,
porque mi honra y mi vida,
sin vos, quedan indefensas...!
(Acompañando hasta la puerta del fondo de la galería a Bolívar. Este le besa la mano, se envuelve en la capa y sale seguido de Zingarello.)

ESCENA X

JOSEFINA MACHADO y PIO

JOSEFINA MACHADO

(Con los brazos tendidos al cielo.)
¡Protégelo, Virgen Santa,
porque su hidalga nobleza
es hoy el único amparo

que en este mundo me queda...!
(Permanece un instante, con la cabeza entre las manos, sentada junto a la mesa. Pío aparece por la puerta de escape y avanza cautelosamente hasta Josefina.)

PÍO

¡Señora...!
(Josefina se vuelve sobresaltada.)

JOSEFINA MACHADO

¿Qué quieres, Pío...?

PÍO

(Mostrándole una carta.)
Un hombre que está en la puerta
esperando vuestras órdenes
me dió esta carta... ¡Leedla,
pues dice que su lectura
grandemente os interesa!

JOSEFINA MACHADO

¿Quién averiguó mi asilo...?
¿Qué nueva desdicha es ésta...?
(Tomando ávidamente la carta y leyendo la firma.)
¡Es del liberto Machado...!
(Leyendo.)
—Señora doña Josefa:
Vuestra honra y vuestra vida
dependen de que yo os vea;

de un minuto que perdamos,
al traste dará con ellas...!—
(Perpleja, con la carta en la mano.)
¿Qué debo hacer...? Darle entrada
el mejor remedio fuera,
porque así acaso conozca
quién se ensaña con mis penas...!
¡Dile que pase, y en tanto
(A Pío.)
avísame si alguien llega...!
(Pío sale por la puerta de escape. Doña Josefina permanece un instante apoyada en la mesa, con la cabeza entre las manos. Al rumor de los pasos alza la cabeza y se encuentra frente a frente del mulato Machado, que penetra lenta y cautelosamente por la puerta de escape.)

ESCENA XI

DOÑA JOSEFINA MACHADO y EL MULATO MACHADO

JOSEFINA MACHADO

(Con natural altivez.)
¿Cómo diste con mi asilo?

EL MULATO MACHADO

(Algo cortado.)
Supe que la soldadesca
asaltaba vuestra casa,
y al momento corrí a ella,
dispuesto a perder la vida,
señora, en defensa vuestra...!
Buscándoos, inútilmente

recorrí la casa entera;
y, cuando desesperado
salíme, en esa plazuela
miré correr una sombra...
La seguí, pero una puerta
entre los dos se interpuso...
Mas, vanamente lo hiciera,
porque, ¿quién que os haya visto
aun en sombra no os recuerda...?

JOSEFINA MACHADO

¿Y a qué vienes...?

EL MULATO MACHADO

¡A salvaros!
A mí mismo me avergüenza
que, sabiendo que mi vida
la diese en vuestra defensa,
en vez de buscar mi apoyo,
cometieseis la imprudencia
de, olvidada de quién sois,
pedir un refugio en esta
casa, donde vuestra honra
su reputación arriesga...!

JOSEFINA MACHADO

¿Qué dices...?

EL MULATO MACHADO

¡Que si se sabe
que estáis refugiada en ella,
vuestro honor, dentro de un féretro,
y en medio de cuatro velas,
como un muerto, mi señora,
va a salir por esas puertas,
para servir de ludibrio
y escarnio a las malas lenguas...!

JOSEFINA MACHADO

(Irguiéndose con altivez.)
Mas, ¿cómo, dime, te atreves
a inferirme tal ofensa...?
¡Mi honra, como el Sol, disipa
con su luz todas las nieblas...!

EL MULATO MACHADO

(Con fingida humildad.)
¡No os exaltéis, mi señora,
que exaltaros no quisiera;
y por la amistad que os tengo,
perdonadme la franqueza!
Si conocen vuestro asilo
se despertarán sospechas,
que aunque vos las despreciáis,
la gente no las desprecia...!
¡Ya veis como dar con vos
no es muy difícil empresa!

Igual que yo lo he logrado
puede lograrlo cualquiera...!
(Remarcando la intención, lentamente, dejando caer las palabras.)
Suponed que la justicia
del Rey hasta aquí penetra
para prender a Bolívar,
con quien tiene viejas cuentas;
y oculta en esta morada,
¿cómo salváis vuestra honra
si tal caso sucediera...?

JOSEFINA MACHADO

(Comprendiendo el peligro que la amenaza.)
¡Dios, que mira nuestras almas,
defenderá mi inocencia...!

EL MULATO MACHADO

(Con feroz ironía.)
Mas el mundo sólo mira
y juzga las apariencias;
y todas, en este caso,
os acusan y os condenan...!
Hacia un presidio de España,
agobiado de cadenas,
a estas horas vuestro padre
por esos mares navega.
Huyeron vuestros parientes;
confiscaron vuestra hacienda;
vuestra casa y vuestras joyas
saqueó la soldadesca;

y sola y desamparada
os halláis sobre la tierra...!
Yo, que libertad y nombre
debo a la familia vuestra,
que os aprecio desde niño,
¿cómo no queréis que venga
a arrancaros de esta casa,
cuando peligráis en ella...?

JOSEFINA MACHADO

(Con altivez y resolución.)
¡Bolívar me prestó amparo,
y a su valor y nobleza
mi honra y mi vida confío,
segura de que en la tierra
no habrá como él ninguno
que la respete y defienda...!

EL MULATO MACHADO

(Sin poder refrenar la pasión y los celos, que le devoran.)
¡Bolívar...! ¡Quizás por eso
la luz del alba no vea...!

JOSEFINA MACHADO

(Irguiéndose fieramente.)
¿Le amenazas?

EL MULATO MACHADO

(Transfigurado por el rencor.)
¡No amenazo,
sino cumplo una promesa...!

JOSEFINA MACHADO

¿Una promesa...?

EL MULATO MACHADO

(Aproximándose más, desgarrando las palabras entre sus dientes y con los ojos centelleantes.)
¡Señora...!
¿Vuestro orgullo no recuerda
cuando, postrado de hinojos,
esta pasión que me incendia
se desbordó por mis labios
en frases locas y trémulas...?
¡Vos, de mi dolor burlándoos,
os alejasteis risueña,
diciéndome que me diese
vuestro espejo la respuesta...!
¡Y yo juré, desde entonces,
¡humillar vuestra soberbia...!
¡Y para humillaros
haceros mía a la fuerza,
y que la dueña del pardo,
esclava del pardo fuera...!

JOSEFINA MACHADO

(Con todo el orgullo y la fiereza de su estirpe.)
¡Esclavo, sella los labios,
que aun sobre tus carnes llevas
la cicatriz de la marca
con que a las reses se hierra...!

EL MULATO MACHADO

¡Pues bien; por esas señales
de ignominia; por la afrenta
del látigo, los sudores
y la sangre que vertieran
seis generaciones mías
en las ergástulas vuestras,
juro que, si no mi esposa
—porque mi orgullo os desprecia—,
para ludibrios mayores
habéis de ser mi manceba...!

JOSEFINA MACHADO

¡Y yo te juro que, antes
de pasar por tal vergüenza,
mi cuerpo diese a los perros,
y mi alma al infierno diera,
porque, a ser tuya, prefiero
la condenación eterna...!

EL MULATO MACHADO

(Cambiando de tono.)
¡Pensad bien lo que decís,
y dad un momento treguas
a vuestra altivez, y oídme,
que el oirme os interesa...!

JOSEFINA MACHADO

(Señalándole la puerta con profundo desprecio.)
¡Bastante tiempo te he oído...!
¡Vete ya de mi presencia,
que tan sólo con mirarte,
de oprobio y baldón me llenas...!

EL MULATO MACHADO

(Con sonrisa feroz.)
¡Vuestra honra está en mis manos,
y pudiera deshacerla...!

JOSEFINA MACHADO

¡A deberte a ti mi honra,
prefiero vivir sin ella...!

EL MULATO MACHADO

¡Salvar puedo a vuestro padre...!

JOSEFINA MACHADO

¡Que en sus prisiones perezca,
antes que a ti la limosna
de su salvación te deba...!

PÍO

(Entrando precipitadamente por el fondo de la alquería.)
¡Señora, Bolívar llega...!
(Señalando de nuevo al mulato la puerta de escape.)

JOSEFINA MACHADO

¡Vete, esclavo, si no quieres
que en castigo a tu insolencia,
a latigazos yo misma
te arroje por esas puertas...!

EL MULATO MACHADO

(Saliendo tras de Pío por la puerta de escape, y volviéndose hacia doña Josefina.)
¡Me iré...! ¡Mas volveré pronto...!
¡Y acaso cuando yo vuelva,
me ofreceréis de rodillas
lo que el orgullo me niega;
que las venganzas que forjo,
ni el infierno las inventa...!
(Sale. Doña Josefina permanece un instante apoyada en el arco central, como fatigada del esfuerzo, mientras por la puerta del fondo de la galería penetran Bolívar y Zingarello.)

ESCENA XII

DOÑA JOSEFINA y SIMON BOLIVAR

BOLÍVAR

¡Mis amigos, del peligro
salvos se encuentran, por fin...!
¡Disponed vuestra partida,
que es necesario partir...!

JOSEFINA MACHADO

(Con la voz aun sofocada.)
¡Con vos solamente parto,
y sin vos no quedo aquí...!

BOLÍVAR

(Reparando en la agitación de doña Josefina.)
Mas, ¿qué os pasa, mi señora...?

JOSEFINA MACHADO

(Entregándole la carta del mulato Machado, que aun estruja entre su mano convulsa.)
Esta carta recibí...

BOLÍVAR

(Después de haber leído la carta a la luz del farol.)
¿Y hablasteis con quien la firma...?

JOSEFINA MACHADO

¡Y tales cosas oí,
que es preciso, de Caracas,
esta misma noche huir!

ESCENA XIII

DICHOS y ZINGARELLO

ZINGARELLO

(Entrando precipitadamente por la puerta del fondo.)
¡Señor, la casa han cercado...!

JOSEFINA MACHADO

(Ansiosamente a Bolívar.)
¡Huyamos, señor, de aquí...!

ZINGARELLO

¡Tomaron todas las puertas...!

VOZ FUERA

(Mientras llaman con fuertes aldabonazos.)
¡En nombre del Rey, abrid...!

BOLÍVAR

(A doña Josefina.)
¡Pronto, pronto, mi señora,
ocultaos en el jardín...!
¡Abre las puertas...!
(A Zingarello.)

JOSEFINA MACHADO

(Desesperadamente, mientras Bolívar la conduce al jardín y Zingarello sale por la puerta de escape.)
¿Qué haréis...?

BOLÍVAR

(Con resolución.)
¡Salvaros o sucumbir,
que indigno de un caballero
fuera dejaros así...!
(Ella se oculta en el jardín del fondo, y Bolívar se adelanta resuelto hacia el proscenio.)
¡Está en el fiel la balanza...!
Con mis deberes cumplí,
¡y ahora, que Dios y el Destino
cumplan sus leyes en mí...!

ESCENA XIV

SIMON BOLIVAR, DON DOMINGO MONTEVERDE, EL MULATO MACHADO, BERNARDO MURO, ZINGARELLO, PIO y SOLDADOS

Por la puerta de escape aparecen Monteverde, Bernardo Muro y el mulato Machado. Un piquete de soldados guarda la puerta y rodea a

Monteverde. Este ciñe banda de capitán general. Es alto, gallardo y fanfarrón. El mulato Machado parece capitanear los soldados. Zingarello pasa al lado de Bolívar, como dispuesto a defenderle.

DOMINGO MONTEVERDE

¡Simón Bolívar, daos preso...!

BERNARDO MURO

¡Por traidor y desleal
habréis de sentir el peso
de la justicia real,
por vos tan vilipendiada...!
¡Por fin quedamos con él...!
(Rencorosamente, al mulato Machado. Bolívar permanece en el centro de la escena con los brazos cruzados.)

DOMINGO MONTEVERDE

(A Bolívar.)
¡Capitán, dadme la espada...!

BOLÍVAR

(Con irónica altivez.)
¡Capitán, no; coronel...!

BERNARDO MURO

(Con indignación al mulato Machado.)
¡Con qué altivez respondió...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Con jactanciosa severidad.)
Si no fallan mis noticias,
capitán de las milicias
del Valle de Aragua...

BOLÍVAR

¡No...!
¡Coronel venezolano...!

BERNARDO MURO

¡Ya ha caído Venezuela...!

BOLÍVAR

(Mirando desdeñosamente, desde arriba abajo, a Bernardo Muro.)
¡Cayó, pero me consuela
que sabrá alzarla mi mano...!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Sois altivo...!

BOLÍVAR

¡Serlo quiero...!

BERNARDO MURO

¡Con la vida muchas veces
se pagan las altiveces...!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Capitán, dadme el acero...!

BOLÍVAR

(Con sorna.)
¡Capitán, no; coronel...!
¡Al dictar vuestros oficios
a mi hoja de servicios
no arranquéis ese laurel...!

BERNARDO MURO

(Al mulato Machado, trémulo de ira.)
¡Al traste mi calma dan
con tanta baladronada...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Con severidad, sin poder refrenarse.)
¡Coronel o capitán,
entregadme vuestra espada!

BOLÍVAR

(Serenamente.)
Vuestras capitulaciones
no me la impiden ceñir...
Decidme: ¿Por qué razones
me la venís a pedir...?
¡No os la entrego, vive Dios,
porque a vuestra firma quiero
—mirad si soy caballero—
darle más valor que vos...!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Calle esa lengua altanera...!
¡Vuestra capitulación,
la rompió vuestra traición...!

BOLÍVAR

¿Traición decís...?

DOMINGO MONTEVERDE

¡Villanía...!
(Mirando severamente a Bolívar, que resiste con altivez la mirada.)
El que se acoge a una tregua
para conspirar, ¿no amengua
su consejo de hidalguía...?
¡Y decidme, por Dios vivo,
con toda sinceridad,

puesto que sois tan altivo,
si no digo la verdad...!

BOLÍVAR

¡Y yo contestar podría
a vuestras imputaciones,
que las capitulaciones
no estampé la firma mía...!
¡Y es más; convencido yo
que el hacerlo nos desdora,
califiqué de traidora
la mano que las firmó!

DOMINGO MONTEVERDE

(Sin poder contener su cólera.)
¡Moderad vuestra altivez!

BOLÍVAR

¡Mi altivez no admite yugo...!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Pensad que soy vuestro juez!

BOLÍVAR

Nunca fué juez el verdugo,
pues quien fuerza la balanza

de la ley, en su provincia,
no realiza una justicia,
sino cumple una venganza...!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Las pruebas son abrumantes
en contra vuestra...!

BOLÍVAR

¡Y el juez
dictó la sentencia antes
de oir mis descargos...! ¡Pardiez!
El sentenciar de antemano
atendiendo al propio gusto,
para vos es muy humano,
y a mí me parece injusto!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Cese ya tanta locura
y tan torpe obstinación...!
¡Muro, empieza la lectura
del acta de acusación...!
(Bernardo Muro se cala las gafas, y a la luz del farol se dispone a leer.)

BOLÍVAR

(Deteniéndole.)
El trabajo os ahorraré

de un acto tan singular,
porque de memoria sé
cuánto se me va a imputar...!
Se me acusa ante la Ley
que, siendo noble y soldado,
en armas me he levantado
contra España y contra el Rey!
Y al que tal hace, el rigor
del Código Militar
manda al punto fusilar
de espaldas, como un traidor!
Contra el fallo no protesto;
¡ya conozco mi condena,
y con la frente serena
a sufrirla estoy dispuesto!
Mas, a tal resolución
se opone, por mi fortuna,
vuestro nombre al pie de una
legal capitulación!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Se ha cumplido lo pactado,
y mi piedad ha extendido
un velo de paz y olvido
sobre el crimen del pasado...!
Las viejas deudas ya están
liquidadas, y son nuevas
las que a liquidarse van...!
Mi autoridad tiene pruebas
concluyentes, según creo,

de que, burlando las paces
firmadas en San Mateo,
vos, con otros contumaces,
para esta noche tramáis
alguna nueva algarada,
y las armas ocultáis
en vuestra propia morada...!

BOLÍVAR

(Serenamente.)
¡Si tal acción suponéis,
la suposición recojo...!
¡Registrad a vuestro antojo,
y así os convenceréis
de que a Vuestra Señoría
villanamente ha engañado
el celo de un torpe espía
o la traición de un menguado...!
¡Franca mi casa tenéis...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Al mulato Machado y a los soldados que le siguen.)
¡Pues la casa registrad,
y a todos cuantos halléis
en su interior, apresad...!
(El mulato Machado, seguido de algunos soldados, se dirige hacia la primera puerta de la izquierda, y Bernardo Muro, con otro grupo, penetran en el fondo de la galería, mientras unos cuantos soldados vigilan la puerta de escape y rodean a Monteverde. Bolívar permanece en el centro de la escena, como dispuesto a defender el arco del fondo. Zingarello se apoya en el dintel de dicho arco.)

EL MULATO MACHADO

(Penetrando en la primera puerta de la izquierda.)
¡Temblad, doña Josefina;
ya no tenéis esperanza,
que vuestro orgullo termina
donde empieza mi venganza...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Irónicamente a Bolívar.)
Cerca del Guaira, impaciente,
en vano os ha de esperar
esta noche vuestra gente...
Mas yo iré en vuestro lugar;
y en prueba de cortesía,
a quien tope en la reunión,
para haceros compañía
mandaré a vuestra prisión...!

BOLÍVAR

(En el mismo tono.)
¡Buscad esbirros mejores...!
¡Torpes son los que tenéis...!
¡Id, y os juro que hallaréis,
en vez de conspiradores,
los árboles ribereños,
que en un dulce murmurío
cabecean sus ensueños
sobre las ondas del río...!

(Vuelven a salir los soldados, el mulato Machado y Bernardo Muro.)

EL MULATO MACHADO

(Con desesperación reconcentrada.)
¡Nada encontramos, por fin...!
(Reparando en el arco del jardín, y señalándoselo a Monteverde.)
¡Sólo ese jardín nos queda...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Al mulato Machado.)
¡Pues al instante, proceda
a registrar el jardín...!
(El mulato Machado, seguido de algunos soldados, se dirige al jardín. Bolívar, desnudando la espada y empuñando una pistola, se interpone. Zingarello se apresta a defenderle.)

BOLÍVAR

(Con voz de trueno, amartillando la pistola.)
¡Aquí no se pasa...! ¡Fuera,
miserables...! ¡El que acierte
a dar un paso, pudiera
encontrarse con la muerte...!
(Los soldados retroceden.)

EL MULATO MACHADO

(Con un gozo infernal, impulsando a los soldados.)
¡Entrad...! ¡Nuestra es la partida...!
(Los soldados intentan avanzar de nuevo, y Bolívar los contiene con su espada.)

BOLÍVAR

(Al mulato Machado.)
¡Sólo a ti el paso te cedo,
y avanzar puedes sin miedo,
que no arriesgarás la vida,
porque conoce mi mano
los prestigios de mi acero...!
¡La estocada al caballero,
y el cintarazo al villano...!
(Al intentar avanzar el mulato Machado, le cruza el rostro con el plano del acero.)

EL MULATO MACHADO

(Retrocediendo, de un salto, como una fiera herida.)
¡Pendiente queda esta cuenta,
y a cobrársela me obligo...!
¡Y aun más grande que la afrenta
habrá de ser el castigo...!
(Cuando los soldados se disponen a acometer a Bolívar, aparecen precipitadamente, por la puerta de escape, don Francisco de Iturbe y el marqués de Casa León. Un gesto de Monteverde contiene a los soldados.)

ESCENA XV

DICHOS, DON FRANCISCO DE ITURBE y EL MARQUES DE CASA LEON

MARQUÉS DE CASA LEÓN

(Dándose cuenta del peligro de Bolívar, y corriendo hacia Monteverde.)
¡Monteverde...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

Mas, ¿qué pasa...?

BERNARDO MURO

¡Que se opone este insurgente
a que registren su casa...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Al marqués de Casa León.)
Me alegro que estéis presente,
señor marqués, porque así,
disipando vuestro error,
ya no exigiréis de mí
que mitigue mi rigor...!

MARQUÉS DE CASA LEÓN

Tenéis razón; es verdad...
Mas no me doy por vencido,
y con más tesón os pido
de nuevo su libertad.

DON FRANCISCO DE ITURBE

(Adelantándose hacia Monteverde.)
También a Su Señoría
yo le ofrezco, como prendas,

mi hacienda por sus haciendas,
y por su vida la mía!

DOMINGO MONTEVERDE

¡Ya nada os puedo negar...!
¡Mas ved que en armas alzado
mi orden ha desacatado,
impidiéndonos entrar...!

BOLÍVAR

(Serena, pero resueltamente.)
¡Y aun en mi actitud persisto,
y antes que pasen de aquí
vuestras gentes, ¡vive Cristo!,
tendréis que matarme a mí...!
Pero ya que estos amigos
se ofrecen como fiadores,
quiero hablaros sin testigos...

DOMINGO MONTEVERDE

(A todos.)
¡Dejadnos solos, señores...!
(Todos salen por la puerta de escape.)

ESCENA XVI

SIMON BOLIVAR y DOMINGO MONTEVERDE

BOLÍVAR

(Acercándose a Monteverde, en voz baja.)
Si una dama en vos se fía
y vuestro auxilio reclama,
en defensa de esa dama,
¿qué hiciera vuestra hidalguía...?

DOMINGO MONTEVERDE

(Caballerosamente, comprendiendo en todo su valor el gesto de Bolívar.)
¡Antes que la descubriera
ojo humano, ¡vive Dios!,
la vida por ella diera
como íbais a darla vos...!
Obrasteis con honradez,
y en prueba de lo que os digo,
os tiende mano de amigo
el que vino como juez...!
(Le estrecha la mano.)
Sólo, Bolívar, deploro,
que ese ardiente corazón
que aquilata tanto oro,
se entregue sin reflexión
a rebeldes aventuras,
cuando, dentro de la Ley,
aun pudierais, fiel al Rey,
vivir a vuestras holguras!
¡Y ahora escuchad un consejo,
cuya pronta ejecución

a vuestro arbitrio la dejo...!
¡Partid, sin más dilación,
que aun cuando amigos tenéis
en Caracas y en la Corte,
vivir aquí no podéis...!
¿Para qué país queréis
que os extienda el pasaporte...?

BOLÍVAR

Para Curaçao.

DOMINGO MONTEVERDE

(Llamando.)
¡Entrad...!
(Penetran todos por la puerta de escape.)

ESCENA XVII

DICHOS, EL MARQUES DE CASA LEON, DON FRANCISCO DE ITURBE, DON BERNARDO MURO, EL MULATO MACHADO, ZINGARELLO, PIO y SOLDADOS.

DOMINGO MONTEVERDE

(A don Francisco de Iturbe y al marqués de Casa León.)

¡Atento a vuestras razones,
sin más averiguaciones
ordeno su libertad!

MARQUÉS DE CASA LEÓN

¡Mil gracias!

DOMINGO MONTEVERDE

(Volviéndose a Bernardo Muro.)
Bernardo Muro:
A Bolívar un seguro
extended, en atención
a que estamos obligados
por los servicios prestados
al Rey y a nuestra Nación,
decretando la prisión
de Miranda...
(Bernardo Muro se sienta a la mesa, y se dispone a escribir.)

BOLÍVAR

(Sin poder refrenar su rebeldía.)
¡A cambio de eso
no acepto la libertad!
¡Tomad mi espada...! Estoy preso;
porque si aprehendí, en verdad,
a Miranda, me consuela
que no realicé la hazaña
en beneficio de España,
sino en pro de Venezuela...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Con ira y asombro.)
¿Qué decís...?

EL MULATO MACHADO

(Con rencor.)
¡Cuánta osadía...!

BERNARDO MURO

¡Qué nuevas baladronadas...!

DON FRANCISCO DE ITURBE

(A Monteverde.)
¡No haga vuestra señoría
caso de calaveradas...!

DOMINGO MONTEVERDE

(Después de un momento de vacilación, firma el pliego que ha extendido Bernardo Muro, y se lo entrega a Bolívar.)
¡Ya lo prometí, y os voy
el pasaporte a entregar,
porque palabra que doy,
no la puedo retirar!
(Saluda, y sale seguido del marqués de Casa León, don Francisco de Iturbe, Bernardo Muro, Zingarello, Pío y soldados. Bolívar se detiene un instante junto a la mesa, agobiado de dolor. La luna se oculta, y por el arco del jardín aparece lentamente doña Josefina.)

ESCENA ULTIMA

BOLIVAR y DOÑA JOSEFINA MACHADO

BOLÍVAR

(Dejándose caer en el sillón de la mesa.)
¡La patria que yo soñé,
para siempre la perdí...!
¿Por qué tan bajo caí
yo, que tan alto volé...?
¡Soñó un cielo mi ambición,
y es un infierno despierto...!
¡Doblad, que la patria ha muerto,
campanas del corazón!
Solo, con la fe perdida,
sin una luz ni una estrella,
¿para qué quiero la vida
si nada me resta en ella...?
(Maquinalmente empuña una pistola.)

JOSEFINA MACHADO

(Deteniendo a Bolívar.)

¡Alzad altiva la frente,
y luchad con más empeño.
¡Mientras vuestro pecho aliente,
la patria no será un sueño;
que aun tiene vuestro valor
para asombrar a la Historia,

vuestra espada, que es la gloria,
y yo, que soy el Amor...!

(Le estrecha apasionadamente entre sus brazos, mientras desciende con lentitud el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Telón corto, que representa el corredor exterior de una tienda de haciénda de cacao, situada en el camino real de Valencia a Puerto Cabello. En el primer término, puertas laterales de amplias hojas. Al fondo, tres arcos de gruesas columnas de madera. Entre los arcos, un pretil de media vara, con barandaje de madera del mismo tamaño y asientos a ambos lados de las columnas. Por el hueco de los arcos se divisa, a lo lejos, recortándose en sombras sobre el añil profundo de los cielos estrellados, la mole inmensa y crestada del Barbula glorioso en las crestas obscuras, como carbonizados por la noche, rojean de vez en cuando, estremecidos por las ráfagas del viento, los resplandores de las fogatas del ejército realista. Viguería tosca y gruesa. Pavimentos de ladrillos y yacijos, cobijas y hamacas por todos lados. Fusiles formando pabellones. Lanzas apoyadas contra la baranda y las columnas. Cartucheras y sables pendientes de los muros. En el centro de la escena una mesita rústica con escabeles a los lados. Sobre el tablero de la mesa, tintero y salvadera de barro cocido, un mazo de plumas de ave, rollos de papel, planos militares y una larga vela de sebo empalmada dentro del cuello de una botella. Un gran farol, pendiente del arco central, derrama como una mancha tenebrosa y sangrienta, al filtrar su luz mortecina al través de sus vidrios bermejos. Al levantarse el telón, grupos pintorescos de soldados animan la escena. Unos descansan, adormecidos, de bruces, sobre el barandal del fondo, o tendidos sobre sus cobijas, al pie de las columnas. Otros conversan

y beben, sentados en el suelo, junto a la puerta de la derecha. Algunos juegan a los dados, bajo el farol del arco del centro. Visten casacas azules con vivos y bocamangas rojas, calzones blancos ceñidos, con correajes y polainas de cuero amarillo. Tocan sus testas pelambrosas anchos sombreros de palma, cuyas alas recoge sobre la frente una escarapela roja, azul y amarilla. Son negros, indios, zambos, mestizos, mulatos, pero predomina, sin embargo, el tipo netamente blanco de la raza criolla. Todos ellos tienen un aire juvenil y alegre, que contrasta con lo desarrapado de su porte la miseria descolorida y la mosa de su indumentaria. Algunos muestran aun las cabezas entrepajadas y los brazos en cabestrillo por sus heridas recientes.

ESCENA PRIMERA

MARI-JUANA «LA CANTINERA», MATEO «EL SEMINARISTA», EL CABO TRUJILLO, TOMAS SANCHEZ, JOSE ANTONIO «EL ZAMBO», AGUSTIN «EL MULATO», GUILLEN TORRES Y SOLDADOS.

José Antonio «el Zambo», Agustín «el Mulato» y dos soldados juegan a los dados. El cabo Trujillo, Mateo «el Seminarista» y Guillén Torres, tres tipos netamente criollos, sentados junto a la puerta de la derecha, beben aguardiente en totumas, que Mari-Juana «la Cantinera» va llenando. Tomás Sánchez, herido y febril, reposa en un yacijo, junto a la puerta de la izquierda, con la cabeza entrapajada. Es rubio, ancho y fuerte, con esa fortaleza ágil y tenaz de los labradores andinos.

GUILLÉN TORRES

¡Aguardiente, Mari-Juana,
que mi voz se ha enronquecido,
y a los godos un «corrido»
tengo que cantar mañana...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

¡No sé qué virtud le ha dado
el Señor al aguardiente,

que hace al cobarde valiente,
y hablador al más callado...!

MARI-JUANA

(Con los brazos en jarra, dejando de servir.)
¿Y con qué a pagarme van?

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Queriendo abrazarla.)
¡Con ósculos, serafín...!

MARI-JUANA

(Rechazándole a empellones.)
¡Quieto, señor sacristán,
que yo no entiendo latín...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Cómicamente indignado, queriendo aproximarse de nuevo.)
¿Yo sacristán...? ¡Qué osadía...!
¡Ordenado...!, Mari-Juana.

MARI-JUANA

(Rechazándole.)
¡Qué jactancia!
¡Si a tres leguas de distancia
vais oliendo a sacristía...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Echándole el tufo a Mari-Juana.)
Huele, y dime a lo que huelo.

MARI-JUANA

(Con repugnancia, dándole un empellón.)
¡Aguardiente!

MATEO «EL SEMINARISTA»

¡Irreverente,
santíguate...! ¡El aguardiente
es el perfume del cielo...!
(Nuevas risas en el grupo.)

TOMÁS SÁNCHEZ

(A Mari-Juana, levantando penosamente su cabeza entre[illegible]ajada.)
¡Dadme agua, que me abraso...!
(Grupo de la derecha se vuelve a Tomás para socorrerle.)

MARI-JUANA

(Disponiéndose a salir por la puerta de la derecha.)
¡El agua voy a buscar...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Deteniéndole y llenando una totuma de aguardiente y dándosela a Mari-Juana.)
¡Llena de aguardiente un vaso,

que ya lo dice el cantar:
«Beber aguardiente puro
mandan las antiguas leyes...
¡Que beban agua los bueyes,
que tienen el cuero duro...!»
(Todos vuelven a reir.)

MARI-JUANA

(Aproximándose solícitamente al herido y dándole la totuma. Tomás Sánchez se incorpora con trabajo y bebe febrilmente. Mateo «el Seminarista» y Guillén Torres se aproximan también.)
¡No puedes tenerte en pie...!
(Le toma las manos al retirarle la totuma.)
¡Tienes fiebre...!

TOMÁS SÁNCHEZ

(Irguiéndose en un esfuerzo que salta a la vista.)
¡Me da igual...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Sosteniéndole mientras el herido bebe ansiosamente.)
Si estás enfermo, ¿por qué
no te has ido al hospital?

TOMÁS SÁNCHEZ

(Reanimándose.)
Mientras un fusil yo pueda
en mis manos sostener,
suceda lo que suceda,
en mi puesto me han de ver,

aun cuando para cumplir
con tan santa obligación,
arrastras tenga que ir
detrás de mi batallón.
¡Cómo quieres que me vaya
mis heridas a curar,
si mañana va a empezar
nuevamente la batalla,
y en ella estoy decidido
a devolverle a los godos,
con grandes réditos, todos
los golpes que he recibido!

GUILLÉN TORRES

¡Va a ser dura la pelea,
pues con cinco mil soldados
valientes y bien armados,
Monteverde nos rodea...!
¡Terrible será el asedio
que vamos a resistir,
y no queda otro remedio,
que triunfar o sucumbir...:!

TOMÁS SÁNCHEZ

¡Esta lucha nueva gloria
a nuestras armas dará,
que donde Bolívar va
le precede la victoria...!
¡Y que lo digan si no

Niquitao, los Horcones,
Teguanes, y cien acciones
donde su genio arrolló
a las huestes del tirano;
y en nueve meses apenas
dejó libre de cadenas
al pueblo venezolano!

MATEO «EL SEMINARISTA»

¿Y cuándo entraste en campaña?

TOMÁS SÁNCHEZ

Desde Cucuta... Tenía
una hacienda en la montaña,
tan pingüe, que producía
con holgura mi sustento...
Cuidaba la sementera,
cuando, desplegada al viento,
nuestra gloriosa bandera
cruzar de repente vi;
y dejando abandonado
en los surcos el arado,
tras la bandera corrí,
dispuesto a perder la vida,
o a darme muerte yo mismo,
antes de verla abatida
a los pies del despotismo...
¡De vivir entre leones,

también me torné león...!
¡Tomé parte en veinte acciones...!
Fué una hazaña cada acción,
y una herida cada hazaña;
¡y en mi cuerpo hecho pedazos,
la historia de esta campaña
la tengo escrita a balazos...!

MARI-JUANA

(Entusiasmada abrazándole.)
¡Bien merece este valiente,
por su amor a la bandera,
que le dé esta cantinera
otro trago de aguardiente...!

MATEO «EL SEMINARISTA»

(A Mari-Juana.)
Puesto que la heroicidad
es el único sostén
de tu generosidad,
dame a mí un trago también,
porque he sido un héroe, Juana!

MARI-JUANA

(Riéndose y sirviendo aguardiente a los tres.)
Mas, díme, ¿cómo has trocado
por las galas de soldado,
el manteo y la sotana...?

MATEO «EL SEMINARISTA»

En el Tachira iba yo,
mi primera misa a cantar,
cuando Bolívar entró
con sus tropas al lugar.
Desde su blanco corcel,
que temblaban apiñados
de entusiasmo en torno de él,
y hasta el potro relinchaba,
revuelta al viento la crín,
porque su voz resonaba
como si fuera un clarín!
Así Bolívar decía:
—«¡Soldados republicanos,
las armas libertadoras
que con tanta bizarría
empuñáis en vuestras manos,
resplandecen vencedoras!
¡En dos meses de campañas
pregonan vuestras hazañas...!
Y espero que en la tercera,
que comienza en este instante,
con heroico frenesí
nuestra gloriosa bandera
habréis de llevar triunfante
al país donde nací...!
¡A Caracas...! Y lo mismo
que de infieles los cruzados
libraron Jerusalén,

la cuna del Cristianismo,
¡vosotros, nobles soldados,
id a redimir también
la generosa ciudad,
cuna de la Libertad...
Por su acento alucinado
el breviario olvidé,
vestí el traje de soldado,
y a sus huestes me agregué.
¡Desde entonces, Mari-Juana,
en tierra venezolana,
si echas cuentas, y son buenos
tus cálculos, hallarás
que hay un patriota más
y un seminarista menos...!

(Todos ríen. José Antonio «el Zambo», Agustín «el Mulato» y los soldados dejan de jugar y se aproximan al grupo.)

JOSÉ ANTONIO «EL ZAMBO»

(A Mari-Juana.)
¡Mari-Juana, unas maracas
y un (cuatro) para cantar
al estilo de Caracas...!

AGUSTÍN «EL MULATO»

(A Mari-Juana.)
¿Quieres conmigo bailar
un joropo, Mari-Juana?

MARI-JUANA

¡El baile apenas divierte...!
¡Y quién sabe si mañana
bailaremos con la muerte!

(Entra y sale rápidamente por la puerta de la derecha. Trae dos maracas y un cuatro. Los soldados se aproximan y forman corro. Dos de ellos tocan las maracas, y José Antonio «el Zambo» pulsa el cuatro, y entre las risas y la algazara de todos, en medio del corro, Mari-Juana y Agustín «el Mulato» empiezan a tejer los primeros compases del joropo: una danza que confunde en suspiros, salvajismos africanos, gracia española y languideces criollas.)

MATEO «EL SEMINARISTA»

(Mientras la pareja danza.)
Con la cabeza de Bobes
dos totumas voy hacer
para que Fernando Séptimo
en ellas tomé café!

(Resuena de pronto un redoble de tambores. La música cesa, y todos los soldados corren a recoger sus armas.)

ESCENA II

DICHOS, DON VICENTE CAMPO-ELIAS, EL CAPITAN GUMERSINDO LOPEZ y EL MULATO MACHADO

Por la puerta de la derecha aparecen el coronel don Vicente Campo-Elías, el capitán Gumersindo López y el mulato Machado, de oficial de patriotas. Este último penetra envuelto en su cobija, como en una capa, y con el ala del sombrero caída sobre los ojos. Los soldados se cuadran.

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

(Al capitán Gumersindo López.)
Relevad las avanzadas
y aumentad los centinelas;
y que a mansalva fusilen
a quien no dé el santo y seña!

GUMERSINDO LÓPEZ

Del manco de Tocoragua,
¿qué hacemos?

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

Lo que se ordena.
La Ley de Trujillo: ¡Ahorcarle...!

EL MULATO MACHADO

(Interviniendo con intención.)
Coronel, es buena presa,
pues, según dice la gente,
tiene más oro que pesa...!

DON VICENTE CAMPO-ELIAS

(Al capitán.)
¡Pues pesadle, y si mañana
su peso en oro no entrega,
antes que empiece el combate

que se cumpla la sentencia!
(A una indicación de Campo-Elías desfilan los soldados por la puerta de la derecha, en cuyo dintel, como esperando órdenes, permanece el cabo Trujillo.)

GUMERSINDO LÓPEZ

¿Y los demás prisioneros?

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

(Con severidad.)
¡Capitán: Tened en cuenta
que prisioneros no deben
existir en esta guerra,
y que a la patria traiciona
quien da asilo a la clemencia.
¡Montad un cuerpo de guardia
con lo mejor de la fuerza,
que Bolívar, esta noche,
viene a dormir a esta hacienda...!
Dadle el mando de esa guardia
al oficial...
(Señalando al mulato Machado.)
¡Y que sean
cumplimentadas mis órdenes
antes que Bolívar vuelva!
(Sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA III

EL MULATO MACHADO, EL CAPITAN GUMERSINDO LOPEZ Y EL CABO TRUJILLO

GUMERSINDO LÓPEZ

(Por Campo-Elías.)
¡Este español es de hierro...!

EL MULATO MACHADO

¡Es un hombre de una pieza...!

GUMERSINDO LÓPEZ

De todos los españoles
que siguen nuestras banderas,
es, si no el más valeroso
—porque aun Villapol alienta—,
el que más tenaz y duro
en esta lucha se muestra!
¡Me voy a cumplir sus órdenes...!
(Saliendo por la puerta de la derecha.)

EL MULATO MACHADO

¡Aquí espero yo las vuestras!

ESCENA IV

EL MULATO MACHADO y EL CABO TRUJILLO

EL MULATO MACHADO

(Con voz sorda.)
¡Venganza, por fin llegaste,
que a aquél que tiene paciencia
y sabe esperar su hora,
todo en el mundo le llega...!
El suplicio de tu padre,
(Dirigiéndose al cabo Trujillo, y tomándole violentamente por el brazo.)
¿vengar, Trujillo, deseas...?

EL CABO TRUJILLO

(Como enloquecido por el recuerdo.)
¡Cuando en mitad de la plaza,
junto a la cruz de la iglesia,
mis ojos vieron del tronco
separada su cabeza,
tomándola entre mis manos,
y ambas rodillas en tierra,
mientras mis labios cerraban
sus pupilas entreabiertas,
¡juré, por Dios y el infierno,
tomar venganza que hiciera
gruñir de miedo y de espanto
a los tigres de las selvas...!
Una ley, la de Trujillo,

fué causa de su condena,
¡y la firma de Bolívar
esa ley de sangre lleva...!
Y a Bolívar, desde entonces,
mi feroz venganza acecha,
como acechan los caimanes
en la corriente su presa:
el cuerpo oculto en las aguas,
y sólo los ojos fuera,
como dos llamas de odio
que en las sombras zigzaguean...!
Y viendo que mi venganza,
de lejos difícil era,
me uní con los insurgentes
para espiarle de cerca,
y hallar ocasión propicia
en que mi rencor pudiera,
como víbora, que, cauta,
se desliza entre la hierba,
verter en él las ponzoñas
que en sus entrañas encierran.

EL MULATO MACHADO

¡Dale ya gracias al cielo,
que la ocasión nos presenta
de que vengues a tu padre,
y yo castigue mi afrenta,
pues Bolívar, esta noche,
solo a nuestro arbitrio queda...!
¡Tú vengas a tu padre, y yo,

de un tiro mato dos piezas,
saciando en él mis rencores
y mi venganza en ella...!

EL CABO TRUJILLO

¡Pero doña Josefina...!

EL MULATO MACHADO

¡De Bolívar no se aleja...!
Con él salió de Caracas,
Desembarcó en Cartagena;
y, cual su sombra, le sigue,
en once meses de guerra...!
Cuando lo supe, pedíle
a Monteverde licencia
para, en calidad de espía,
incorporarme a las fuerzas
patriotas... ¡Y hace dos meses
que combato al lado de ellas,
soñando siempre encontrar
una ocasión como ésta...!

EL CABO TRUJILLO

Pero, díme: ¿y si Bolívar
a reconocerte llega...?

EL MULATO MACHADO

¡Un suplicio más terrible
que el de tu padre me espera...!
Mas, nada gana en el mundo
quien nada en el mundo arriesga...!
Además, para evitarlo
ya tomé mis providencias!
Tú te quedarás al frente
de la guardia cuando él venga...
Yo al campamento realista
avisaré el santo y seña,
para que, cuando se apague
este farol, nos sorprendan...
(Señalando el farol del arco del centro.)

EL CABO TRUJILLO

Mas, si Bolívar se salva...

EL MULATO MACHADO

Trujillo, ¿acaso tú piensas
que pueda temblar mi mano
cuando el corazón lo hiera...?
¡Con la luz de esa farola
se apagará su existencia.

EL CABO TRUJILLO

Mas, si tú le das la muerte,
a mi venganza ¿qué dejas...?

EL MULATO MACHADO

¡Si me falla el primer golpe,
puedes darle cuantos quieras...!
¡Tú encárgate de la guardia;
lo demás es de mi cuenta...!

EL CABO TRUJILLO

Mas, ¿qué harás...?

EL MULATO MACHADO

Con el pretexto
de mudar los centinelas,
a las tropas enemigas
voy a dar el santo y seña...!
Cuando él llegue y se retire
a descansar, esta hacienda
con gente de confianza
cautelosamente cercas;
apagas esa farola,
y, entonces, en las tinieblas,
realizarán nuestras manos
lo que ahora callan las lenguas...!

(Se vuelve a escuchar un redoble de tambores. El cabo Trujillo se asoma al arco del centro.)

EL CABO TRUJILLO

¡A caballo, con la dama,
Bolívar hasta aquí llega...!

EL MULATO MACHADO

¡Gracias, cielos, que la hora
de mi venganza se acerca...!
No olvides lo convenido;
me marcho, que el tiempo apremia,
y no quiero que perdamos
una ocasión como ésta...!
(Sale precipitadamente por la puerta de la izquierda, mientras el cabo Trujillo se dirige hacia la de la derecha.)

ESCENA V

DON VICENTE CAMPO-ELIAS Y EL CABO TRUJILLO

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

(Entrando por la puerta de la derecha. El cabo se cuadra.)
¿Y el oficial de guardia...?

EL CABO TRUJILLO

¡Entregóme el mando, mientras
en los puestos avanzados
releva a los centinelas...!

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

El general ha llegado...
Tomad vuestras providencias
para que, mientras descansa,
nadie a importunarle venga...!

EL CABO TRUJILLO

¡Ya veréis, mi comandante,
como mi lealtad lo vela...!

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¡Que nadie, sin orden mía,
cruce el umbral de esas puertas...!

EL CABO TRUJILLO

¡En todo serán cumplidas,
señor, vuestras advertencias...!
¿Algo más queréis...?

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¡No; idos
a distribuir la fuerza...!
(Sale el cabo Trujillo, después de saludar militarmente a Campo-Elías, por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

JOSEFINA MACHADO, SIMON BOLIVAR, ZINGARELLO y DON VICENTE CAMPO-ELIAS

Por la puerta de la izquierda aparecen doña Josefina, Simón Bolívar y Zingarello, este último en traje de oficial.

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

(Saludando a Bolívar, e inclinándose gentilmente ante doña Josefina.)
¡General...! ¡Señora mía...!

BOLÍVAR

(Estrechando la mano de Campo-Elías.)
¡Don Vicente, alojamiento
por esta noche os pedimos...!

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¡Gran merced me hacéis con ello;
y sólo, señor, deploro,
en tan críticos momentos,
el no tener un alcázar
para poder ofrecéroslo!

BOLÍVAR

¿Qué tal las tropas...?

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¡Ansiando
conquistar laureles nuevos...!

BOLÍVAR

¿Y están bien municionadas...?

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¡Municiones no tenemos...!
Mas, teniendo el enemigo,
¿quién se preocupa por eso...?

BOLÍVAR

Antes de dar la batalla
—pues el caso es grave y serio—,
escuchar las opiniones
de algunos jefes deseo...
Convocadlos vos ahora,
que aquí mismo los espero.
A Girardot y a Urdaneta.

DON VICENTE CAMPO-ELIAS

¡Mi general, torno presto!
(Saluda y sale por la derecha.)

ESCENA VII

SIMON BOLIVAR, DOÑA JOSEFINA MACHADO y ZINGARELLO

BOLÍVAR

(A Zingarello.)
Los jinetes de mi escolta,
que todos estén dispuestos
para partir, porque antes
que la lucha dé comienzo,
dejar a doña Josefa
en lugar seguro quiero!
Con el mando de esa escolta,
a tus lealtades entrego
la prenda de más valía
que en este mundo poseo...!

ZINGARELLO

Aunque ser depositario
de joya tal no merezco,
confiármela podéis,
seguro que Zingarello,
por honrarla y defenderla,
la vida diera contento...!
Por lo demás, vuestra escolta
siempre, para todo evento,
la encontraréis prevenida,
porque en estos duros tiempos
de sorpresas y traiciones,

de peligros y de riesgo,
los que os custodian, no deben
conocer, señor, el sueño...!

BOLÍVAR

¡Eres valiente y astuto...!

ZINGARELLO

¡Pienso mal, y siempre acierto...!
Soy romano, y los romanos,
por instinto, conocemos
el veneno que da muerte
y la trica, que, a tiempo,
con sus virtudes anula
los efectos del veneno,
porque del Mal y el Bien somos
y fuimos siempre maestros...!
¡Dormid tranquilo, señor,
si un romano os vela el sueño...!

BOLÍVAR

Escuchándote, mi espíritu
se torna firme y sereno,
y más dueño de sí mismo,
cual si en tu voz, Zingarello,
su experiencia el Viejo Mundo
le infiltrase al Mundo Nuevo...!
Marcha a cumplir mis mandatos,

que agradecido te quedo,
por las finas atenciones
y la lealtad que te debo...!

(Sale Zingarello por la puerta de la derecha. Doña Josefina Machado, que ha permanecido reclinada en el barandal del arco del centro, como absorta en el misterio de la noche, se vuelve lentamente hacia Bolívar.)

ESCENA VIII

SIMON BOLIVAR y DOÑA JOSEFINA MACHADO

JOSEFINA MACHADO

(Con voz resuelta, avanzando hacia Bolívar.)
¡Yo no parto esta noche...!

BOLÍVAR

(Sin poder vencer sus graves preocupaciones.)
¡Qué locura...!
¿Tú no sabes que va a ser la jornada,
como ninguna, peligrosa y dura...?
¡Tres mil hombres nos cercan...!

JOSEFINA MACHADO

Mas, tu espada,
para de lauros coronar tu frente,
y con sus hechos asombrar la Historia,
sabrá romper el cerco y nuevamente
ha de abrirse un camino: ¡el de la gloria...!

BOLÍVAR

De España al enemigo le han llegado
refuerzos...

JOSEFINA MACHADO

(Con altivez.)
Mas, ¡Bolívar no ha contado
jamás sus enemigos...! ¡Sólo sabe
atacar y vencer...!

BOLÍVAR

¡El caso es grave...!

JOSEFINA MACHADO

¡Pues por ser grave el caso, aquí me quedo,
como espejo y ejemplo del soldado,
no vaya a murmurar algún menguado:
—¡A la lucha Bolívar tiene miedo,
cuando aleja a su amada de su lado...!

BOLÍVAR

Mas, ¡ved que no hay cuartel...! Y si la suerte
mañana nos negase sus favores,
¡no tendrán compasión los vencedores...!

JOSEFINA MACHADO

¿Acaso no sentí silbar la muerte
a tu lado, en diez meses de campañas,
sin que palideciera mi semblante,
ni temblasen siquiera mis pestañas...?
Desde Caracas, con pasión de amante
y humildades de sierva, ¿no he seguido
tu éxodo de esperanzas y dolores,
dándote, en la ilusión de mis amores,
para hacer tu destino más florido,
toda mi vida, transformada en flores...?
En horas de amargura y asechanza,
cuando todo perdido parecía,
y hasta era un imposible la esperanza,
¿no compartí contigo la osadía
de soñar una patria sin cadenas,
libre como los condores landinos...?
¡Mis pies sangraron todos tus caminos...!
Desembarqué contigo en Cartagena,
y asistí, en el Jordán del Magdalena,
al bautismo inmortal del patriotismo...
Galopando a los bordes del abismo,
te vi cruzar las cumbres de los Andes,
¡y los Andes parecen menos grandes
ante la excelsitud de tu heroísmo...!
Después, con tus tropeles de centauros,
la sien ceñida de inmortales lauros,
te ha contemplado, en éxtasis mi anhelo,
resucitar en Cucuta y Taguanes

el mito inmemorial de los titanes
que escalaron las cúspides del cielo,
para arrancar con sus potentes manos
el rayo que fulmina a los tiranos...!
A tu lado, por bosques y montañas,
y en la paz infinita de los llanos,
en diez meses de homéricas hazañas,
te vi retar indómito a la suerte
y vencer los peligros cara a cara...
¡Y te besé la mano que firmara
en Trujillo la Ley de Guerra a Muerte,
porque es un reto audaz en sangre escrito,
que noblemente, y a la luz del día,
arrojaste a la faz del infinito,
para inmortalizar tu rebeldía...!
Yo vi la patria desangrada y muerta
en el más duro oprobio sepultada.
Mas, de pronto, tu voz clamó irritada,
igual que Cristo a Lázaro:—¡Despierta...!
Y al golpear su tumba con tu espada,
se abrió la tumba, y de su tumba abierta
volvió a surgir la patria inmaculada
en un nuevo y feraz resurgimiento
de libertad, de amor y primavera,
desplegando a las ráfagas del viento
la gloria tricolor de su bandera...!

BOLÍVAR

(Que ha ido exaltándose con la embriaguez heroica de las palabras de doña Josefina, la estrecha apasionadamente entre sus brazos.)

¡Aquí te quedarás...! ¡Y aunque arreciara
el universo entero en contra mía,
si esa voz en mi oído resonara,
al universo entero vencería.
Sólo la gloria y el amor rediman
el tedio insoportable de la vida.
(Besándola con apasionamiento.)
¡Y amor y gloria por tus labios gimen
una salutación de bienvenida...!
¡Gloria y amor vuestra embriaguez sagrada
ofreced a la par al labio mío,
que el mundo, sin la gloria, está vacío,
y fuera del amor no existe nada...!
(Permanecen un instante abrazados bajo el arco del centro, bebiéndose el alma por los labios. Zingarello aparece en el dintel de la puerta derecha. Al rumor de los pasos, los amantes se separan. Bolívar se adelanta al encuentro del recién llegado, mientras doña Josefina Machado permanece reclinada en el barandal del arco del centro.)

ESCENA IX

DICHOS y ZINGARELLO

ZINGARELLO

Aquí se acercan los jefes
que por vos llamados fueron...

BOLÍVAR

¡Zingarello, a la señora
condúcela a su aposento...!
(Doña Josefina se aproxima.)

JOSEFINA MACHADO

¿Durará mucho la junta...?

BOLÍVAR

Apenas unos momentos,
¡pues tus amantes palabras
me dieron impulsos nuevos...!
Pesaré las opiniones
de mis bravos compañeros,
y resolveré en seguida
lo que ya tengo resuelto...!
Esta noche, vida mía,
por tu amor, capaz me siento
de conquistar, uno a uno,
todos los astros del cielo,
para hacerte una corona
y ceñirla a tus cabellos...!

(Se inclina galantemente y le besa la mano. Doña Josefina, precedida de Zingarello, sale por la puerta de la izquierda. Por la derecha aparecen don Vicente Campo-Elías, Anastasio Girardot, Rafael Urdaneta y Giovanni Bianchi.)

ESCENA X

SIMON BOLIVAR, DON VICENTE CAMPO-ELIAS, ANASTASIO GIRARDOT, GIOVANNI BIANCHI y DON RAFAEL URDANETA

Girardot es joven y rubio, arrogante e impetuoso. Rafael Urdaneta tiene apenas veinticinco años. Naturaleza aristocrática. Perfil de medalla, frente pensadora y mirada serena. Modales distinguidos, espíritu heroico, de sacrificio y seguridad absoluta de sí mismo. Su hablar es reposado y grave, aunque lleno de calor y de vida. Todos lucen vistosos uniformes. Bianchi continúa con su traje de corsario mediterráneo y su aro de oro en la oreja derecha. El sol de los trópicos ha bronceado aun más su tez de pirata argelino. Todos saludan militarmente a Bolívar.

BOLÍVAR

(Después de haber correspondido con un fuerte apretón de manos, al saludo de los oficiales.)

¡Soldados del honor, libertadores
de la América hispana,
antes que vibre el toque de diana
quiero saber vuestra opinión, señores...!
En medio de dos fuerzas superiores,
la prez de los ejércitos de España,
al pie de esta montaña nos hallamos,
y en un solo combate a arriesgar vamos
los triunfos de diez meses de campaña...!

BIANCHI

(Adelantándose a todos.)

Sobre el sonoro estruendo de las olas,
con el velamen desplegado al viento,
miré cruzar las naves españolas,
y os puedo asegurar con fundamento,
pues muy cerca, al pasar, las he mirado,
que son lo menos diez embarcaciones
cargadas de soldados y cañones
las que a Puerto Cabello han arribado...!
Atacar, me parece una locura,
y es jugarse la vida inútilmente
buscar en los combates sepultura...!
¡Segregad en guerrillas nuestra gente,
que éstos son los ardides militares
que suelen emplearse en esta guerra.
¡Sin compasión, piratear por tierra,

como yo pirateo por los mares...!
(Bolívar se pasea agitado por la estancia. Algunos ceños se fruncen de indignación.)

RAFAEL URDANETA

(Inclinándose sobre la mesa y señalando dos planos militares.)
¡La situación es crítica...! De un lado
el Barbula, y del otro las trincheras.
¡Construyamos un campo atrincherado,
despleguemos en él nuestras banderas,
y esperemos tranquilos la embestida,
pues en esta llanura,
pueden nuestros jinetes, con bravura,
ganar, como en Taguanes, la partida.
Y en caso adverso, su gloriosa espada
prolongaría nuestra resistencia,
protegiendo a la par la retirada
para fortificarnos en Valencia...!

DON VICENTE CAMPO-ELIAS

Yo, al mismo Monteverde atacaría
en las trincheras, y su campamento,
sin piedad, a cuchillo pasaría...
Prendiera fuego a todo, y luego, al viento
¡las cenizas de todos echaría...!

ANASTASIO GIRARDOT

¡Yo opto también, señor, por el asalto,
que la pasividad me desespera...!

BOLÍVAR

(Deteniéndose súbitamente y encarándose con Girardot.)
¡Pues mañana del Barbula en lo alto
plantaréis vencedor nuestra bandera...!
Ha sido Monteverde un imprudente
al dividir su gente,
interponiendo entre los dos un llano...
El Barbula mañana asaltaremos.
Si socorrerlo intenta, será en vano,
porque en el llano le destrozaremos;
que siempre ha sido la caballería
el gran factor del triunfo en las llanuras...
¿Y qué otra fuerza resistir podría
los corvos sables y las lanzas duras,
que en sus potros salvajes y ligeros,
entre alaridos y entre maldiciones,
esgrimen nuestros épicos dragones,
y blanden nuestros típicos llaneros...?
Hay que tomar el Barbula mañana,
mientras yo, interceptando la sabana,
ataco en su refugio a Monteverde...
¡Cada nuevo minuto que se pierde
es un combate que el contrario gana...!
Hay que tener la rapidez del rayo,
y luchar sin descanso y sin desmayo
para desconcertar al enemigo,
hasta obligarlo, con la lanza al cuello,
a encerrarse otra vez bajo el abrigo
de los cañones de Puerto Cabello.
¡Todo el país se ha armado en contra nuestra...!

¡Vacilar es morir...! ¡La menor muestra
de cansancio o temor nos destruiría...!
¡La infamia acecha, y la traición espía;
el pesimismo infunde su presagio...!
¡Sólo la rapidez y la energía
puede salvar la patria del naufragio...!
Para saciar su fanatismo ciego,
Yanes y Cerbériz, a sangre y fuego,
devastan las campiñas de Occidente;
y por los llanos galopar se siente,
como tormenta que atronando avanza,
Boves, que, roja, de matar, su lanza,
con los fulgores de sus ojos fieros
azuza la embriaguez de la matanza,
el instinto brutal de sus llaneros...!
Uno a uno, cual fieras alimañas,
hay que cazarlos antes que, reunidos,
acaben con los triunfos conseguidos
en diez meses de épicas hazañas...!
¡Soldados del deber libertadores
de la América Hispana,
descansad, porque al son de los tambores,
el Sol naciente alumbrará mañana,
sobre estos verdes bosques tropicales,
la más heroica hazaña que la Gloria
esculpió, en caracteres inmortales,
en las tablas de bronce de la Historia...!

(Anastasio Girardot, Giovanni Bianchi y Rafael Urdaneta saludan a Bolívar, y salen por la puerta de la derecha. Bolívar, después de saludar a don Vicente Campo-Elías, desaparece por la puerta de la izquierda. Campo-Elías se aproxima también a la puerta de la derecha, y en ella aparece el cabo Trujillo, como si hubiese estado esperando órdenes.)

ESCENA XI

DON VICENTE CAMPO-ELIAS y EL CABO TRUJILLO

EL CABO TRUJILLO

(Cuadrándose ante Campo-Elías.)
¡Mi comandante, a sus órdenes!

DON VICENTE CAMPO-ELIAS

¡La guardia del general...!

EL CABO TRUJILLO

¡Está montada en sus puestos...!

DON VICENTE CAMPO-ELIAS

Me retiro a descansar,
que mañana va a ser dura
la refriega... ¡Vigilad
esta estancia, y avisadme
si ocurriese novedad...!
(Saluda, y sale por la puerta de la derecha. El cabo Trujillo se inclina sobre el barandal, como si esperase algo. Después se vuelve recatadamente y sopla el farol que prende del arco central. La escena queda sin más claridad que el fulgor como de azabache de la noche estrellada, que penetra por los huecos de los arcos.)

ESCENA XII

EL CABO TRUJILLO y LA VOZ DE LOS CENTINELAS

VOZ DE LOS CENTINELAS

¡Centinela, alerta, alerta...!

OTRA VOZ

(Más lejana.)
¡Centinela, alerta está...!

EL CABO TRUJILLO

(Estremeciéndose a la voz del centinela.)
¡Mucho mejor, centinelas,
que vuestra insomne lealtad,
le vigila mi venganza
con la mano en el puñal...!
(Pequeña pausa. Se acerca a la puerta de la derecha, observa y la cierra cautelosamente. Después se aproxima a la izquierda y permanece un instante espiando.)
¡Todo quedóse sumido
en una paz sepulcral...!
¡En venir tarda el Mulato,
y para mi ardiente afán,
cada minuto que pasa
es como una eternidad...!
(Por el hueco del arco central se encarama cautelosamente una sombra. El cabo Trujillo se desliza hasta ella.)

ESCENA XIII

EL MULATO MACHADO, EL CABO TRUJILLO
y VOCES DE CENTINELAS

EL MULATO MACHADO

¡Llegó el momento, Trujillo...!
Con rapidez hay que obrar,
porque las tropas realistas

aquí se encaminan ya.
¿Conoces el aposento...?

EL CABO TRUJILLO

A mano derecha está
del corredor, y la llave
conseguí inutilizar...!
A ti te dejo la dama;
yo me encargo del galán...!

EL MULATO MACHADO

(Impulsando al cabo Trujillo hacia la puerta de la izquierda.)
¡Pues, adelante...!

EL CABO TRUJILLO

¡Adelante...!
Crees tú que voy a temblar,
cuando hasta la cruz le hunda
en el pecho este puñal...?
(Los dos desenvainan sus puñales, y avanzan cautelosamente.)

EL MULATO MACHADO

¡Todo cuanto he padecido,
bien vale el goce infernal
que mi odio saborea
su venganza al consumar...!
(De pronto rasga el silencio la voz lejana del centinela. Los dos se detienen cerca del umbral, estremecidos de pavor.)

VOZ DE CENTINELA

¡Centinela, alerta, alerta...!

OTRA VOZ

(Más lejana.)
¡Centinela, alerta está...!

EL MULATO MACHADO

¡Y ahora, firmeza en el pulso
para poder asestar
certera la puñalada...!
¡Y que Dios y Satanás,
de Bolívar y su dama
tengan a un tiempo piedad...!
(Empujan la hoja de la puerta de la izquierda, y penetran por ella con los puñales desenvainados. Hay un momento de silencio. El alba empieza azulear en la lejanía tímidamente. La escena queda sola. De súbito resuena un disparo, y salen precipitadamente por la puerta de la izquierda el mulato Machado y el cabo Trujillo. El primero avanza tambaleándose, con la mano apoyada en el pecho. El segundo corre hacia el arco del fondo. Tras ellos aparece Zingarello con una pistola humeante aún en una mano, y en la otra la espada. Escena rápida.)

ESCENA XIV

ZINGARELLO, EL MULATO MACHADO y EL CABO TRUJILLO

EL MULATO MACHADO

(Tambaleándose, y yendo a caer en la mesa del centro.)
¡Maldición...!

EL CABO TRUJILLO

(Corriendo hacia el arco del centro.)
¡Nos ha fallado
el golpe...!

EL MULATO MACHADO

(Expirando.)
¡Me muero...!

ZINGARELLO

(Persiguiendo al cabo Trujillo.)
¡Atrás...!
¡Traición que trama la envidia
la deshace la lealtad...!
(Vuelve a disparar sobre la sombra del cabo Trujillo, que salta por el barandal. Resuena un grito, y por la puerta de la derecha aparecen don Vicente Campo-Elías, Anastasio Girardot, Rafael Urdaneta, Giovanni Bianchi, Guillén Torres, Mateo «el Seminarista» y soldados. Los oficiales entran con las espadas desnudas, y los soldados con antorchas y farolas. Por la puerta de la izquierda también aparece Simón Bolívar con la espada desnuda. Gran movimiento escénico. En las cumbres empieza a clarear el día.)

ESCENA XV

DON SIMON BOLIVAR, RAFAEL URDANETA, DOÑA JOSEFINA MACHADO, ZINGARELLO, DON VICENTE CAMPO-ELIAS, EL MULATO MACHADO, ANASTASIO GIRARDOT, GIOVANNI BIANCHI, MATEO «EL SEMINARISTA», GUILLEN TORRES, OFICIALES Y SOLDADOS.

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

Mas, ¿qué pasa...?

ANASTASIO GIRARDOT

¿Qué sucede...?

ZINGARELLO

¡Señores: al general
dos traidores intentaron
esta noche asesinar...!
El uno cayó sin vida.
(Señalando al mulato Machado, Todos se inclinan a reconocerlo a la luz de las farolas.)
¡Su cadáver contemplad...!
¡Y el otro, también herido,
saltó por el barandal...!
(Señalando al arco central.)

BOLÍVAR

¡Mi cariño, Zingarello,
sabrá premiar tu lealtad...!

JOSEFINA MACHADO

¡Es el liberto Machado...!
(Contemplando el cadáver.)

BOLÍVAR

¿Y el otro...?

TOMÁS SÁNCHEZ

(Abriéndose paso entre todos, y cuadrándose ante Bolívar.)
¡Descanse en paz...!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y TOMAS SANCHEZ

TOMÁS SÁNCHEZ

Vigilaba yo la hacienda,
pues me gusta vigilar
todos los lugares donde
pernocta mi general,
cuando escuché los disparos,
y a un hombre miré saltar
por esa baranda, huyendo.
Las garras le logré echar...
Temeroso, confesóme
las urdimbres de este plan...
Por él supe que Machado,
para poder acabar
con todos, dió el santo y seña
al ejército Real...
La noticia presuroso
corrí a dar a un oficial,
para que estén prevenidos.

DON VICENTE CAMPO-ELÍAS

¿Y el traidor...?

TOMÁS SÁNCHEZ

¡Descansa en paz...!
¡Cuello que mi mano oprime
no cobra vida jamás...!

BOLÍVAR

¡Obligado me tenéis...!
¡Gracias, señor oficial...!

TOMÁS SÁNCHEZ

(Casi llorando de emoción.)
¿Oficial...?

BOLÍVAR

¡Desde este instante,
en pago a vuestra lealtad...!
(Resuena la diana. La aurora empieza a resplandecer, tiñendo de púrpura las cumbres del Barbula. Bolívar, señalando hacia el fondo.)
El sonoro clarín toca a diana,
y en las cumbres del Barbula florece,
como un rosal de gloria, la mañana...!
¡Es un sol sin ocaso el que amanece,
para alumbrar con luces inmortales
el heroísmo épico, y la gloria
de esta fecha ejemplar en los Anales
inmarcesibles de la patria Historia...!
(Tomando una bandera y entregándosela a Girardot.)
¡Oíd, Girardot, a vuestro heroico brío
la enseña de la patria le confío...!
¡Y en la cima del Barbula quisiera,
vencedora de todos los eventos,
ver flotar, a la gloria de los vientos,
la gloria tricolor de esa bandera...!
¡Ya, nobles y valientes paladines,
(Dirigiéndose a todos.)

os llaman al combate los clarines,
y sus primeros rayos el sol vierte...!
¡Id al asalto con la frente erguida,
(Señalando con el brazo la cumbre del Barbula, que resplandece como si fuese de oro.)
bajo el arco triunfal de la mañana...!
(Girardot despliega la bandera. Todos los soldados tienden la mano hacia el Barbula, como si pronunciasen un silencioso juramento.)
Ya sabéis la consigna: ¡Guerra a Muerte...!
¡Porque la Guerra a Muerte dará vida
a la gloriosa patria colombiana...!
(Resuena un nuevo toque de clarines. Bolívar se dirige a los soldados, señalándoles la bandera.)
¡Tras esa enseña hacia en combate vuela,
soldado del derecho y del honor...!

TOMÁS SÁNCHEZ

(Frenético de entusiasmo.)
¡Viva el Libertador de Venezuela...!

TODOS

(En un clamor de entusiasmo, mientras redoblan los tambores y vibran los clarines en una diana de triunfo.)
¡Viva el Libertador...!
(Cae el telón.)

FIN